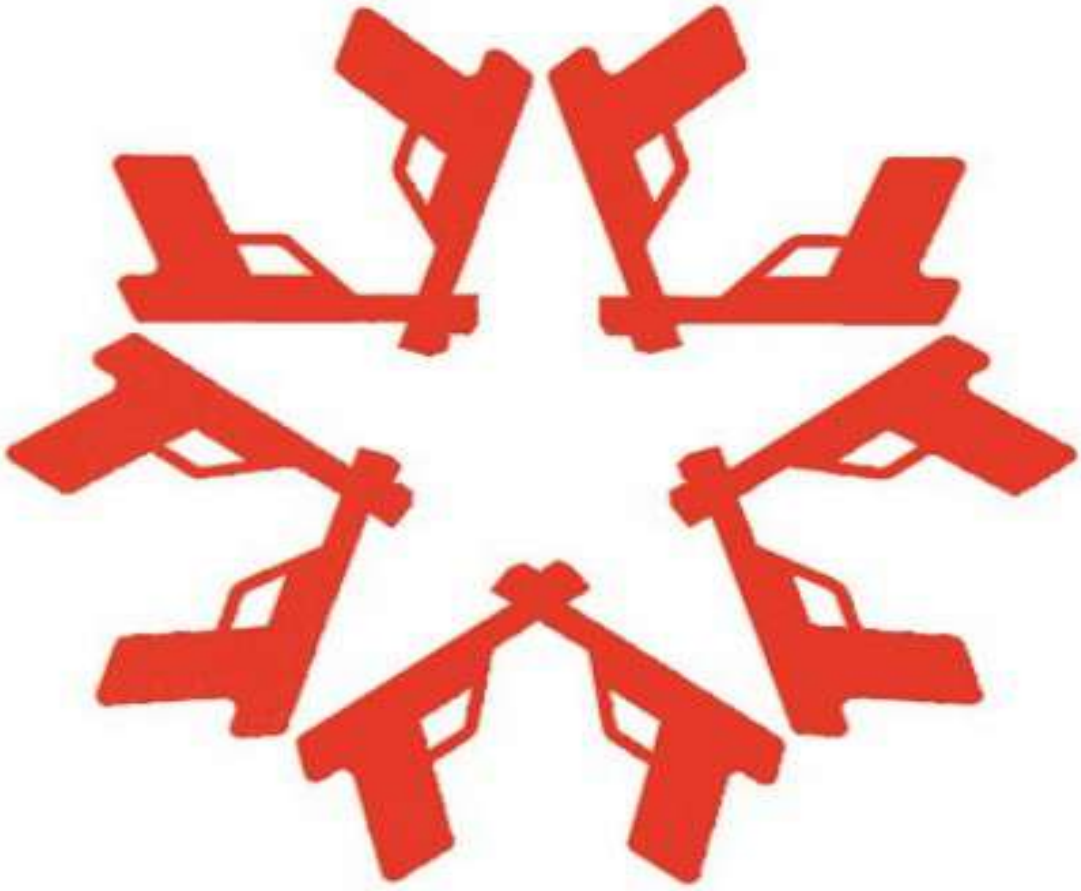
Carlos Taibo

Guerra en Kosova

UN ESTUDIO SOBRE LA INGENIERÍA DEL ODIO



CATARATA

Carlos Taibo

Guerra en Kosova

Un estudio sobre la ingeniería del odio

CATARATA

Créditos

Diseño colección: Joaquín Gallego

© Carlos Taibo, 2001

© Los Libros de la Catarata, 2001

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

loslibrosdelacatarata@cyan.es

ISBN digital: 978-84-8319-679-3

ISBN libro en papel:978- 84-8319-129-6

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

A Mujeres de Negro

“Los habitantes de Belgrado estiman que los serbios de Kosova han vivido demasiado tiempo en compañía de musulmanes. En una conversación con un terrateniente serbio, un profesor inglés que a la sazón trabajaba en Prishtinë preguntó por el problema de los serbios que abandonaban Kosova. El terrateniente respondió: ‘Suben a Kraljevo y a Kragujevac y la gente dice que son medio negros porque vienen de Kosova. Aducen que son sucios y los llaman musulmanes. Muchos de ellos regresan a Kosova. Son kosovares.’”

Moats, en Miranda Vickers, *Between Serb and Albanian. A history of Kosovo* (Hurst, Londres, 1998), pág. 298.

“Cuando, en 1941, los serbios de Kosova eran perseguidos y dispersados, algunos de ellos fueron a ver a un prohombre albanés y le pidieron su protección, toda vez que estimaban que no eran responsables de los crímenes cometidos por otros. En lugar de responderles, el prohombre les contó la historia de dos albaneses que, paseando, se toparon con un perro. El animal empezó a jugar con uno de ellos, pero éste reaccionó dándole una patada con todas sus fuerzas. Su amigo, sorprendido, le preguntó por qué se había comportado así cuando el perro no le había hecho daño alguno. ‘El no hizo nada malo, pero el año pasado,

cuando yo estaba en Constantinopla, su padre me mordió en la pierna'. Estas anécdotas se cuentan también de la otra parte —esto es, de los serbios—, lo cual parece sugerir que unos y otros tienen razón en alguna medida pero no la tienen por completo."

Milenko Karan, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), pág. 174.

AUSTRIA
HUNGRIA
RUMANIA
ITALIA
ESLOVENIA
Ljubljana
Zagreb
CROACIA
VOJVODINA
Novi-Sad
BELGRADO
BOSNIA-
HERZEGOVINA
SERBIA
Sarajevo
BULGARIA
MONTENEGRO
Pristina
Podogorica -
Titograd
KOSOVO
Mar Adriático
Skopje
MACEDONIA
ALBANIA
GRECIA

Prólogo

El libro que el lector tiene en sus manos es una versión revisada y actualizada del que, titulado *Para entender el conflicto de Kosova*, fue objeto de cinco rápidas reimpresiones en la primavera-verano de 1999. La inmediatez de los acontecimientos que se registraban entonces hizo desaconsejable acometer, aprovechando esas reimpresiones, una actualización que hoy, en cambio, resulta fácil justificar. Si, por un lado, gozamos de suficiente perspectiva para calibrar el sentido de la intervención militar acometida por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1999, por el otro son muchas las informaciones que han ido acumulándose en lo relativo a los perfiles de un polémico protectorado como el que se ha abierto camino en los últimos años en Kosova. Lo anterior aparte, una crisis más o menos relacionada con la que se analiza en este libro ha adquirido carta de naturaleza a principios de 2001 en la vecina Macedonia.

En *Para entender el conflicto de Kosova* me permití recordar que en abril de 1999, y al calor de los bombardeos de la OTAN, un colega de la Universidad Autónoma de Madrid me contó que había organizado con sus alumnos un debate sobre la crisis entonces abierta. Al concluir la discusión pudo forjarse una idea de cuál era la

visión que predominaba entre los presentes: en un país, Serbia, había visto la luz un movimiento separatista que había optado por la lucha armada y que se había hecho merecedor de una represión que, aunque acaso excesiva, se antojaba genéricamente legítima. Este libro se propone llamar la atención, por lo pronto, sobre la dramática distorsión de la realidad que se revela a través de la visión que acabamos de invocar. Su objetivo fundamental es aportar una información básica que permita entender las raíces del conflicto de Kosova —dramáticamente desatendidas, dicho sea de paso, por la mayoría de nuestros medios de comunicación, y en particular por esa doble plaga contemporánea que son los tertulianos y los *todólogos*— y su derrotero actual —menester tanto más necesario cuanto que entre nosotros apenas ha quedado espacio para una consideración crítica de la intervención de la OTAN y se le ha prestado escasa atención, por añadidura, a lo ocurrido después de 1999—.

Para acometer la tarea anunciada, y como puede apreciarse en el índice, el libro se ha vertebrado en diez capítulos. En el primero se aportan unos cuantos datos básicos para delimitar qué es Kosova. El segundo, que utiliza con profusión las monografías de Vickers y de Malcolm citadas en la bibliografía final, se interesa por la historia del país con anterioridad a la segunda guerra mundial. El tercero procura ofrecer algunas claves de comprensión de cómo muchos de los problemas de hoy se gestaron en el marco del Estado federal yugoslavo. En el cuarto se aporta una descripción rápida, necesaria para entender lo ocurrido en Kosova en los últimos años, del proceso de desintegración de ese Estado federal. En el quinto se analizan los efectos de la abolición de la autonomía kosovar en 1989-1990, así como los perfiles del movimiento de resistencia civil que al poco cobró cuerpo. El capítulo sexto estudia el conflicto bélico que estalló en 1998, así como las subsiguientes, y fracasadas, negociaciones de paz. El séptimo bucea en la naturaleza y las consecuencias de la intervención desarrollada por la OTAN en la primavera de 1999. En el capítulo octavo se sopesan los rasgos fundamentales del protectorado internacional hoy en vigor en Kosova. La crisis que se ha ido larvando en la vecina

Macedonia centra la atención del capítulo noveno, en tanto el décimo procura extraer algunas conclusiones que permitan iluminar el futuro. El libro se cierra con un apéndice en el que, a modo de breve diccionario, se recogen las impresiones extraídas de un viaje a Kosova realizado en el verano de 2000.

En la actualización de la obra publicada en 1999 se ha hecho uso, por lo demás, de tres trabajos que han visto la luz en otros lugares. Así, en la elaboración del capítulo octavo se ha empleado el texto “Kosova después de la guerra: articulación institucional y debate nacional”, presentado como comunicación en el II Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, celebrado en Valencia en noviembre de 2000. La fuente principal del capítulo noveno ha sido el texto “La crisis de Macedonia”, publicado en *Política exterior* (nº81, mayo/junio de 2001). El diccionario kosovar que se incluye como apéndice apareció, en fin, en las páginas de *Diario 16* (10 de septiembre de 2000). El autor quiere agradecer las facilidades que, para permitir la reproducción de los materiales correspondientes, han dado Carlos Flores, Fernando Delage y Enrique Clemente.

Por muy diversos conceptos, este libro es deudor de la generosidad de Arturo van der Eynde, Tica Font, Alfonso Marco, Francesc Mata, Maria Lluïsa Oliveres y Pere Ortega en Barcelona; Stasa Zajovic en Belgrado; Gabirel Ezkurdia y Josu Ugarte en Bilbao; Xabier Agirre en La Haya; Jesús de Andrés, Howard Clark, Inma Díaz, Ruth Ferrero, Santiago González, Concha Martín, Jesús Nieto y Julio Rodríguez en Madrid; Rodrigo del Pozo en Palma; Joan Arnau y Eva López en Prishtinë; Martín Alonso en Santander; Martín Hernández y Ángel Luis Parras en São Paulo; Mikel Alonso e Irene Cormenzana en San Sebastián, y Ginés López Oliver y Elías Milojevic en Sarajevo, así como de la hiperactividad de los compañeros de organizaciones —y es sólo un botón de muestra— como la ANA-ANOC, Ajuda Obrera a Bosnia, el MOC, Paz Ahora, la Plataforma x Kosova y SOS Balkanes.

Carlos Taibo

1. ¿Qué es Kosova?

Kosova o Kosovë[1] es el nombre albanés de un país que los serbios conocen como Kosovo y que, con forma de rombo, limita al noroeste con la región del Sandzak —hoy en Serbia— y con Montenegro, al suroeste con Albania, al sureste con Macedonia y al nordeste de nuevo con territorio serbio. El país cuenta con 10.877 km2, una superficie semejante a la de Asturias, y ocupaba un 12,3% del total de la república yugoslava de Serbia. Relativamente montañoso —los picos más altos se encuentran en la línea de frontera con Albania y con Montenegro, de tal suerte que las alturas descienden a medida que nos trasladamos hacia el este—, Kosova está atravesado por un valle central que, densamente poblado y recorrido por una línea de ferrocarril, comunica la llanura serbia con Skopje, en Macedonia; en ese valle está situada Prishtinë, la capital. La zona occidental es mucho más montañosa, y por ella discurre una carretera que conduce desde Montenegro, pasando por las ciudades kosovares de Pejë y Prizren, hasta Tetovo, también en Macedonia. Otra carretera, y una vía de ferrocarril, comunica Prizren con la ciudad albanesa de Shkodra y, a través de ésta, con el Adriático.

No deja de tener su interés el hecho de que los principales ríos que discurren por el territorio de Kosova acaben por confluir en cuencas que rematan en tres mares distintos. Uno de esos ríos, el Lepenac, discurre hacia el sur a través de Kaçanik, se adentra en Macedonia y se une al Vardar, que desemboca en el Egeo cerca de Salónica. Otro, el Ibar, se dirige hacia el norte, abandona la parte oriental de Kosova, se une al Morava y, a través de éste, alcanza el Danubio, que desemboca, en fin, en el mar Negro. El Drin, en suma, fluye hacia el oeste cruzando la cadena montañosa que separa a Kosova de Albania y desemboca en el Adriático cerca de Shkodra.

En 1991, y con arreglo a un censo cuya elaboración fue boicoteada por muchos albanokosovares, el número de habitantes de Kosova era de 1.954.747, el 20,5% de la población del conjunto de Serbia. La densidad de población resultante, la más alta de toda la antigua Yugoslavia, era de 180 habitantes por km2. La capital, Prishtinë, contaba con unos 150.000 habitantes, mientras Prizren, Mitrovicë y Pejë superaban los 80.000, Gjakovë se situaba por encima de los 70.000, y en Gjilan y Ferizaj vivían unas 60.000 personas. En conjunto, del orden de una tercera parte de la población residía en el medio urbano. En el mismo año mencionado, en fin, un 52% de los kosovares tenían menos de 19 años, en tanto sólo un 6,6% contaba con más de 60.

Siempre según el censo mencionado, del total de la población de Kosova eran albaneses 1.607.690 habitantes (un 82,2%). Mientras, había 195.203 serbios (10,0%) —no eran mayoría de la población en ninguna de las subdivisiones administrativas—, 57.408 musulmanes eslavófonos (2,9%), 42.806 gitanos (2,2%), 20.045 montenegrinos (1,0%), 10.838 turcos (0,6%) y 8.161 croatas (0,4%). La inferencia fundamental señala que, a diferencia de lo ocurrido en Bosnia-Hercegovina, los matrimonios mixtos entre integrantes de las dos principales comunidades étnicas presentes en Kosova, albaneses y serbios, eran muy escasos, algo que invita a señalar que, a los ojos de muchos estudiosos, y al menos en los últimos cien años, la relación entre esas dos comunidades había sido comúnmente tensa.

También debe mencionarse que la configuración étnico-demográfica de Kosova es en alguna medida el producto de diversos intentos de atracción, o de disuasión, sobre determinados grupos étnicos. Al respecto bastará con recordar, a título de ejemplo, que desde las comunidades albanesa y turca de Kosova se estimuló en varias oportunidades que los gitanos se adscribiesen a los grupos respectivos, en tanto desde la comunidad serbia la presión se encaminó a que siguiesen declarándose gitanos, con la vista puesta, presumiblemente, en garantizar que el número de albanokosovares no creciese. Parece fuera de discusión que fueron muchos los musulmanes eslavófonos, los turcos y los gitanos que optaron a la postre por declararse albaneses.

Algunas proyecciones de los datos que han tomado en consideración el boicot censal invocado han llegado a la conclusión, por otra parte, de que en 1991 la cifra real de albaneses en Kosova se elevaba a 1.687.000, de tal suerte que la presencia porcentual de aquéllos en el conjunto de la población era algo mayor que la invocada. En Kosova vivía en 1991 un 38% de los albaneses, pero sólo un 1,5% de los serbios, que residían en los Balcanes. Obligado es subrayar, también, que en Kosova y en las vecinas Macedonia y Montenegro se encontraban casi tantos albaneses como en la propia Albania.

Los albanokosovares, como los habitantes del norte de Albania, pertenecen al grupo de los *ghegs* o guegos, e históricamente se han organizado, en zonas a menudo montañosas, en unidades tribales pequeñas y aisladas; en el sur de Albania han imperado, entre tanto, los *tosks* o toscos, más vinculados con las ciudades y con el desarrollo de actividades comerciales. Los albanokosovares son mayoritariamente musulmanes, aun cuando existe una significada minoría de cristianos. Si entre los primeros predominan los sunitas, bien que con una apreciable presencia, también, de sufíes, entre los segundos hay católicos, ortodoxos y uniatas. Por lo que a la minoría serbia se refiere, la presencia del cristianismo ortodoxo es claramente mayoritaria.

Los especialistas no se ponen de acuerdo a la hora de señalar si Kosova es o no un país rico. Probablemente la manera más sensata

de zanjar la cuestión consiste en afirmar que Kosova es económicamente importante en el marco de la región, y ello aun cuando su relieve en el escenario planetario sea poco más que nulo y, en consecuencia, a duras penas pueda invocarse argumento geoeconómico alguno para dar cuenta del aparente interés que en los últimos años han mostrado potencias externas. Kosova posee, por ejemplo, apreciables riquezas mineras —un 74% de las reservas de manganeso de la Yugoslavia existente hasta 1991, un 50% de las de níquel, un 48% de las de plomo y zinc, un 36% de las de lignito y un 32% de las de caolín— y significadas instalaciones hidroeléctricas, y ello pese a carecer, casi por completo, de industrias de transformación y verse obligado a importar de forma masiva bienes de consumo. Estas circunstancias, y otras de las que nos ocuparemos en su momento, explican, tal vez, por qué la visión dominante en el nacionalismo albanokosovar identifica una tramada política colonial desplegada desde Serbia.

2. De los ilirios a la segunda guerra mundial

Los pueblos que comúnmente se conocen con el nombre de ilirios ocuparon desde varios siglos antes de Cristo un espacio relativamente amplio que se extendió, a orillas del Adriático, desde Istria hasta el Epiro, y que abarcó también distintas regiones tierra adentro[2]. Parece fuera de duda, por lo demás, que los ilirios estuvieron presentes en lo que hoy se entiende por Kosova. La historiografía albanesa señala al respecto, de manera más precisa, que los antiguos habitantes de esta región, los dardanios, no eran sino ilirios, afirmación sólo medianamente contestada en muchas de las fuentes serbias, que aprecian en los dardanios una suerte de mezcla entre tracios e ilirios.

Como a menudo se apreciará en las páginas que siguen, las historiografías albanesa y serbia parecen condenadas a la discrepancia. La primera señala que los albaneses, descendientes directos de los ilirios, se vieron obligados a retroceder —en virtud de las invasiones eslavas— hacia las zonas costeras a partir del siglo VI después de Cristo, pero regresaron a su tierra, bajo la protección del Islam, en los siglos XV y XVI, y configuraron en adelante el grueso de la población de Kosova. Conforme a esta visión de los hechos, los serbios son, en cambio, gentes plenamente ajenas a

Kosova, que han mostrado una permanente hostilidad hacia los albaneses y han hecho todo lo que estaba de su mano para dividirlos, obstaculizando, en particular, la gestación de un Estado común para las comunidades albanesas presentes en Montenegro, Kosova, Macedonia, Grecia y la propia Albania. Un libro publicado hace pocos años por un intelectual albanokosovar, Rexhep Qosja, ilustra a la perfección el vigor contemporáneo de muchas de estas ideas. Para acercarse a algunas de ellas tampoco está de más releer, por cierto, el prólogo que el bien conocido escritor albanés Ismail Kadare redactó para encabezar un volumen de entrevistas con quien durante varios años fue presidente de la clandestina república kosovar: Ibrahim Rugova[3].

Para la historiografía serbia, por el contrario, los albaneses se formaron en virtud del cruce entre restos aportados por los ilirios y los dejados por un sinfín de pueblos que habitaban la parte suroccidental de los Balcanes, de tal suerte que su vinculación con Kosova fue marginal antes de la llegada de los eslavos y su presencia significada en el territorio hubo de aguardar a finales del siglo XVII y principios del XVIII, cuando asumieron un crudo papel de colonizadores empecinados en la persecución de los serbios. Antes, Kosova se había convertido en el crisol de la nación serbia, que vio la luz en 1389 de resultas de la batalla de Kosovo Polje. Así las cosas, los serbios son la población autóctona de Kosova, país al que llegaron mucho antes que los albaneses. La presencia de éstos —producto de una cultura en la que los elementos destructivos y de atraso son decisivos— no se remonta más allá de tres siglos atrás, y sólo puede explicarse por efecto de los estímulos generados, primero, por la insana dominación turca, que no ahorró esfuerzos para aniquilar a la cristiandad ortodoxa, y después por los intereses del imperio austrohúngaro. Con estos antecedentes no puede sorprender que la palabra Kosovo suscite, a los ojos de muchos serbios, la imagen de la persecución, del sufrimiento y de la injusticia.

De los dardanios al imperio de Dusan

Fueren las cosas como fueren, los dardanios configuraron una sociedad preurbana, en la que no faltaban las relaciones con Grecia, en torno a los siglos VI y IV a.C. Su sumisión a Roma se produjo en el año 40 a.C., si bien es verdad que el eco de este pueblo siguió siendo perceptible bastante tiempo después. Bastará con recordar al respecto que en el siglo IV d.C. se creó una provincia romana de Dardania en la que estaban incluidas las regiones de Kosova y de Skopje. Era una época, por lo demás, en la que fueron frecuentes las invasiones de hunos, visigodos y ostrogodos, y en la que se produjo, en el año 395, una división del imperio romano entre oriente y occidente que en los hechos partió en dos la zona poblada por lo que todavía se conocía con el nombre de ilirios. De resultas, y en paralelo con cierta expansión del área geográfica por éstos controlada, se habló por vez primera de albaneses y de lengua albanesa.

En el siglo VI los eslavos empezaron a arribar a los Balcanes, si bien parece fuera de duda que su llegada no tuvo efectos notables sobre las poblaciones anteriormente existentes. Durante el siglo X se verificó en la zona central de la península una aguda confrontación entre Bizancio y los reyes búlgaros que al cabo se tradujo en la ocupación por estos últimos de las zonas en las que hoy es mayoritaria la población albanesa. Pero en el año 1018 el control de esas zonas pasó a manos de los bizantinos. Poco después, en 1054, se producía la definitiva división entre Bizancio y Roma, de tal forma que en adelante los albaneses se vieron sometidos a la influencia ejercida por griegos y eslavos, de un lado, y por romanos y venecianos, del otro. Aunque el catolicismo se extendió por la parte septentrional de la actual Albania, ésta quedó inserta, en los hechos, en el mundo bizantino.

Con el paso del tiempo, las invasiones eslavas hicieron sentir sus efectos en Kosova, ante todo en la forma de un asentamiento de las poblaciones correspondientes en los valles y en las zonas más llanas, con el consiguiente desplazamiento de la población “autóctona” hacia las montañas. En el año 1166 se produjo un significativo cambio que dio al traste con la dominación bizantina: vio la luz una nueva dinastía serbia, la de los niemanjitas, que se

mantuvo en el poder hasta 1371. A finales del siglo XII los niemanjitas consiguieron sonoros éxitos militares tanto en Macedonia como en Kosova. Fue en este último, en Pejë, en donde decidieron instalar, por otra parte, la sede de su Iglesia ortodoxa, al tiempo que alentaron la conversión, a menudo forzada, de muchos albaneses. Stefan Dusan, cuyo reinado se prolongó entre los años 1331 y 1355, se hizo con el control de toda la actual Albania y llenó de iglesias y monasterios la región comprendida entre Pejë, Prizren, Mitrovicë y Prishtinë. La parte occidental del actual Kosova se convirtió, con el nombre de Metohija, en el núcleo espiritual de Serbia, de la que Prizren devino capital. Al morir Dusan su imperio se dividió, de tal suerte que Kosova quedó bajo la férula del rey Vukasin Mrnjavcevic.

Eran los mismos años en los que, debilitado el imperio bizantino, los turcos otomanos habían ocupado el Asia menor y se aprestaban a adentrarse en los Balcanes. Serbia, en plena decadencia, perdió en 1371 la decisiva batalla de Marica y en 1389 la de Kosovo Polje. De resultas, y pese a que los escritores medievales dieron en convertir en victoria esta última derrota, el poder serbio empezó a evaporarse de tal manera que en adelante, y durante muchos años, su huella sólo pudo apreciarse en las querencias de unos señores feudales a menudo muy enfrentados entre sí.

La dominación otomana

El asalto definitivo de los otomanos sobre Serbia hubo de aguardar, sin embargo, a 1455, cuando se hicieron con el control de Kosova y de la parte meridional del país. Cuatro años después Serbia había capitulado por completo.

Las ciudades de Prizren y de Prishtinë, situadas en una de las rutas que comunicaban la costa dálmata y Constantinopla, experimentaron una etapa de prosperidad. Al tiempo, si la expansión del Estado serbio en los siglos anteriores se había visto acompañada de la llegada a Kosova de muchos serbios, el proceso se invirtió a mediados del siglo XV. En 1481, de hecho, buena parte de la población eslava de Kosova se había trasladado a Hungría y a

la Transilvania. De resultas de esta emigración, muchos albaneses descendieron a la llanura desde la montaña, mientras eran pocos, y concentrados en Prizren, los colonos otomanos que pasaron a residir en el territorio. En el trasfondo de estos movimientos despuntaba un problema que ha preocupado bastante a los historiadores: el de si los serbios eran mayoría de la población en Kosova antes de la llegada de los otomanos. Mientras la historiografía serbia aduce documentos que parecen llegar a tal conclusión, la albanesa replica que muchos albaneses se habían visto obligados a serbianizar sus nombres, de tal forma que los documentos en cuestión a duras penas permiten llegar a conclusión fidedigna alguna.

En adelante, la población no musulmana de Kosova se vio obligada a integrarse en un sistema organizativo de inspiración musulmana que permitía conservar, sin embargo, la identidad cultural y religiosa. Debe subrayarse que, junto a los serbios, con los que habían vivido en cierta armonía, muchos albaneses eran cristianos y quedaban insertos, por tanto, en el mismo esquema que acabamos de glosar. Las conversiones al Islam fueron cualquier cosa menos rápidas. En 1610, por ejemplo, y conforme a una estimación, había en Kosova una cifra de católicos —muchos de ellos llegaban de Albania— diez veces más alta que la de musulmanes. Es verdad, sin embargo, que en ese siglo XVII el panorama empezó a cambiar, ante todo por los onerosos impuestos que los cristianos se veían obligados a pagar. Esto aparte, en el imperio otomano se fue extendiendo la idea de que no era posible llegar a un acuerdo con el catolicismo, algo que facilitó el despliegue de medidas más severas. Así, a la retirada otomana de Viena en 1683 y a la derrota en la guerra de Morea el año siguiente siguió un período de conversiones forzosas, y en su caso de deportaciones, de católicos. Serbios y albaneses, en general, experimentaron agudas presiones —económicas y militares— encaminadas a facilitar su conversión al Islam.

Las diferencias religiosas empezaron a convertirse, de cualquier modo, en el elemento fundamental de cuantos explicaban la distinción entre serbios y albaneses. A los ojos de muchos de estos

últimos, el Islam suscitaba menos animadversión que la ortodoxia: no puede olvidarse que esta última se asociaba con las imposiciones que los eslavos habían realizado en los siglos anteriores, en tanto el primero podía presentarse como una religión de hombres libres. El hecho de que, en consecuencia, muchos albaneses se convirtiesen al Islam y, al tiempo, pasasen a ocupar posiciones de cierta preeminencia abrió una primera brecha en la relación con los serbios. La intolerancia con respecto a los cristianos se acrecentó en la segunda mitad del siglo XVIII —ahí está, para certificarlo, la abolición del patriarcado ortodoxo de Pejë— y tras las guerras ruso-otomanas de finales del mismo siglo, toda vez que para los otomanos los cristianos ortodoxos que vivían en Kosova eran aliados de sus rivales rusos. Antes se habían verificado, sin embargo, movimientos de aproximación entre las comunidades serbia y albanesa presentes en Kosova. Bastará con recordar que muchos serbios que habían optado por la conversión al Islam desposaron a mujeres albanesas y acabaron por convertirse, ellos mismos, en albaneses.

Las circunstancias que acabamos de mencionar tuvieron también como efecto una relativamente importante emigración de serbokosovares hacia el norte. Buena parte de la población serbia residente en los territorios situados al norte de Kosova había buscado la protección del emperador austriaco, al tiempo que se verificaba un flujo decisivo: el centro de gravedad de las comunidades serbias, que en un tiempo había estado en Kosova, empezó a trasladarse hacia Belgrado, con lo cual la separación, y la oposición, entre serbios y albaneses fue ganando terreno. El éxodo serbio facilitó, como era de esperar, una nueva llegada de albaneses de las montañas, y ello no sólo a Kosova, sino también a Macedonia e incluso a ciudades como Nis, hoy en el sur de Serbia.

Entre 1804 y 1815 se produjo una rebelión serbia contra la dominación otomana que al poco suscitó la inquietud entre los *pachás* que gobernaban Kosova, beneficiados por la relativa descentralización que caracterizaba a la dominación ejercida desde Constantinopla. Pese a la represión con que la rebelión fue obsequiada, la gestación, en 1833, de una principalidad autónoma

serbia, bien que siempre dentro del imperio otomano, acrecentó las expectativas de los serbios que vivían en Kosova. Los decenios siguientes fueron de constante tensión en un país en el que las estructuras centralizadas fueron perdiendo peso —al respecto conviene recordar que los *pachás* independientes fueron desplazados en 1836—, en el que la vida de los campesinos, sometidos a onerosos tributos, era muy difícil y en el que el bandolerismo, muchas veces ejercido sobre los propios recaudadores de impuestos, se extendió por doquier.

La decadencia de la aristocracia musulmana se vio acompañada, en 1839, de medidas —servicio militar obligatorio, centralización administrativa...— que oficialmente igualaban los derechos de cristianos y musulmanes. De resultas, y por lo que parece, no faltaron los albaneses que optaron por convertirse al cristianismo. Las revueltas contra las levas fueron duramente reprimidas en 1844. Mientras, la crisis de la vieja aristocracia abría el camino a una creciente prosperidad de los cristianos que vivían en ciudades como Prizren —a la sazón la ciudad más importante de Kosova—, Skopje u Ohrid. Los sentimientos antiortodoxos y antieslavos alcanzaron su expresión culminante con ocasión de la guerra de Crimea, entre 1853 y 1856, y abocaron en la huida, una vez más, de población serbia.

Aun así, la ya mencionada ciudad de Prizren, que había conseguido establecer un contacto permanente con Belgrado, empezó a irradiar un discurso en el que era apreciable el influjo de lo que al poco fue el nacionalismo serbio. El programa que se alentaba desde Belgrado implicaba la expulsión de los otomanos, la adquisición de tierras en países que, como Kosova, se consideraban serbios y el establecimiento de alianzas con los restantes pueblos cristianos de los Balcanes. A medida que el siglo XIX iba avanzando, se hizo evidente que los dos grandes imperios regionales —el austriaco y el otomano— perdían terreno. Las debilidades del primero fueron puestas a la luz del día por las revoluciones desarrolladas en 1848-1849 y 1866-1867. El retroceso del imperio otomano, iniciado en 1699, no lo frenaron siquiera las numerosas reformas desplegadas en el siglo XIX. Una de ellas

afectó en 1866 a los territorios mayoritariamente habitados por albaneses, que fueron objeto de división entre tres *vilayets* o provincias, a las que doce años después se agregó una cuarta: la de Kosova. El propósito de estas reformas estribaba, con toda evidencia, en cortar de sajo la posibilidad de una respuesta conjunta de todos esos territorios, amenaza que, por lo demás, nada tenía de irrisoria: también entre los albaneses empezaba a germinar un discurso nacionalista.

Aunque en los últimos párrafos nos hemos referido ya, con alguna anticipación, al surgimiento paralelo de dos nacionalismos —el serbio y el albanés— resulta de razón subrayar, una vez más, que los dos pueblos afectados no siempre habían estado enfrentados. A menudo compartían, muy al contrario, formas de organización social muy semejantes, así como costumbres, tradiciones y relatos épicos. Entre unos y otros no faltaban los lazos de sangre. Tampoco eran infrecuentes, en fin, las personas bilingües.

El despertar del nacionalismo albanés

En 1876, la llegada al trono en Constantinopla de un nuevo sultán, Abdul Hamid, provocó un renacimiento del elemento islámico que inspiraba al imperio otomano. En Kosova ello se tradujo en medidas que, genéricamente, beneficiaban a la población albanesa frente a la eslava.

La debilidad, con todo, que seguía caracterizando a las estructuras del poder otomano facilitó, en 1877-1878, una invasión de Kosova por parte de serbios y montenegrinos, que protagonizaron una confrontación aguda con los albaneses. Varios millares de éstos fueron expulsados de la región de Nis. Es verdad que poco después las unidades otomanas se ensañaron en las represalias contra los serbios que residían en el sur de Kosova. La tregua a la postre alcanzada obligó a los ejércitos serbios a retirarse.

La derrota otomana frente a Rusia condujo, en 1878, a la firma del tratado de San Stefano, cuyas consecuencias fueron tres: el freno impuesto al imperio austrohúngaro, la consolidación de un proyecto paneslavista y la creciente influencia de Rusia en los

Balcanes. Bulgaria y Serbia salieron claramente beneficiadas. A la segunda, que alcanzó por vez primera una independencia efectiva con respecto al imperio otomano, le fue asignada la mayor parte del actual territorio de Kosova, si bien es verdad que fragmentos pequeños correspondieron a Montenegro y al propio imperio otomano. Como respuesta a estos hechos, en junio de 1878 se reunieron en Prizren trescientos delegados albaneses —en su mayoría terratenientes musulmanes que, más bien conservadores, se mostraban partidarios de que las estructuras del poder otomano se mantuviesen en pie— que dieron en configurar la llamada “Liga de Prizren”.

Los acontecimientos exteriores pronto se volvieron en contra de los intereses de Rusia. Las potencias de la Europa occidental y central consideraban que la mayor prioridad debía estribar en reducir las dimensiones territoriales, visiblemente engrosadas en San Stefano, de Bulgaria. A las medidas encaminadas a que la parte meridional de ésta fuese reintegrada al imperio otomano, siguieron otras en virtud de las cuales el mismo procedimiento se aplicó a los territorios en los que vivían los albaneses, con lo cual las tropas serbias hubieron de retirarse de Kosova. Aunque esto beneficiaba, sobre el papel, a los integrantes de la Liga de Prizren, la debilidad de las políticas otomanas hizo que aquéllos se inclinasen de manera cada vez más clara por la demanda de una creciente autonomía, y al respecto promoviesen medidas en las que se daban cita por igual la resistencia civil y las acciones violentas. La represión subsiguiente suscitó, en agosto de 1878, una rebelión albanesa.

Mientras, los gobernantes serbios procuraban ganar para su causa a los albaneses, y en particular a los cristianos residentes en las zonas septentrionales. Las aproximaciones no tuvieron, por lo que parece, demasiado éxito, acaso porque los citados albaneses se identificaban primordialmente a sí mismos como tales, y ello con indiferencia de su condición religiosa. Es verdad, sin embargo, que la posición claramente proislámica de la Liga de Prizren producía inquietud entre muchos de los integrantes de la comunidad cristiana albanesa. Los acontecimientos se aceleraron en 1881, cuando la

Liga consiguió expulsar de Kosova a todos los administradores otomanos y quedó autoconfigurada como gobierno provincial. La respuesta otomana no se hizo esperar, y al poco la Liga era disuelta, sin que por ello se apagasen, en modo alguno, las llamas del emergente nacionalismo albanés.

La posición de Serbia en los Balcanes también se había debilitado, al compás de la pérdida de influencia de Rusia. En los hechos, Serbia se hallaba bajo dominio austriaco cuando se celebró el quinientos aniversario de la batalla de Kosovo Polje. El interés de las potencias de la Europa central y occidental por los Balcanes reavivó la actividad política entre los albaneses. El principal signo fue la creación de la "Liga de Pejë", que tuvo antes un carácter musulmán que nacionalista. Mientras, la guerra serbo-búlgara de 1885 empeoró las relaciones entre estos dos países y convirtió a Macedonia en punto principal de fricción. La lucha de influencias entre los grandes imperios provocó un creciente desorden en Kosova, al tiempo que el declinante poder otomano facilitaba las incursiones albanesas en territorio serbio. Éstas sólo se vieron frenadas cuando, en 1892, se hizo sentir una presión diplomática rusa encaminada a proteger a los cristianos ortodoxos.

Las tensiones reaparecieron en 1903 y tuvieron por escenario, de nuevo, Macedonia, que pudo liberarse provisionalmente de la tutela otomana. La represión consiguiente se vio acompañada de un cambio importante en Serbia, toda vez que el mismo año la dinastía Karadjordjevic recuperó el trono y alentó nuevas esperanzas de un renacimiento nacional. El período del que acabamos de ocuparnos fue, en otro plano, de visible estancamiento económico en Kosova. Aunque, claro, mayor era el hundimiento de todas las estructuras de poder propias del imperio otomano.

Las guerras balcánicas y la primera contienda mundial

A finales del siglo XIX se registró en el imperio otomano la aparición de un activo movimiento, el de los "Jóvenes Turcos", que buscaba revitalizar el imperio sobre la base de políticas genéricamente occidentalizadoras. El progreso de ese movimiento fue recibido con

buenos ojos en Kosova, en la medida en que a su amparo parecía que los impuestos estaban llamados a bajar y se iban a reconocer, en otro plano, derechos hasta entonces conculcados. Tanto albaneses como serbios apreciaron que los Jóvenes Turcos ofrecían una razonable oportunidad de resurgimiento nacional y organización política autónoma, algo que al poco se vio confirmado por el inicio de una etapa en la que las libertades se extendieron y muchos exiliados pudieron retornar. Bien es verdad que la condición manifiestamente proislámica de muchos albaneses de Kosova hizo difícil la aceptación plácida de unas políticas que acarreaban elementos visiblemente laicos, algo que a buen seguro operó como freno para el desarrollo del nacionalismo albanés. Es verdad, en un sentido distinto, que el auge de los Jóvenes Turcos había contrarrestado los intentos del imperio austrohúngaro en el sentido de colocar a Albania en su zona de influencia. Bosnia-Hercegovina sí que había sido anexionada, en cambio, por el citado imperio a finales de 1908, en lo que se antojaba un esfuerzo encaminado a cortar las alas a Serbia y a su aliado ruso. La confrontación entre Serbia y el imperio austrohúngaro ocupaba, de cualquier modo, un lugar prominente, que oscurecía la importancia del otro imperio, el otomano, en el desarrollo de los acontecimientos.

Las esperanzas depositadas en los Jóvenes Turcos empezaron a desvanecerse cuando éstos se dejaron impregnar por la influencia, creciente, del nacionalismo turco y entraron en colisión, más o menos aguda, con los diferentes nacionalismos balcánicos. De resultas, en 1909 y 1910 estallaron entre los albaneses de Kosova nuevas revueltas en las cuales, y en ausencia de una autoridad albanesa común, los intereses particulares parecieron imperar sobre cualesquiera otros. Los Jóvenes Turcos desarrollaron una cruda represión de la que se derivó en 1911 la huida de muchos serbios y albaneses residentes en Kosova. Conviene subrayar que tanto desde Serbia como desde Montenegro se había alentado la rebelión albanesa. Los dirigentes serbios, en particular, parecían estimar que en su posición, muy delicada, era preferible contar con el apoyo de los albaneses; por vez primera habían aceptado, en fin, que en el caso de éstos no se trataba ya de meras tribus dispersas,

sino de un grupo nacional al que convenían todos los aditamentos correspondientes.

La represión asestada por los Jóvenes Turcos provocó una nueva sublevación albanesa en 1912. La crisis política que, en virtud del éxito de la sublevación, se produjo en Turquía abocó en la promesa de que en adelante se introducirían reformas y se celebrarían elecciones tanto en Albania como en Kosova. Bien que a regañadientes, tales ofrecimientos fueron aceptados, al tiempo que se rechazaban, en cambio, las ofertas que, procedentes de Serbia, apuntaban al reconocimiento de los derechos de los albaneses en el marco de un Estado serbio cuya ayuda económica era, sin embargo, bien recibida. La política de Belgrado, que en virtud de la anexión austrohúngara de Bosnia-Hercegovina había visto frustrada la obtención de una salida al Adriático, se centró en adelante en Macedonia. En el mismo año 1912 quedó configurada entre Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia una alianza cuyos objetivos fundamentales eran tres: el reparto de las posesiones balcánicas del imperio otomano, el establecimiento de un frente que contrarrestase, al norte, las políticas del imperio austrohúngaro y el designio de imponer un freno a cualquier intento de gestar un Estado albanés.

En octubre de 1912 cobró cuerpo la primera guerra balcánica, que enfrentó a los cuatro aliados antes mencionados y al imperio otomano. Aunque los albaneses procuraron mantenerse al margen, la rápida derrota del ejército otomano y la invasión, por los aliados, de los territorios que habitaban aceleraron la manifestación de una activa oposición a las potencias balcánicas, en presunta aplicación del dicho que afirma que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. En este marco, y no sin fuerte resistencia, Serbia se anexionó Kosova y se aproximó sensiblemente a las orillas del Adriático, circunstancia que suscitó la inmediata inquietud del imperio austrohúngaro. Los intereses de este último facilitaron la rápida proclamación, en noviembre de 1912, de un Estado albanés independiente, que al poco recibió una nueva agresión de los ejércitos serbios en el norte del país. La presión rusa permitió la retirada serbia, a cambio, bien es cierto, de concesiones territoriales

en Kosova. El designio austrohúngaro apuntaba, con toda evidencia, a evitar que el Estado serbio sustituyese en los Balcanes, como amenaza, al decadente imperio otomano. La postrera influencia ejercida por este último para que los albaneses de Kosova asumiesen una nueva insurrección, ahora contra Serbia, dio su resultado pero no consiguió impedir el despliegue inmediato de una cruenta represión.

En mayo de 1913 se firmó en Londres un tratado que formalmente ponía fin a la primera guerra balcánica, ante todo en virtud de una renuncia del imperio otomano a sus territorios europeos (con la excepción de Estambul y de la Tracia oriental). Las aspiraciones de Serbia y de Grecia experimentaban, sin embargo, un freno en la medida en que el tratado implicaba el reconocimiento de un Estado albanés independiente. A manera de compensación, los dos países mencionados procuraron repartirse Macedonia, lo que suscitó la pronta reacción de Bulgaria. La guerra, la segunda balcánica, estalló en junio de 1913 y abocó en la derrota de este último país, que en virtud del tratado de Bucarest perdió su salida al Egeo mientras Serbia conseguía doblar su territorio a través de la incorporación de buena parte de la citada Macedonia. La aspiración de Belgrado en el sentido de encontrar una salida al mar en Albania se vio, entre tanto, refrenada, y ello pese a que Serbia conservó el control sobre Kosova y a que, en paralelo, se abrieron sesudas discusiones relativas a la línea de frontera entre los Estados albanés y serbio.

El hecho de que Kosova —y con él las zonas de Macedonia, Montenegro y Grecia en las que había significada población albanesa— quedase fuera del recién nacido Estado albanés suscitó pronto problemas. Éstos pasaron a un segundo plano en la medida en que en julio de 1914 el imperio austrohúngaro declaró la guerra a Serbia. Como es fácil imaginar, la noticia fue recibida con entusiasmo entre los albaneses. El conflicto pronto llegó a Kosova en la forma de combates muy duros entre serbios y albaneses locales, muchos de los cuales se vieron obligados a huir camino de Albania. Mientras, en Londres se pactaba el reparto de esta última

—sólo se dejaba al margen una pequeña región central que estaba llamada a disfrutar de una liviana autonomía— entre Italia y Grecia.

El derrotero del conflicto —estamos hablando, claro es, de la primera guerra mundial— permitió que tropas austrohúngaras ocupasen un buen pedazo de Kosova al tiempo que Bulgaria se adueñaba de la porción oriental de éste. Entre tanto, la posición militar de Serbia, enfrentada tanto con los austrohúngaros como con Bulgaria, era muy delicada, como lo demuestra el hecho de que buena parte de su ejército se viese obligado a atravesar Kosova y a huir, con muchísimas bajas, hacia la vecina Albania, donde los soldados, bien es cierto, apenas fueron hostigados.

Tras la retirada serbia, Kosova quedó bajo ocupación austrohúngara. En el otoño de 1918 la marcha de los contingentes militares austrohúngaros y búlgaros permitió, sin embargo, la reentrada en el país de tropas serbias que, respaldadas por Francia, se entregaron a una activa represión y provocaron, una vez más, la huida de muchos albaneses. Mientras, había surgido un Comité para la Defensa Nacional de Kosova que se proponía la reunificación de todas las tierras albanesas y rechazaba la delimitación de fronteras realizada unos años antes.

La Yugoslavia de entreguerras

La derrota del imperio austrohúngaro, de Turquía y de Bulgaria en la primera guerra mundial abrió el camino a la gestación de un nuevo Estado eslavo en los Balcanes, que recibió el nombre de “Reino de los serbios, croatas y eslovenos” y se hizo con el control, no sólo de Kosova, sino también de parte de la Albania septentrional. En el seno de esta “primera Yugoslavia” parecía clara, por lo demás, la preeminencia de un proyecto centralista asentado en Serbia, bien reflejado en una sesgada división administrativa que permitió que los serbios fuesen mayoría de la población en seis provincias, los croatas en dos, los eslovenos en una, y en ninguna los musulmanes bosnios y los albaneses. Por lo que a Kosova atañe, fue gobernado desde Belgrado en virtud de la simple extensión del sistema de administración vigente en Serbia.

Conforme al censo de 1921, que probablemente minimizaba la presencia de población albanesa, a ésta se adscribía un 64% de los habitantes del territorio (diez años después el porcentaje era de un 63%). En ese mismo año de 1921 se sometió a la Liga de Naciones una petición en la que se reclamaba, una vez más, la reunión de Kosova y Albania. El descontento de la población albanokosovar pronto adoptó la forma del llamado movimiento *kaçak*. Apoyado por Italia, el movimiento estaba configurado ante todo por bandidos reconvertidos en héroes conforme al modelo de los *hajduks*. La represión ejercida en Albania provocó varios intentos fallidos de golpe de Estado asumidos por *kaçaks* y estimuló acuerdos secretos entre Yugoslavia y la propia Albania para erradicar el movimiento. El distanciamiento entre Kosova y Albania alcanzó sus máximas cotas cuando Ahmet Zogu, que había sido el ministro del Interior encargado de reprimir a los *kaçaks*, se proclamó a sí mismo rey de Albania en 1928.

Pero, al margen de lo anterior, en la primera Yugoslavia —en la que en 1929 el rey Alejandro abolió la Constitución y disolvió el parlamento— se hizo valer de forma clara la represión de la condición nacional albanesa en Kosova. Al respecto bastará con recordar que el territorio kosovar fue dividido entre varias unidades regionales, con el propósito expreso de cercenar, una vez más, cualquier posibilidad de respuesta común. Esto aparte, se abrió camino un intento de asimilación lingüística forzada de los albaneses, y ello aunque no resultó en modo alguno evidente que la preservación de las escuelas islámicas facilitase, como al parecer era el designio del gobierno serbio, la ratificación del atraso y de la ignorancia de aquéllos. El serbocroata era la única lengua empleada tanto en el sistema educativo como en la administración en un escenario marcado, además, por la presencia de unidades paramilitares serbias. El panorama no resultaba ser muy diferente, en fin, en las partes de Montenegro y de Macedonia en las que había comunidades albanesas, y ofrecía una explicación de por qué, a diferencia de lo ocurrido con muchos de los musulmanes eslavófonos de Bosnia-Hercegovina, la generalidad de los

albaneses esparcidos por el territorio de la primera Yugoslavia mostró poca predisposición a colaborar con ésta.

Pero los años que nos ocupan fueron, por encima de todo, los de un ambicioso programa de colonización articulado desde Serbia. El programa se desplegó en dos fases: la primera entre 1918 y 1928 —los mismos años de auge del movimiento *kaçak*— y la segunda entre 1929 y 1941. El propósito era acrecentar la presencia demográfica de los serbios, garantizar la impermeabilidad de las fronteras con Albania y estimular, en fin, la emigración de albanokosovares. En virtud de una ley aprobada en 1931, cada uno de los colonos serbios, que llegaron acaso en número de 40.000, debía recibir cincuenta hectáreas de tierra —a menudo expropiadas a albanokosovares— y beneficiarse de otras ventajas, algo que a la postre se tradujo en la confirmación de la existencia de una comunidad serbia relativamente próspera en el marco de una sociedad en la que vivían dos grupos humanos claramente separados. Fue en esta época cuando entre los albaneses se empezó a hablar de “serbios nativos” para designar a aquellos que vivían en el país antes de 1912 y mantenían una relación cordial con sus vecinos albaneses. La situación demográfica se vio alterada también por la emigración —ante todo a Turquía, y secundariamente a Albania y a países árabes— de unos 250.000 albaneses, con frecuencia acompañados de musulmanes eslavófonos y de turcos.

El estancamiento económico fue, por otra parte, un elemento sustancial del período de entreguerras en Kosova. La mayoría de la población trabajaba en el sector primario, en tanto la otra fuente de riqueza —la minería— se hallaba en manos foráneas y apenas hacía sentir sus efectos saludables sobre el país. Tanto los serbios como los albaneses vivían, por lo demás, en *zadrugas*, pequeños Estados en miniatura a cuya cabeza se encontraba el jefe de la familia que, sin aparente merma de la condición jerárquica del sistema, ejercía su poder de consuno con una asamblea en la que estaban presentes todos los varones.

Los años de entreguerras registraron también la aparición del Partido Comunista de Yugoslavia, cuya política nacional exhibió notabilísimas oscilaciones. Inicialmente, el Partido se pronunció a

favor de una confederación balcánica y llegó a pedir, conforme a lo acordado en el V Congreso de la *Komintern*, la desintegración del Estado yugoslavo, que se estimaba estaba al servicio de un proyecto nacionalista gran serbio. Pero en la segunda mitad del decenio de 1930 las tornas cambiaron en provecho de una apuesta por la unidad yugoslava que acarreaba un franco rechazo del derecho de autodeterminación. Fuesen las cosas como fuesen, el número de albaneses en las filas del Partido Comunista de Yugoslavia era completamente marginal. Para explicarlo podían invocarse datos de orden dispar, como la escasa presencia de trabajadores industriales en Kosova, la debilidad de la *intelligentsia* local y, claro, las reticencias derivadas de la tensa relación entre albaneses y serbios. Es innegable, de cualquier modo, que desde Serbia se dieron algunos pasos —así, protestas por las políticas encaminadas a facilitar la emigración de los albaneses, establecimiento de un comité del Partido Comunista estrictamente vinculado con Kosova— para mejorar unas relaciones claramente marcadas por la tensión.

La segunda guerra mundial en Kosova

En el marco de un general proceso de invasión de Yugoslavia, en 1941 Alemania ocupó Kosova. Albania, independiente sólo en términos formales y en realidad colonia italiana, recibió, sin embargo, la mayor parte del país, algo que en los hechos convirtió a Italia en la potencia que lo controlaba. Alemania reservó para sí, sin embargo, la región más septentrional —en donde estaban las codiciadas minas de Trepçë—, que quedó formalmente asignada al Estado títere que el ocupante alemán había creado en Serbia. También Bulgaria recibió, en suma, una banda de tierra en la parte oriental de Kosova, a la que más adelante se agregaron algunos territorios del norte del país.

La atribución de la mayor parte del territorio kosovar a Albania convirtió a todos sus habitantes, incluidos los eslavos, en ciudadanos albaneses a principios de 1942. Las iniciales concesiones que los ocupantes realizaron a la mayoría albanesa de

la población —dirección de los gobiernos locales, cierta discreción en cuanto a la organización del sistema educativo— pronto tocaron a su fin, de resultas, ante todo, de las protestas del gobierno títere existente en Serbia. Éste llamó también la atención sobre presuntos casos de hostigamiento contra la población serbia presente en el territorio. El reclutamiento de albaneses para formar parte de unidades militares alemanas hubo de aguardar, por lo demás, a 1943, pero fue pronto frenado al decidirse que los soldados correspondientes debían alistarse en la división musulmana de las SS creada en Bosnia-Hercegovina. Mientras, no conviene olvidarlo, en Serbia habían visto la luz cuatro batallones del llamado "Cuerpo Voluntario Serbio", entregados a la lucha contra la guerrilla partisana.

Más éxito tuvo la creación de unidades albanesas en la parte de Kosova controlada por Italia. El principal signo de la gestación de esas unidades fue, a partir de 1941, el llamado "Grupo Skanderbeg". Lo anterior no debe inducir a pensar, con todo, que la relación con las potencias del Eje era fluida. La aparente aceptación de los hechos entre los albaneses mucho tenía que ver con la percepción de que las potencias mencionadas, al favorecer el hundimiento de Yugoslavia, permitirían el auge de un proyecto de reintegración de todos los albaneses en un Estado común. La política italiana generaba al respecto numerosas contradicciones, toda vez que alentaba el nacionalismo albanés al tiempo que se negaba a reconocer, tanto para Albania como para Kosova, cualquier relación que no fuese estrictamente colonial.

Noel Malcolm ha subrayado que, a la postre, la situación de Kosova durante la segunda guerra mundial no fue muy diferente de la de la propia Serbia. En uno como en otro caso, "muchos funcionarios siguieron trabajando para el nuevo régimen, en tanto una pequeña proporción de varones en edad de servir en filas se sumó a las formaciones colaboracionistas. No puede sorprender que esa proporción fuese más alta en Kosova, dado que muchos albaneses no habían sentido lealtad alguna hacia el régimen yugoslavo anterior y habían percibido la conquista del Eje, al menos potencialmente, como una forma de liberación"[4]. Aparte lo dicho,

es innegable que la presencia de los dos movimientos de oposición al invasor —*chetniks* y partisanos— fue menor en Kosova que en Serbia: la razón era, de nuevo, de cariz étnico, toda vez que los albaneses residentes en el territorio estimaban que esos movimientos eran fuerzas de carácter exclusivamente serbio.

Es verdad, con todo, que, sin mucho éxito, los comunistas yugoslavos habían procurado atraerse a la población albanesa. Al efecto habían criticado la colonización ejercida por la "burguesía gran serbia" y habían llegado a reclamar la creación de una república de Kosova. En 1940 el comité local de Kosova había sido segregado del de Montenegro —ya lo señalamos— y había adquirido, en consecuencia, una mayor entidad. En septiembre de 1942, por otra parte, y pese a la debilidad manifiesta del proceso, se formó el primer grupo partisano albanokosovar. Entre tanto, el Partido Comunista Albanés, muy celoso de la preservación de unas relaciones cordiales con su homólogo yugoslavo, se abstenía por completo de actuar en Kosova e impedía así que los comunistas albanokosovares se pertrechasen con un discurso nacional adaptado a sus presuntas necesidades.

En septiembre de 1943 se produjo la capitulación italiana en la guerra. Las unidades italianas presentes en Kosova fueron hechas prisioneras por el ejército alemán. Esto aparte, Alemania, que en todo momento procuró cortejar al nacionalismo albanés, intentó mantener la ficción de que Albania seguía siendo un Estado independiente y neutral. Al mismo tiempo que se producía la retirada italiana surgía en Kosova un movimiento que, con el nombre de "Segunda Liga de Prizren", postulaba la unificación étnica con Albania. Pronto, en el invierno, se asoció el auge de ese movimiento con nuevas expulsiones de serbios y montenegrinos. Aunque la mayoría de los dirigentes de la Segunda Liga habían colaborado con italianos y alemanes, el tono de su actividad era de cariz estrictamente nacionalista, de tal suerte que apenas podían apreciarse en aquélla elementos de simpatía por las potencias del Eje. La Segunda Liga competía en Kosova, por lo demás, con dos fuerzas creadas en Albania y de simpatías aliadófilas: el Balli Kombëtar, un movimiento republicano de centro-izquierda, y el

partido monárquico Legalitet, de innegable influencia entre los militares. La respuesta de los comunistas, que seguían siendo débiles, al desarrollo de estas formaciones competidoras fue doble: por un lado, se revelaron de nuevo lemas más o menos afines a las demandas del nacionalismo albanés, y entre ellos el que mostraba disposición a reconocer la autodeterminación; por el otro, se impusieron todos los obstáculos posibles a la consolidación de cualquier tipo de resistencia no comunista.

En septiembre de 1944 Bulgaria, en donde habían entrado unidades soviéticas, declaró la guerra a Alemania. En octubre unidades soviéticas y búlgaras penetraron en Serbia y en Kosova. Un poco antes, en septiembre, se había verificado la retirada alemana de Grecia. La marcha de las unidades alemanas presentes en Kosova fue inmediata, y más pareció deberse a la presión militar soviético-búlgara que a las acciones de las guerrillas partisanas yugoslavas y albanesas, algo que, de nuevo, da cuenta de la debilidad de la resistencia comunista. No faltaron en los meses siguientes problemas dentro de las propias unidades partisanas. Una de ellas, liderada por el albanés Shaban Polluzha, se negó a trasladarse a Croacia y hubo de enfrentarse a otras fuerzas partisanas en la región kosovar de Drenicë.

El número de muertos generados por la segunda guerra mundial en Kosova ha sido objeto de numerosas, y muy dispares, estimaciones. Algunas de las más recientes lo cifran entre 10.000 y 25.000. Esto aparte, las víctimas mortales de condición étnica albanesa fueron algo más numerosas —difícilmente podía ser de otra forma habida cuenta de la diferente presencia demográfica de unos y otros grupos— que las correspondientes a serbios y montenegrinos. En conjunto, y de cualquier modo, la guerra dejó en Kosova un número de muertos proporcionalmente inferior al registrado en otras partes de Yugoslavia.

En el discurso de algunas de las modulaciones del nacionalismo serbio contemporáneo se ha hecho valer, por lo demás, la tesis de que fueron muchos los albaneses que se trasladaron a Kosova, desde Albania, durante la guerra mundial. Al respecto se han barajado cifras de 100.000, para el período 1941-1945, y de

260.000, para la etapa 1941-1948; una y otra evaluación se antojan visibles exageraciones, habida cuenta de que ninguno de los fondos documentales de las potencias ocupantes las avalan. Parece innegable, en cambio, que el número de serbios y de montenegrinos presentes en Kosova se redujo por efecto de la guerra. Una de las estimaciones al uso cifra en 40.000 los eslavos que abandonaron el territorio, un guarismo semejante al de los colonos instalados en Kosova en el decenio de 1930.

3. En el Estado federal yugoslavo

La imagen que de Tito tienen muchos albanokosovares es cálida. Al fin y al cabo, Tito concedió a Kosova, con el paso de los años, un grado notable de autogobierno al tiempo que limitó el influjo de las versiones más agresivas del nacionalismo serbio. Es verdad, con todo, que el juicio al respecto debe moderarse. Tal y como lo señala Noel Malcolm, “algunas de las medidas de Tito encaminadas a garantizar el respeto de los derechos humanos de los albaneses tuvieron una naturaleza parcial; otras se desarrollaron sólo bajo la presión de las circunstancias, incluida la ejercida por las demandas de albaneses descontentos. Y algunas se adoptaron en virtud de razones de carácter pragmático absolutamente desconectadas de las necesidades del propio Kosova”[5]. Más allá de lo anterior es obligado analizar críticamente, claro, el legado de Tito: la indefinición institucional y la crisis económica que formaban parte de ese legado fueron elementos decisivos a la hora de configurar el escenario en el que, pocos años después, cobraron cuerpo las políticas de Slobodan Milosevic en Serbia.

La travesía del desierto

La imbricación de Kosova en el naciente Estado federal yugoslavo se vio marcada por un significativo debate jurídico-político. A principios de 1944 Tito, quien al poco se convirtió en carismático dirigente de ese Estado, había señalado que la Vojvodina y otras áreas similares se beneficiarían de una amplia autonomía, hasta el punto de que sus habitantes podrían decidir a qué unidad federal vincularse. Por lo que a Kosova se refiere, y como quiera que en los hechos la decisión al respecto correspondía a las estructuras del Partido Comunista, tras descartarse las posibilidades de Montenegro y Macedonia al final lo que cobró cuerpo fue la idea de emplazar el país dentro de Serbia. En septiembre de 1945 la Asamblea Popular de esta última república estableció una "región autónoma de Kosovo-Metohija" y la declaró "parte constituyente" de Serbia. Debe aclararse que en la terminología al uso, un tanto difusa, las regiones tenían una condición inferior a la que correspondía a las provincias. El criterio de la Asamblea Popular fue ratificado, en 1946, por una nueva Constitución yugoslava y, un año más tarde, por la Constitución de la república de Serbia. Para hacer las cosas todavía más delicadas, la citada Constitución yugoslava colocaba a la postre a la propia Vojvodina —un territorio, también situado dentro de Serbia, en el que existía una minoría húngara— en un escalafón superior al de Kosova, en la medida en que elevaba su rango al de provincia, mientras Kosova seguía siendo una mera región.

En virtud de los datos anteriores, la lectura que buena parte del nacionalismo serbio realizó de lo ocurrido es sencilla: la anexión de Kosova por Serbia se produjo varios meses antes de la promulgación de la Constitución yugoslava de 1946, de tal suerte que el territorio correspondía primariamente a Serbia, y sólo de manera secundaria a Yugoslavia. La réplica albanesa subrayaba, en cambio, que el "Consejo Popular Regional" de Kosova se había pronunciado por la anexión en una "Serbia federal" o, lo que es lo mismo, por la integración en una Serbia definida ya como una unidad federal de Yugoslavia. Esto aparte, la citada instancia kosovar había enviado directamente sus delegados, sin intermediarios, a la reunión celebrada en agosto de 1945 por el

“Consejo Antifascista para la Liberación Nacional de Yugoslavia” (AVNOJ), circunstancia que convertía a Kosova en unidad primaria, y no en una mera parte de Serbia, en el proceso de configuración del nuevo Estado federal. Es verdad, con todo, que ninguna de las decisiones que nos ocupan respondía al despliegue de procedimientos en los que se hiciese valer realmente la opinión de la población, en un escenario en el que los flujos autoritarios despuntaban por doquier.

Solapada cronológicamente con el debate anterior —y con una activa represión que, al calor de lo ocurrido durante la segunda guerra mundial, produjo varios millares de muertos entre la población albanokosovar— se produjo en Kosova una agria disputa relativa a una decisión de Tito, quien en marzo de 1945 prohibió el retorno de colonos serbios al país. La decisión fue revocada dos semanas después y una comisión quedó encargada de analizar caso por caso. De resultas, y sobre un total de 11.000 demandas, un 43% de éstas se saldó en la restauración de las propiedades, un 51% en la pérdida de alguna parte de éstas y el 8% restante en la pérdida de la totalidad de las tierras; unos 4.000 colonos serbios que antes habían residido en Kosova se vieron obligados a trasladarse, en consecuencia, a otras partes de Yugos-lavia. Fuesen las cosas como fuesen, en 1948 el censo identificaba en el país 725.000 albaneses, 170.000 serbios y 22.000 montenegrinos.

Hasta 1948, por lo demás, la relación bilateral entre la Yugoslavia de Tito y la Albania que había pasado a dirigir Enver Hoxha —una y otra inmersas en una estrecha vinculación con la URSS— resultó ser fluida, como lo demostraba la radical negativa de Albania a plantear cualquier demanda en relación con Kosova y la condición abierta de la frontera —permitió que unos 25.000 albaneses pasasen a residir en Yugoslavia— entre los dos Estados. El propósito oficial de los dos países era alentar una fusión entre Albania, Yugoslavia y Bulgaria en la forma de una “Federación balcánica”. Los obstáculos que Stalin impuso al proyecto fueron una de las razones que condujeron, sin embargo, a la confrontación —se hizo evidente en junio de 1948— entre el régimen de Tito y la URSS. En adelante, Hoxha se convirtió en un crítico feroz de las

políticas de Tito, y al respecto no dudó en referirse a la dominación ejercida sobre Kosova.

La policía y los servicios secretos yugoslavos asumieron en los años siguientes una creciente represión que tanto se ensañó con los presuntos partidarios de la URSS como con eventuales querencias nacionalistas. En Kosova un buen botón de muestra de esta última circunstancia lo fue, en 1956, el llamado “proceso de Prizren”, una farsa judicial en la que se sentaron como acusados varios de los cuadros comunistas albanokosovares. El hecho de que las relaciones bilaterales entre Yugoslavia y la URSS mejorasen sensiblemente a mediados del decenio de 1950 contribuyó, sin embargo, a rebajar las tensiones. Debe subrayarse, en paralelo, que hubo que aguardar a principios del decenio siguiente para que en Kosova se hiciese sentir un movimiento, el dirigido por Adem Demaçi —bastantes años después confesaría que por aquel entonces su ignorancia con respecto a lo que realmente sucedía en Albania era completa—, que reclamase la unificación con Albania. La mayoría de los intelectuales albanokosovares, o mostraban escaso interés por las cuestiones políticas, o se sentían leales al Estado yugoslavo.

Los dos primeros decenios de la historia del Estado federal yugoslavo se vieron marcados, en Kosova, por la omnipresencia de serbios y montenegrinos en los aparatos de dirección del Partido y del Estado, y por la consiguiente marginación de los albaneses. Los serbios y montenegrinos, que según el censo de 1953 eran un 20% de la población, aportaban el 50% de los miembros del Partido y ocupaban un 68% de los puestos administrativos y de dirección. Ello no impidió que, al menos en el ámbito de la educación, la lengua albanesa recuperase, bien que siempre en posición secundaria, algún terreno y que, más allá de lo anterior, los programas de alfabetización progresasen de manera espectacular. Muchas de las manifestaciones culturales y lingüísticas de la mayoría albanokosovar fueron, entre tanto, toleradas, y ello pese a que no faltaron crudas medidas de represión que llevaron a la cárcel o al exilio a significados miembros de la elite intelectual correspondiente. Las políticas oficiales alentaban, por otra parte, el empleo del

serbocroata en la enseñanza primaria y, más aún, colocaban la educación islámica en manos de profesores bosnios que utilizaban, de nuevo, la misma lengua. El respeto de las creencias religiosas —del Islam en el caso que nos ocupa— no era, de cualquier modo, meticuloso en un escenario en el que la presión migratoria sobre los albaneses parecía ser fuerte. Otro dato de interés lo aportaron las medidas oficiales, vinculadas también con esa presión migratoria, encaminadas a estimular que los albaneses de Kosova y de Macedonia se identificasen a sí mismos como turcos, en aplicación, sin duda, del viejo axioma “divide y vencerás”. Lo cierto es que, conforme a una estimación, entre 1945 y 1966 unos 100.000 albanokosovares abandonaron su país.

En otro plano, el desarrollo económico fue muy débil, como lo atestigua el hecho de que hubo que aguardar a 1957 para que Kosova empezase a recibir fondos federales encaminados a propiciar una industrialización que, por añadidura, se concentró en minas y complejos hidroeléctricos destinados al abastecimiento del resto de Yugoslavia. Las inversiones generaban un número relativamente bajo de puestos de trabajo, algo que a buen seguro contrastaba con el rápido crecimiento demográfico del país. Bastará con recordar, por citar un dato de relieve, que si en 1946 el ingreso medio en Eslovenia era tres veces más alto que en Kosova, en 1952 la diferencia era de 4,1 a 1, en 1965 de 4,6 a 1, en 1981 de 5,4 a 1 y en 1984 de 6,1 a 1. No es fácil evaluar, en fin, el efecto de la reforma agraria que se desplegó. A buen seguro es exagerada la tesis, avanzada por muchos analistas albanokosovares, que sugería que aquélla se había desarrollado en franco beneficio de la minoría serbia y, en particular, de los colonos recién llegados. La reforma en cuestión se tradujo en el desmantelamiento de las grandes propiedades, algo que no dejó de beneficiar, en alguna medida, a las dos grandes comunidades étnicas presentes en Kosova, y ello aunque sea lícito concluir que las ventajas para los serbios pudieron ser mayores. Esto aparte, los progresos en el ámbito del sistema sanitario fueron innegables. Así, por ejemplo, la tasa de mortalidad infantil descendió desde 142 fallecidos por cada 1.000 recién nacidos en 1960 hasta 90 en 1970.

La nueva Constitución yugoslava promulgada en 1963, aunque elevó formalmente a Kosova a la condición de provincia, ratificó con rotundidad la idea de que ésta carecía de atribuciones en el ámbito federal y debía quedar constreñida, por tanto, a una función de mera parte integrante de Serbia. Es verdad que los efectos de este estado de cosas duraron poco tiempo. La destitución de Aleksandar Rankovic —uno de los representantes preclaros del auge de una modalidad abrasiva del nacionalismo serbio—, decidida por Tito en 1966, abrió el camino a un activo proceso de descentralización. El propio Tito llamó la atención sobre la discriminación padecida por muchos albaneses y facilitó se introdujese, a finales de 1968, una enmienda constitucional en virtud de la cual las provincias serían en adelante parte tanto de Serbia como de la estructura federal. El nombre “Kosovo-Metohija”, que hasta entonces se había impuesto en las declaraciones oficiales y que irritaba a muchos albanokosovares, fue reemplazado en adelante por el de “Kosovo”. Otra enmienda abría el camino, en fin, a una notable elevación de las competencias de las provincias, que en los hechos se iban aproximando a las de las repúblicas federadas.

Eran años, por lo demás, en los que se registraba un progresivo acercamiento entre Albania y Yugoslavia. La primera había abandonado el bloque soviético en 1961 y una y otra habían manifestado en 1968 —el mismo año en que arreciaron manifestaciones de corte nacionalista protagonizadas por albanokosovares— su inquietud ante la represión, por el Pacto de Varsovia, de la “primavera de Praga” checoslovaca. En 1969 se legalizó el empleo, en Kosova, de la bandera albanesa, al tiempo que se firmaban acuerdos comerciales, se alentaba la contratación de profesores procedentes de Albania y se configuraba una universidad, con clases tanto en albanés como en serbocroata, en Prishtinë. Al amparo de esta última, y en los años siguientes, se forjó en Kosova una activa elite intelectual albanesa que algo tuvo que ver, a buen seguro, con la parcial corrección de algunas de las situaciones de discriminación. En 1971, de cualquier modo, a la minoría serbia y montenegrina le correspondía todavía un 52% de los puestos dirigentes.

Los años llevaderos

Los cambios introducidos a partir de 1966 tuvieron su concreción más clara en 1974, en la forma de una nueva Constitución yugoslava que, en vigor hasta la desintegración del Estado federal, reconoció a las provincias autónomas de Kosova y de la Vojvodina una condición y una representación en los órganos federales en muchos sentidos semejantes a las correspondientes a las repúblicas. Bastará con recordar al respecto, sin ir más lejos, que, una vez fallecido Tito en 1980, Yugoslavia se vio encabezada por una presidencia colectiva en la que tomaban asiento representantes de las seis repúblicas y de las dos provincias autónomas. En virtud de la nueva Constitución estas últimas podían promulgar, además, sus propias constituciones.

Es obligado preguntarse por qué los cambios constitucionales mencionados no abocaron en la franca conversión de Kosova y la Vojvodina en repúblicas federadas: una y otra seguían siendo partes integrantes de Serbia. Al respecto Noel Malcolm ofrece dos explicaciones[6]. La primera tiene un carácter fundamentalmente teórico: los acuerdos suscritos por los dirigentes comunistas yugoslavos en Jajce en 1943 establecían que las repúblicas eran las entidades que correspondían a las “naciones”; las “nacionalidades”, en cambio, no tenían el derecho a disponer de aquéllas. Se entendía que una “nación” (*narod* en serbocroata) podía formar, llegado el caso, una entidad estatal, de tal suerte que al menos en la teoría detentaba un derecho de secesión plasmado en la república correspondiente. Una “nacionalidad” (*naródnost*) era, por el contrario, una parte desplazada de una nación cuyo núcleo residía en otro Estado, de tal forma que carecía de la condición de nación constituyente en el marco yugoslavo. Los albaneses de Kosova, como los húngaros de la Vojvodina, configuraban “nacionalidades”, en tanto croatas, eslovenos, macedonios, montenegrinos, serbios y, desde el decenio de 1960, musulmanes bosnios —en adelante los llamaremos “bosniacos”— eran “naciones”. Es verdad, sin embargo, que buena parte del peso de la distinción que acabamos de apuntar se desvaneció cuando la Constitución de 1974 procedió a hablar de

Yugoslavia como “una república federal de naciones y nacionalidades libres e iguales”.

La segunda de las explicaciones invocadas por Malcolm tenía una dimensión mucho más práctica: la negativa a reconocer a Kosova la condición de república obedecía al temor de que con el paso del tiempo optase por la secesión y decidiese unificarse con Albania; conviene subrayar, sin embargo, que semejante temor no se tradujo en intentos de reforzar, desde el poder federal central, una eventual identidad albanokosovar claramente distinta de la albanesa de Albania. En el trasfondo se hallaba, también, el deseo de rebajar las protestas que los cambios provocados por la nueva Constitución generaban, de manera un tanto soterrada, en Serbia y, en particular, entre los serbios de Kosova.

Al margen de las explicaciones anteriores, es obligado subrayar que los cambios constitucionales de 1974 suscitaron lecturas enfrentadas en lo que acaso eran manifestaciones de los nacionalismos serbio y albanokosovar. A los ojos de muchos de los portavoces del primero, Kosova estaba escapando en los hechos al control ejercido desde Belgrado. Desde el punto de vista dominante en el segundo, aunque se inauguraba una etapa sensiblemente mejor que las anteriores, el problema de fondo —la configuración de Kosova como república y, con ella, un difuso derecho de secesión— pervivía, como lo hacía la represión frente a cualquier tipo de veleidad nacionalista, ahora asentada en las presuntas acciones de grupos terroristas como el “Movimiento Revolucionario de los Albaneses Unidos” o el “Partido Comunista Marxista-Leninista de los Albaneses de Yugoslavia”. El eco de la posición que nos ocupa fue particularmente perceptible en las manifestaciones que cobraron cuerpo en Kosova en marzo de 1981, y que fueron encabezadas por lemas como “Kosova república” y “Somos albaneses, no yugoslavos”.

Las protestas de 1981, iniciadas por estudiantes y completamente inéditas, pronto alcanzaron a buena parte de la sociedad albanokosovar y se extendieron por todo el país. Al amparo de un absoluto silencio informativo, la represión fue muy dura y produjo un número difícilmente determinable de muertos y

más de dos mil detenidos, en medio de denuncias oficiales de chauvinismo albanés, separatismo y maquinaciones urdidas en Tirana. La organización kosovar de la Liga de los Comunistas fue purgada, no sin que faltasen algunos comentarios sagaces que, más allá de los hechos, identificaron problemas graves en el terreno económico y social. Uno de ellos vio la luz en labios de Tihomir Vlaskalic, miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas de Serbia, quien dio cuenta de las consecuencias de una apuesta desmesurada por la industria pesada en detrimento de la agricultura y sugirió que la expansión de la enseñanza superior era una forma de ocultar, sin más, el desempleo. Éste era en Kosova, por lo demás, el más alto de toda Yugoslavia, y sus niveles resultaban particularmente sangrantes entre la población albanesa.

Y es que, al tiempo que la libertad en el terreno cultural se acrecentaba, la situación económica no mejoraba. Al margen de las apreciaciones que acabamos de reseñar en boca de Vlaskalic, Kosova seguía sin generar recursos propios de capital —sólo un 4,6% de las inversiones se hacía en virtud de recursos autóctonos en 1978—, dependía de manera abrumadora de los fondos de inversión federales y registraba una significada trasferencia de población rural, víctima de una precaria economía de subsistencia, hacia núcleos urbanos que crecían caóticamente. Por si poco fuere, el desempleo, como acabamos de señalar, crecía a ritmo muy rápido; bastará con recordar que si la tasa correspondiente era de un 25% en 1981, ocho años después alcanzó un inquietante 57%. Muchas de las estructuras tradicionales de organización social —y con ellas la secular marginación de las mujeres— pervivían, pese a los esfuerzos realizados para cambiarlas y a menudo en tensa relación con las fórmulas, pretendidamente autogestionarias, que se aplicaban en buena parte de la economía. Los datos, ya referidos, relativos a la creciente distancia que separaba, en términos per cápita, a Kosova de Eslovenia y los —acaso más significativos— que señalaban que la renta per cápita en Kosova había sido un 48% de la yugoslava en 1954 para descender a un 33% en 1975 y a un 27% en 1980 ilustraban un estado general de estancamiento. No sólo eso: otorgaban escaso crédito a las posturas que, en Eslovenia

y en Croacia, sugerían que había llegado el momento de poner fin a la generosa transferencia de capitales en dirección al sur. Desde Kosova la réplica era fácil: el país era víctima de una permanente injusticia, toda vez que se había visto obligado a vender a precios de saldo sus materias primas al tiempo que tenía que pagar, en cambio, precios muy elevados por los productos manufacturados.

Los sucesos de 1981 hicieron que arreciasen los debates relativos a la situación étnico-demográfica en Kosova. Los términos de esos debates pueden resumirse de la forma que sigue:

- En Serbia se denunció a menudo que numerosos serbios se habían visto obligados a abandonar Kosova desde mediados del decenio de 1960. Al respecto se esgrimieron cifras que iban de 200.000 a 400.000. Los censos yugoslavos parecían desmentirlas abruptamente, y ello aunque permitiesen identificar una progresiva reducción de la población serbia y montenegrina, que pasó de 264.604 miembros en 1961 a 259.819 en 1971, a 236.526 en 1981 y a 215.346 en 1991. Aun teniendo en cuenta que durante los decenios mencionados se registró una pequeña inmigración de serbios y montenegrinos, una inferencia razonable parece ser la de que el número total de éstos presentes en Kosova se vio mermado en unas 80.000-100.000 personas entre 1961 y 1981. La explicación de esa cifra se antoja, sin embargo, complicada: al respecto pueden invocarse datos tan dispares como la reducción del crecimiento vegetativo o la emigración de jóvenes en busca de trabajo y de ancianos por efecto de su jubilación. No debe olvidarse que en la Yugoslavia de los decenios de 1960 y 1970 se produjo una masiva transferencia de población de las zonas más deprimidas hacia las económicamente más prósperas. Esa transferencia afectó a los propios albaneses de Kosova, como lo demuestra el hecho de que 45.000 de ellos emigrasen por razones económicas en el decenio de 1970.
- Tampoco está de más recordar, a efectos de quitarle peso a la tesis que sugiere que en Kosova se registraba un permanente

acoso sobre la minoría serbia, que el número de serbios que dejaron la Vojvodina entre 1941 y 1981 —en una situación a todas luces más benigna, habida cuenta de que los serbios eran clara mayoría de la población y de que el desarrollo económico resultaba ser significativamente mayor— se elevó a 140.000, una cifra más alta, pues, que la de quienes abandonaron Kosova. No ha dejado de aducirse, en fin, que muchos de los pueblos situados en Serbia al norte de la línea de división con Kosova entraron en una vía de rápido despoblamiento, sin que en ellos pudiese invocarse la presión de una mayoría albanesa que, simplemente, no existía.

- A la hora de dar cuenta de por qué el peso porcentual de serbios y montenegrinos en Kosova se redujo en beneficio de los albaneses —de un 27% de los primeros y un 67% de los segundos en 1961 se pasó a un 10% de los primeros y un 82% de los segundos en 1991—, y aparte los datos ya invocados, es obligado recordar la importancia derivada del crecimiento vegetativo de la población albanokosovar, que a la postre fue identificado por muchos nacionalistas serbios como el producto de una tramada operación política. Los datos, sin embargo, no parecen avalar, tampoco, esta lectura. La tasa de natalidad entre los albanokosovares se redujo desde 46 nacimientos por cada mil habitantes a principios del decenio de 1950 hasta 29 a finales del de 1980. Pero, esto aparte, la tasa de natalidad en 1981 resultaba ser mucho más alta entre los albanokosovares residentes en zonas rurales —las familias correspondientes tenían una media de 6,7 hijos— que entre quienes vivían en el medio urbano —2,7—, algo que por fuerza, y si damos en suponer que la mayor conciencia política se manifestaba en las ciudades, desdibuja la tesis de que el notable crecimiento vegetativo era producto de una tramada operación encaminada a arrinconar a la minoría eslava del país. Por si poco fuere, en fin, los propios serbios de Kosova exhibían también un crecimiento vegetativo mucho más alto que el que mostraban sus compatriotas en Serbia (3,4 hijos por familia en el primer

caso, en 1981, por 1,9 en el segundo). Lo anterior no impide que entre los serbokosovares se hubiese producido, también, una notable reducción de su tasa de natalidad, producto acaso de una combinación de elementos: por un lado, se trataba ante todo de habitantes del medio urbano; por el otro, entre los serbokosovares se contaba una práctica del aborto mucho más extendida que en la comunidad albanokosovar.

Composición étnica de la población de Kosova según los censos yugoslavos de 1961, 1971 y 1981

	1961	%	1971	%	1981	%
Albaneses	647.000	67,1	916.000	73,7	1.227.000	77,5
Serbios	227.000	23,5	228.000	18,3	210.000	13,2
Montenegrinos	38.000	3,9	32.000	2,5	27.000	1,7
Turcos	26.000	2,7	12.000	1,0	13.000	0,8
Musulmanes	8.000	0,8	26.000	2,1	59.000	3,7
Otros	19.000	2,0	29.000	2,4	49.000	3,1
Total	964.000	100,0	1.224.000	100,0	1.585.000	100,0

Fuente: Vickers, 1998, 318.

- Elemento importante en los debates que nos ocupan fue la alegación, realizada a menudo por ciudadanos serbios, en el sentido de que eran muy frecuentes las violaciones de mujeres serbias por albanokosovares. Los datos —hay que convenir que en este terreno son siempre dudosos— desmienten, de nuevo, esta aserción. Si, por un lado, la mayoría de los casos de violación en Kosova se produjeron entre miembros de un mismo grupo nacional, por el otro el número de violaciones registrado en la región resultó ser sensiblemente inferior al verificado en otras partes de Yugoslavia. De acuerdo con una estimación, entre 1982 y 1989 se contabilizaron 31 casos de violaciones de mujeres serbias por albanokosovares.
- Se revelaron numerosas quejas entre ciudadanos serbios que interpretaban que eran víctimas de una nueva discriminación, ahora de sentido contrario a la que se había hecho valer hasta el decenio de 1970. No parece que los problemas correspondientes —que es innegable existieron en alguna de sus dimensiones— puedan atribuirse a las políticas oficiales.

> Después de 1966 tampoco hicieron su reaparición, ahora al servicio de la población albanokosovar, los mecanismos represivos que se habían hecho valer en los decenios anteriores, y ello aunque se aplicaron fórmulas de discriminación positiva en beneficio de los albanokosovares.

No sería lícito afirmar, de cualquier modo, que la condición de la minoría serbia resultaba cómoda en un país que sin disputa era, también, el suyo. De ahí a aceptar las distorsiones y exageraciones de la propaganda que a mediados del decenio de 1980 empezó a llegar de Belgrado hay un camino muy largo que recorrer. Más razonable parece afirmar que el problema de la discriminación de los albanokosovares no encontró una solución plena, y ello aunque se limaron muchas situaciones abusivas. Según un cálculo, en 1980 uno de cada cinco serbios, pero sólo uno de cada once albanokosovares, disponía de un puesto de trabajo en el sector estatal. Es verdad, con todo, que la presencia de albanokosovares se acrecentó sensiblemente en el ámbito de las estructuras partidarias. A finales del decenio de 1970 eran de esa nacionalidad las dos terceras partes de los miembros de la Liga de los Comunistas de Kosova y las tres cuartas partes de los integrantes de la policía y de las fuerzas de seguridad.

La Constitución de 1974 mitigó muchos de los problemas en vigor en los tres decenios anteriores, pero dejó sin resolver una cuestión de fondo: Kosova seguía sin ser una república, y ello dejaba en manos de las autoridades serbias la posibilidad, muy limitada legalmente, pero —como se verá— muy notable en los hechos, de asumir una progresiva reducción de los derechos de autogobierno correspondientes a la provincia autónoma. Poco importaba al respecto que las quejas albanokosovares en lo que atañe a la adscripción a su comunidad del término “nacionalidad” —pese a configurar la tercera nación más numerosa de cuantas integraban Yugoslavia carecían de una república propia, al tiempo que eran un porcentaje muy alto de los albaneses existentes en los Balcanes— fuesen argumentalmente enjundiosas.

La crisis del Estado federal yugoslavo

Varias son las razones que explican la crisis final del Estado federal yugoslavo. Al respecto conviene recordar, en primer lugar, que la ausencia de pluralidad ideológica en Yugoslavia se vio acompañada por una notable descentralización espacial que, como hemos tenido la oportunidad de comprobar, convirtió a repúblicas y provincias autónomas en agentes políticos de relieve. Desde 1945 muchas de las tensiones internas en el Estado federal reflejaban disputas "nacionales" entre esos poderes territoriales, y apenas se hacían sentir, por tanto, en la forma de enfrentamientos "ideológicos". Cuando los problemas económicos y la muerte de Tito, en 1980, aceleraron la crisis, las tensiones se agudizaron, pero se mantuvieron en el mismo escenario. La desintegración del viejo régimen no dio lugar de forma inmediata, como sucedió en otros países del área, a una colisión entre "izquierda" y "derecha", de tal suerte que las disputas "ideológicas" sólo aparecieron, en compartimentos estancos, en el interior de cada una de las repúblicas, y de las provincias autónomas, que integraban el Estado federal.

En los dos últimos decenios de su historia, y en segundo lugar, el Estado federal experimentó una significativa crisis económica. La economía se mostraba incapaz de extraer provecho de algunas de sus innegables ventajas en comparación con otros países del área: su relativa focalización en el consumo, su descentralización... Algunos elementos próximos a las economías de planificación central adquirieron, entre tanto, un renovado vigor, en la forma de una poderosísima burocracia, de una notable falta de estímulos o de una evidente ineficacia en la gestión. Yugoslavia, que importaba con facilidad las crisis que llegaban de Occidente, no había conseguido mitigar en su interior, por lo demás, alarmantes diferencias de desarrollo: éstas configuraban un norte rico (Eslovenia, Croacia), un sur manifiestamente empobrecido (Montenegro, Kosova, Macedonia, el medio rural bosnio y serbio) y un centro geográfico a mitad de camino entre una y otra situación (el resto de Bosnia-Hercegovina y de Serbia).

La crítica situación económica generó, en tercer lugar, dos tensiones. Por un lado, el grupo humano dirigente en Serbia adoptó a partir de 1987, y como más adelante veremos, un discurso nacionalista agresivo con el propósito, evidente, de preservar privilegios adquiridos. Por el otro, buena parte de las elites de Eslovenia y de Croacia apostaron, con mayor o menor claridad, por el egoísta abandono de un Estado federal en el que apreciaban una rémora para los intereses económicos de las dos repúblicas. Hay que subrayar, de cualquier modo, que la ruptura de las reglas del juego protagonizada entre 1987 y 1991 por las autoridades serbias no respondió al objetivo de contestar las tendencias secesionistas en Eslovenia y Croacia: en ninguno de los pronunciamientos del nacionalismo serbio en ascenso se recurrió a este argumento. Las demandas de las autoridades serbias se concentraron, por el contrario, en una agresiva propuesta de reconfiguración de fronteras —asentada ante todo en el designio de defender a los serbios que vivían fuera de Serbia— en la que estaban implícitos el reconocimiento de la independencia de Eslovenia y de Croacia, por un lado, y la propia desaparición del Estado federal, por el otro. No hubo, pues, una relación causal entre las tensiones secesionistas de las repúblicas septentrionales y la política de las autoridades serbias; ésta le vino como anillo al dedo, eso sí, a las fuerzas partidarias de la independencia en Eslovenia y en Croacia.

En un escenario de notable entrecruzamiento étnico, en cuarto lugar, las “fronteras” entre las repúblicas yugoslavas rara vez dibujaban comunidades homogéneas. Uno de los rasgos que explican muchos de los conflictos fue la ya mencionada presencia de serbios fuera del territorio de su república: en dos regiones de Croacia —Eslavonia y Krajina—, en Bosnia-Hercegovina y, con menor intensidad, en Montenegro, Kosova y Macedonia. En Bosnia-Hercegovina, y junto a una mayoría bosniaca, había también áreas pobladas fundamentalmente por croatas. Nos hallábamos, en otras palabras, ante un espacio geográfico en el que se hacía sentir un claro cruce de pueblos, del que el mejor ejemplo era, sin duda, el caso de Bosnia-Hercegovina.

En quinto término, la tensión entre el campo y la ciudad —con niveles de vida alarmantemente dispares— tuvo una importancia decisiva. Los protagonistas de las principales rencillas interétnicas posteriores a 1990 fueron casi siempre gentes del campo, más permeables a discursos nacionalistas agresivos y más inclinadas a invocar viejos contenciosos históricos mal resueltos. Los habitantes de las ciudades, en cambio, parecieron relativamente al margen de las dinámicas de enfrentamiento, como acaso lo demuestra un hecho: entre 1992 y 1995 el gobierno bosnio, que en líneas generales mantuvo en vigor un proyecto multiétnico, poco más consiguió controlar que los espacios urbanos existentes en Bosnia-Hercegovina.

Las fuerzas armadas del Estado federal exhibían, en sexto lugar, tres singularidades: la presencia masiva de serbios en sus escalafones superiores, lo que creaba un entorno propicio para una autoritaria "serbianización", la general adhesión a un proyecto yugoslavista pretendidamente superador de los particularismos nacionales y la existencia de unidades de defensa territorial en cada una de las repúblicas, que disponían así de cierto margen de maniobra militar. El hecho de que la descentralización afectase a las propias fuerzas armadas tuvo una importancia decisiva, por lo demás, en el desarrollo de las crisis posteriores.

El hundimiento de los regímenes burocráticos imperantes en la mayoría de los Estados de la Europa central y oriental ejerció, en fin, un influjo innegable en Yugoslavia, cuyos habitantes pudieron comprobar, a finales de 1989, cómo países que siempre habían estado por detrás en el terreno político y en el de las libertades se colocaban repentinamente por delante.

El auge de una modalidad agresiva de nacionalismo serbio

El escenario fundamental del estallido final del modelo yugoslavo lo aportaron dos datos: una crisis económica cuyos efectos se hacían valer desde el decenio de 1970, por un lado, y la exigencia de reestructurar e institucionalizar un sinfín de relaciones una vez fallecido, en 1980, el carismático mariscal Tito. El producto final de

esta combinación fue un decenio de zozobra e incertidumbres que condujo, como es sabido, a una visible confrontación entre las elites republicanas y, más adelante, a la desintegración violenta del Estado federal.

Junto al efecto combinado de los factores mencionados se hizo sentir un elemento que ya hemos avanzado: llevada de su deseo de mantenerse en el poder, la elite gobernante en Serbia decidió acometer, encabezada por Slobodan Milosevic, un giro radical en su mensaje político en beneficio de un nacionalismo de perfiles cada vez más agresivos. Ese nacionalismo se asentaba en la idea de que el fortalecimiento pasado del Estado federal había operado siempre en detrimento de Serbia ("una Yugoslavia fuerte implica una Serbia débil"), como lo atestiguarían la creación de repúblicas artificiales —Bosnia-Hercegovina, Montenegro, Macedonia—, la usurpación de territorios serbios en la Krajina y en Eslavonia, y la propia configuración, como provincias autónomas, de Kosova y la Vojvodina. Entre 1987 y 1991 las autoridades serbias acometieron significadas rupturas en las reglas del juego del Estado federal: abolieron —como más adelante tendremos la oportunidad de comprobar con detalle— los estatutos que conferían a Kosova y a la Vojvodina la condición de provincias autónomas; desplegaron un discurso de clara, y eventualmente violenta, defensa de los "intereses" de los serbios residentes en las restantes repúblicas; postularon una abierta recentralización de las relaciones en detrimento de los poderes republicanos; establecieron significativas obstrucciones a la sucesión, rotatoria, en la presidencia federal, y rechazaron cualquier proyecto político que pusiese en cuestión el derecho de todos los serbios a vivir en un solo Estado. En su momento no dudaron en apoyar, en fin, la configuración, en Croacia y en Bosnia-Hercegovina, de "regiones autónomas serbias" que en los hechos eran pequeños Estados con pretensión de independencia.

Pero conviene que traslademos el análisis anterior al escenario concreto de Kosova. A partir de 1987 empezaron a cobrar cuerpo en Serbia opiniones que reclamaban una acción enérgica para poner freno a lo que se entendía era una visible pérdida de terreno de la

comunidad serbia presente en el territorio. Al respecto se aducían datos de los que ya nos hemos ocupado: emigración masiva de serbios, discriminación en las instituciones, violaciones... El *Memorandum* librado por la Academia de Ciencias en Belgrado reclamaba, de manera bien ilustrativa, que se estableciesen "las condiciones objetivas y finales para el retorno del pueblo exiliado", en el marco de un discurso ideológico que en los hechos pasaba a reivindicar la "gran Serbia", un Estado en el que todos los serbios, y acaso sólo ellos, estaban llamados a vivir.

La situación empezaba a guardar alguna semejanza con la de Palestina: "Un Estado con un notable grado de capacidad militar, Israel, empleó todos los medios de coacción para 'liberar' y 'redimir' Palestina, una 'tierra sagrada' que había sido 'usurpada' por los palestinos. De la misma forma, la maquinaria estatal dominante de la república 'unitaria' de Serbia decidió aplicar todos los medios de coacción en la tarea de devolver a Kosova la condición de posesión nacional de los serbios, sobre la base de la idea de que Kosova había sido históricamente un 'suelo sagrado serbio' que había sido 'usurpado' por los albaneses un par de siglos atrás"[7]. Para justificar lecturas de ese cariz se subrayaban las injusticias presuntamente derivadas de la aplicación de la Constitución de 1974 y se apuntaba al tiempo la existencia de una vasta conspiración internacional de la que formaban parte agentes tan variados como Alemania, el Vaticano, el integrismo islámico, Albania, los masones y, naturalmente, los enemigos —croatas, eslovenos y otros...— internos de Yugoslavia.

El discurso emergente se veía acompañado de una creciente represión que en Kosova tomaba como blanco el "nacionalismo albanés". Entre 1981 y 1988 se registraron nada menos que 580.000 acciones de la policía y de los jueces para encarar supuestos o reales problemas vinculados con aquél. En la mayoría de los casos se trataba, por lo que parece, de "delitos" de opinión y de responsabilidades derivadas de la participación en manifestaciones o huelgas. Según una estimación albanokosovar, en esos años se produjo la muerte de 150 manifestantes de esa misma nacionalidad.

Al mismo tiempo arreciaban, en Belgrado, las protestas de los serbios de Kosova, que en 1987 no consiguieron, sin embargo, que el presidente de la Liga de los Comunistas de Serbia, Ivan Stambolic, se trasladase a la provincia autónoma para participar en un acto en Kosovo Polje. Stambolic optó por enviar a su segundo, el antes mencionado Milosevic, un tecnócrata con experiencia en el sector bancario a quien no se conocían mayores afinidades de tono nacionalista y a quien por aquellos años se atribuía haber afirmado: "Olvidémonos de las provincias, volvamos a Yugoslavia". Lo cierto es que Milosevic, transmutado y acaso consciente del potencial de apoyo que la mortecina elite dirigente serbia podía encontrar en virtud de su manifiesta adhesión a un discurso nacionalista radicalizado, protagonizó el 24 de abril de 1987 una arenga en la que, entre otras cosas, prometió que nadie tocaría en adelante a los serbios de Kosova. Milosevic repitió un discurso parecido dos años después, con ocasión del seiscientos aniversario de la batalla de Kosovo Polje.

El ascenso de Milosevic fue muy rápido, como lo demostró la destitución del propio Stambolic a finales de 1987 y la conversión de su hasta entonces segundo en presidente de la Liga de los Comunistas de Serbia. Milosevic consiguió al poco que se produjesen sustituciones de relieve en las organizaciones comunistas de la Vojvodina y de Montenegro. En su visión de los hechos, y habida cuenta de lo estipulado en la Constitución de 1974, los serbios habían quedado en la paradójica condición de minoría dentro de su propio país, toda vez que —como recordamos en su momento— la citada Vojvodina y Kosova disfrutaban en la presidencia colectiva de dos votos, uno para cada provincia, mientras Serbia disponía de sólo uno.

En el otoño de 1988 le llegó el turno de la purga a los dos máximos dirigentes comunistas albanokosovares: Azem Vllasi y Kaqusha Jashari. La Liga de los Comunistas de Kosova se había visto en los años anteriores en una delicada situación: tenía que contrarrestar el auge del nacionalismo albanés sin granjearse la enemistad, al tiempo, de una sociedad en la cual aquél gozaba de un creciente predicamento. Aunque las protestas arreciaron entre

los albanokosovares —la plataforma de los mineros de Trepçë exigió, entre otras cosas, que se mantuviese en vigor, sin correcciones, la Constitución de 1974, que se ofreciesen explicaciones sobre la destitución de los líderes comunistas y que la dirección del país fuese elegida democráticamente—, la asamblea legislativa serbia empezó a estudiar enmiendas a la Constitución orientadas a restringir sensiblemente en muchos terrenos —la policía, el sistema judicial, las políticas sociales, económicas y educativas...— las capacidades de autogobierno de Kosova. En virtud de la Constitución en vigor, sin embargo, las medidas correspondientes reclamaban la aprobación del parlamento kosovar. Éste, rodeado de tanques y otros vehículos militares, se reunió el 23 de marzo de 1989, con activa presencia de miembros de los servicios de seguridad y de dirigentes políticos serbios, algunos de los cuales, por lo que parece, participaron en las votaciones. Las enmiendas fueron aprobadas, y ello pese a no alcanzarse el listón requerido para ello, que era de las dos terceras partes de los votos. En virtud de un procedimiento extremadamente irregular, Milosevic se había salido con la suya y había dado un primer y decisivo paso para anular la autonomía de Kosova. Esto aparte, en adelante podía usar a su capricho el voto kosovar —que se sumaba a los de Serbia, Montenegro y la Vojvodina— en la presidencia federal, algo que estaba llamado a bloquear cualquier iniciativa orientada a contrarrestar sus propósitos.

4. La desintegración de Yugoslavia

El propósito de este capítulo es aportar una información básica relativa a la desintegración del Estado federal yugoslavo, con la vista puesta en perfilar el escenario en que se verificaron, a partir de 1989, la abolición de la condición autónoma de Kosova y el auge, entre la población albanokosovar, de un movimiento de desobediencia civil. La consecuencia fundamental de ese proceso de desintegración fue, como se sabe, la desaparición del mencionado Estado federal y la conflictiva configuración, como entidades independientes, de cuatro de las repúblicas que lo integraban: Bosnia-Hercegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia. Las dos restantes —Serbia y Montenegro— mantienen aún hoy una turbulenta federación que se da a sí misma el nombre de Yugoslavia. En el interior de la primera de ellas, en Serbia, han desaparecido, en fin, las dos provincias autónomas, Kosova y la Vojvodina, que habían sido creadas en virtud de la Constitución yugoslava de 1974.

Antes de entrar en materia conviene subrayar que las crisis yugoslavas remiten a una poderosa reaparición de la “historia”, en la cual los elementos “ideológicos” desempeñan un papel menor: los enfrentamientos parecen haberlo sido entre “etnias” (efecto de

culturas, lenguas, religiones...), y no entre “ideologías” políticas o sistemas económicos. Muy en particular, es imposible identificar en la arena yugoslava una colisión entre el “comunismo”, que conforme a una descarriada interpretación estaría representado por las autoridades serbias, y la “democracia liberal” supuestamente ejemplificada en sus homólogas eslovenas y croatas. Hay, bien es cierto, una significativa oposición, de evidentes resonancias “ideológicas”, entre el proyecto multiétnico que buena parte de la población bosnia —la mayoría de los bosniacos, pero también muchos serbios y croatas— intentó defender, y el designio exclusivista y xenófobo avalado por los gobiernos de Serbia y de Croacia.

Por otra parte, satanizar al “nacionalismo” haciéndolo responsable de todos los males es olvidar, al menos, dos cosas. En primer lugar, hay diferentes tipos de nacionalismo: no son comparables los comportamientos exhibidos por un nacionalismo agresivo —el que durante años ha dirigido Serbia—, por nacionalismos que han buscado la convivencia —el dominante entre los bosniacos— o por un nacionalismo que en el decenio de 1990 respondió al propósito de resistir frente a una visible agresión externa —el que se hizo notar entre los albaneses de Kosova—. En segundo lugar, no está de más recordar que en buena medida los conflictos yugoslavos remiten, como ya hemos señalado, al comportamiento de grupos humanos en el poder —primero el gobernante en Serbia, más adelante el imperante en Croacia— que se han servido del nacionalismo para preservar su condición de privilegio: en este marco, el nacionalismo más bien se ha antojado un instrumento que la causa de los problemas. Así las cosas, los conflictos yugoslavos obligan a distinguir, como tantas veces, entre los pueblos y los gobiernos: no estamos ante un enfrentamiento entre comunidades humanas en el cual unas sean un dechado de perfecciones y otras alarmantes engendros del mal. No hay justificación alguna, en particular, para culpabilizar colectivamente a “los serbios”, a “los croatas” o a cualquier otro grupo étnico.

Digamos, en fin, algo sobre las piezas que se movían en el tablero. De norte a sur, la composición demográfica de cada una de

las seis repúblicas yugoslavas era, en sus rasgos más generales, la que sigue. En Eslovenia (20.260 km2; 1.972.000 hab. en 1991), un 88% de la población era esloveno; los croatas configuraban un 3% de aquélla, mientras la minoría serbia no alcanzaba siquiera un 2%. En Croacia (56.600 km2; 4.784.000 hab. en 1991), un 74% de los habitantes eran croatas; los serbios, un 11%, eran mayoritarios en la Krajina, fronteriza con Bosnia-Hercegovina, y una minoría significada en Eslavonia. En Bosnia-Hercegovina (51.130 km2; 4.366.000 hab. en 1991) había tres comunidades nacionales de peso notorio: los bosniacos o musulmanes —habitantes ante todo de las ciudades— configuraban del orden de un 40% de la población, mientras los serbios —por lo general residentes en el campo— eran algo menos del 30% y los croatas un 17%, concentrados ante todo en la Hercegovina occidental, limítrofe con la costa dálmata croata. En Serbia (88.360 km2; 9.934.000 hab. en 1991), si excluimos del cómputo Kosova y la Vojvodina, los serbios eran un 83% de los habitantes y ninguna otra comunidad nacional tenía una presencia significada. La situación demográfica era distinta, sin embargo, en las provincias mencionadas: en Kosova (10.877 km2; 1.955.000 hab. en 1991) del orden de un 82% de la población lo configuraban, según el censo de 1991, albaneses, mientras los serbios eran un 10% de los habitantes; los serbios eran clara mayoría, en cambio, en la Vojvodina (21.510 km2; 1.983.000 hab. en 1991), donde aportaban más del 60% de la población y existía, sin embargo, una importante minoría húngara, a la que pertenecía un 17% de los habitantes. En Montenegro (13.810 km2; 640.000 hab. en 1991), los montenegrinos eran un 70% de la población y junto a ellos sólo se hacían notar dos minorías de algún peso: los musulmanes eran un 13% de los habitantes, mientras los albaneses constituían un 7% de éstos. Por fin, en Macedonia (25.710 km2; 1.937.000 hab. en 1991) los eslavomacedonios aportaban del orden de un 65% de la población y los albaneses, concentrados en la franja más occidental de la república, suponían algo más del 20% de los habitantes.

Las independencias de Eslovenia y de Croacia

Ya hemos dado cuenta, en el capítulo anterior, de los términos generales de la crisis del Estado federal yugoslavo y de los efectos ingentes de las políticas desplegadas, a partir de 1987, por el gobierno serbio en abierta ruptura de muchas de las reglas de aquél. Subrayaremos ahora que en 1990 y 1991, y ante todo por la oposición de las autoridades serbias, se cerró el camino a cualquier opción confederal. Cuando la crisis empezó a adquirir perfiles peligrosos, cuatro de las seis repúblicas yugoslavas —Bosnia-Hercegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia— reclamaron, bien es verdad que inspiradas por intereses dispares, la conversión del Estado federal en una confederación de Estados independientes. A la luz de lo sucedido después, ese proyecto se antoja hubiera sido mucho más civilizado y razonable que el que a la postre ganó terreno: no sólo hubiese preservado políticas comunes en el ámbito, por ejemplo, de la economía o de las relaciones externas, sino que hubiese permitido, también, mitigar los efectos de la ruptura en las reglas del juego acometida por las autoridades serbias. No hay que olvidar que en ese momento tanto los EE.UU. como la Comunidad Europea, que rechazaban cualquier perspectiva de aparición de nuevos Estados, respaldaron la posición del gobierno serbio. La opción desechada —una confederación de Estados independientes — hubiese abierto algún camino de esperanza, por cuanto hubiese contribuido a crear un entorno apropiado para que eventuales revisiones de fronteras se encarasen de forma pausada y consensuada. La preservación de dosis significativas de descentralización, la certificación de la venturosa realidad multiétnica de las diferentes repúblicas y provincias, y el reconocimiento de la posibilidad de dobles nacionalidades hubiesen limado, en particular, muchas asperezas.

Pero el ascenso de una versión agresiva del nacionalismo serbio imprimió un renovado auge a las tensiones secesionistas en la mayoría de las restantes repúblicas. Fuerzas políticas que a primera vista parecían apostar por el mantenimiento del Estado federal acabaron inclinándose por la opción secesionista. Esto sucedió, en particular, en Eslovenia y Croacia, cuyos parlamentos declararon las independencias respectivas, tras sendos referéndums, en junio de

1991. En Eslovenia la decisión se saldó con un efímero enfrentamiento entre las unidades de defensa republicanas y el ejército federal, y con un reconocimiento de hecho de la independencia de la república; en el territorio esloveno los serbios eran, no se olvide, una exigua minoría. En Croacia se abrió camino, en cambio, durante la segunda mitad de 1991, una guerra abierta iniciada por milicias serbias con apoyo del ejército federal. En el trasfondo del conflicto estaba el problema de los derechos de los serbios presentes en Eslavonia y la Krajina, dos regiones que, ocupadas, fueron objeto de una activa "limpieza étnica" por las milicias serbias. La guerra se prolongó hasta los primeros días de 1992, cuando la Comunidad Europea, encabezada por Alemania, reconoció a Eslovenia y Croacia. Conviene recordar, de cualquier modo, que antes del conflicto las autoridades croatas se habían negado a reconocer cualquier tipo de autogobierno en Eslavonia y en la Krajina. Al actuar de esa manera, y al mostrar subterráneas simpatías por el régimen fascista imperante en Croacia durante la segunda guerra mundial, agregaron leña a un fuego que ya era, de por sí, muy vivo. Este hecho dibuja a la postre una responsabilidad principal, la de las autoridades serbias, y una responsabilidad subsidiaria, pero bien real: la de los gobernantes croatas.

Al respecto de la guerra serbio-croata de la segunda mitad de 1991 mucho se ha hablado del papel desempeñado por el reconocimiento alemán de Eslovenia y, en particular, de Croacia. Es innegable, por lo pronto, que los movimientos alemanes se vieron marcados por el propósito de consolidar una esfera de influencia en el norte del Estado federal yugoslavo. En la práctica Alemania fue el principal valedor de la independencia de las repúblicas septentrionales, sin que ello obligue a aceptar, sin embargo, muchas satanizaciones de su política que se asientan en argumentos débiles: no fue la actitud germana, sino las condiciones impuestas por el grupo humano dirigente en Serbia, lo que impulsó las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia. Menos puede acusarse a Alemania de estimular los enfrentamientos bélicos, toda vez que su reconocimiento de esas repúblicas se produjo al cabo de medio año de agresión militar serbia. Alemania

defendió, innegablemente, mezquinos intereses, pero no fue responsable principal de la ruptura del Estado federal yugoslavo, que hay que atribuir ante todo al expansionismo nacionalista imperante en Serbia entre 1987 y 1991.

Cuando, en otro plano, las autoridades serbias ofrecen alguna explicación sobre su comportamiento, el argumento es siempre el mismo: el abandono unilateral, que Eslovenia y Croacia protagonizaron, del Estado federal creó graves problemas a los serbios presentes en esas repúblicas, cuyos derechos fueron violentados. La desaparición de la federación eximió a Serbia de cualquier obligación de respeto de las fronteras interrepublicanas existentes con anterioridad a la primavera de 1991. Esta tesis, que algo tiene de verdad, se asienta en un voluntario olvido de la naturaleza de la política desplegada por el gobierno serbio desde 1987. El régimen de Milosevic protestaba por algo que en buena medida era una consecuencia de su propio comportamiento: si no hubiese roto las reglas del juego en el Estado federal, acaso la secesión de Eslovenia y de Croacia no se hubiese producido —las responsabilidades correspondientes hubiesen sido, entonces, otras —, y no hubiesen sido violentados muchos de los derechos de los serbios presentes en esas repúblicas.

Esto aparte, la constante acusación de inconstitucionalidad que recibieron, del lado oficial serbio, los referéndums de autodeterminación celebrados en Bosnia-Hercegovina, Croacia, Eslovenia y Macedonia no impidió que las minorías serbias de la Krajina recurrieran al mismo procedimiento y que los responsables gubernamentales de Belgrado viesen con buenos ojos otro referéndum, el de Montenegro, favorable a sus intereses. Éste es un ejemplo más de cómo la política de las autoridades serbias mostró en los hechos un escaso respeto por normas y principios. Los argumentos del gobierno serbio no acertaban a explicar, en fin, qué justificación podía haber para el salvaje método empleado: lo que se dio en llamar “limpieza étnica”. Existía una dramática desproporción entre la naturaleza de la ofensa —la conculcación, presunta o real, de los derechos de los serbios en diferentes regiones— y la

naturaleza de la respuesta: el uso de la fuerza, en primer lugar, y el despliegue de operaciones de “limpieza étnica”, más adelante.

El conflicto de Bosnia-Hercegovina

A los conflictos en Eslovenia y Croacia siguió, en abril de 1992, una extensión de la guerra a Bosnia-Hercegovina, en donde también existían significativas bolsas de población serbia. El esquema de responsabilidades jerarquizadas, bien que compartidas, que hemos trazado para explicar la crisis croata no sirve para dar cuenta de los acontecimientos bosnios, en los que es fácil identificar una clara víctima: el grueso de la población bosniaca junto con aquellos croatas y serbios que se pusieron de su lado.

El referéndum de autodeterminación celebrado a principios de 1992 en Bosnia-Hercegovina se tradujo en un respaldo mayoritario a una república independiente y multiétnica, que reproducía bien a las claras el temor de muchos bosnios a lo que empezaba a ser una realidad preocupante: una Yugoslavia en la que —a la luz de lo ocurrido en Croacia y de la independencia de ésta y de Eslovenia— la dominación ejercida desde Belgrado era un claro problema. El gobierno bosnio había sentado, por lo demás, las bases de un equilibrio, bien que precario, entre las principales comunidades residentes en la república. Había garantizado, así, un grado notable de descentralización en la toma de decisiones, había repartido el poder y había decidido prescindir, en fin, de las unidades de defensa territorial. La respuesta desplegada por milicias serbobosnias, apoyadas de nuevo en el ejército federal, fue, sin embargo, la misma que en Croacia. La “limpieza étnica” se abrió camino en regiones muy extensas, mientras la capital, Sarajevo, era objeto de un constante acoso militar. Un porcentaje elevadísimo de la población, y fundamentalmente de la población bosniaca, se vio obligado a abandonar sus casas y a buscar refugio en otras áreas de la república, en Croacia o en otros países. Con el paso del tiempo, y en particular durante 1993, las propias milicias croatas desarrollaron también operaciones de “limpieza étnica” en la Hercegovina occidental, en este caso contra bosniacos y serbios.

El resultado de esta dinámica bélica se puede resumir en una cifra de muertos que se sitúa en torno a 150.000, unas 40.000 mujeres violadas y más de la mitad de la población obligada a buscar refugio. A mediados de 1995 las milicias serbobosnias, dirigidas por Radovan Karadzic desde el llamado “parlamento de Pale”, controlaban, y habían “limpiado étnicamente”, un 70% de la superficie de la república. Semejante estado de cosas mucho tenía que ver, también, con la decisión internacional de someter a un embargo de armas a todos los contendientes: el gobierno bosnio fue, con mucho, la principal víctima de ese embargo, toda vez que se le privó de un elemento decisivo para acometer su defensa, al tiempo que se permitía que las milicias serbobosnias hiciesen uso de los arsenales del ejército federal yugoslavo.

A medida que el conflicto bosnio adquiría entidad, la presión de la comunidad internacional se plasmó en diferentes planes. Uno de ellos, el llamado “plan Vance-Owen”, determinaba una decena de cantones cuya dirección se fijaba con arreglo a criterios étnicos. A mediados de 1993 recibió el visto bueno una propuesta serbio-croata de partición de Bosnia-Hercegovina en tres Estados étnicamente homogéneos. Las protestas del gobierno legítimo de la república tuvieron poco efecto. El plan de partición acababa con toda ficción de Estado común y, en la línea trazada por el plan Vance-Owen, respaldaba en los hechos la conquista de territorios por la fuerza. En la primavera de 1994 se promovió un nuevo plan que otorgaba un 51% del territorio a la Federación Bosnio-Croata —más adelante nos ocuparemos de ésta— y el 49% restante a las milicias serbobosnias. El plan estaba llamado a legitimar, una vez más, la conquista de territorios, en la medida en que asignaba a los señores de la guerra serbios la mitad de la superficie. Pese a ello, encontró el inmediato rechazo de éstos. Tal rechazo tuvo como efecto una ruptura entre Pale y el gobierno de Milosevic, quien, decidido a hacer méritos para que la comunidad internacional levantase el embargo que pesaba sobre Serbia y Montenegro, anunció a su vez, en el otoño de 1994, un embargo sobre sus otrora aliados serbobosnios.

No está de más recordar que, de por medio, el prestigio de la comunidad internacional se había visto erosionado, una vez más, de resultas de la inobservancia de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que, en mayo de 1993, comprometía a garantizar la seguridad de seis enclaves bosnios: Bihac, Gorazde, Sarajevo, Srebrenica, Tuzla y Zepa. Bastará con mencionar que Srebrenica y Zepa fueron ocupadas por milicias serbobosnias en julio de 1995, que en el primero de esos enclaves fueron ejecutados varios millares de varones en edad de combatir, o que la ciudad de Sarajevo en ningún momento dejó de ser bombardeada.

Para entender cómo se llegó, en Bosnia-Hercegovina, a la firma del acuerdo de Dayton en 1995 es preciso reseñar algunos cambios operados en los escenarios posyugoslavos. Por lo pronto, en marzo de 1994 vio la luz la Federación Bosnio-Croata. En virtud de factores varios —los fracasos militares de Croacia en Bosnia-Hercegovina, la crisis política interna, la presión norteamericana—, bosnios y croatas pusieron fin, al menos en teoría, a los combates que habían mantenido durante el año anterior. La nueva federación implicaba una suerte de Estado federal, con un cuerpo legislativo común, un principio de rotación en la presidencia y una división en cantones. Aunque sobre el papel ponía fin a la aventura militar de 1993 en la Hercegovina occidental, el régimen croata mantuvo, en las zonas que controlaba, una estructura autoritaria, se negó a invertir la "limpieza étnica" desplegada con anterioridad y se mostró escasamente inclinado a colaborar militarmente con el gobierno bosnio. Croacia parecía considerar Bosnia-Hercegovina como un satélite una parte de cuyo territorio debía quedar supeditada, sin más, a sus intereses, cuando no apostaba con claridad por una partición.

Un segundo cambio de relieve lo aportó el giro, ya invocado, que se produjo en las políticas del presidente serbio, Milosevic, a partir de 1994. Deseoso de propiciar un levantamiento del embargo que su país padecía, Milosevic abandonó, al menos formalmente, el sueño de una "gran Serbia". El giro se tradujo pronto en una relación tensa con los aliados serbobosnios, que en cierto sentido eran víctimas de sus propios éxitos: tras conquistar un territorio muy

grande, se habían visto obligados a defender una extensa línea de frente en un escenario en el que la prolongación de la guerra provocaba un innegable cansancio, en el que cada vez era más difícil movilizar soldados y en el que se hacían valer las reticencias de Milosevic a la entrega de nuevos suministros (al tiempo, y en un sentido contrario, el gobierno bosnio conseguía sortear, mal que bien, el embargo internacional de armas). El presidente serbio accedió probablemente a una repentina conciencia, en suma, de que el tiempo de las conquistas militares había pasado, de tal suerte que era preferible recoger algo antes que perderlo todo.

Hay que dar cuenta, en tercer lugar, de los efectos del fortalecimiento militar operado en la propia Croacia, que en 1991 había tenido que encarar problemas graves derivados de la ocupación de una cuarta parte de su territorio. La respuesta a semejante estado de cosas no fue otra que un régimen autoritario, asentado en un culto a la personalidad en la figura del presidente Franjo Tudjman. El proceso se vio completado por una activa militarización, toda vez que desde 1992 el régimen puso manos a la obra de dotarse de unas fuerzas armadas bien pertrechadas. Los efectos del fortalecimiento militar se hicieron notar, en agosto de 1995, en la forma de la “reconquista” de la Krajina. La pérdida de esta última por las milicias serbias produjo en sus líneas de frente un descalabro que pronto fue aprovechado por el ejército croata para ocupar parte de Bosnia central; la operación se saldó, por lo demás, con un nuevo episodio, ahora alentado por Croacia, de “limpieza étnica”. En la ofensiva militar croata —que abocó en la ocupación, en unas pocas semanas, de un 20% de Bosnia-Hercegovina— ejercieron escasa influencia los bombardeos simultáneamente realizados por la OTAN. Tampoco parece haber desempeñado un papel relevante un ejército bosnio que, aunque fortalecido, seguía exhibiendo notorias limitaciones. Consecuencia importante también de la recuperación de la Krajina fue un creciente interés croata por el único territorio ocupado en 1991 y todavía en manos de milicias serbias, Eslavonia oriental, que fue devuelto a principios de 1998. El efecto final de las operaciones militares croatas, y de la aquiescencia final con que Milosevic las recibió, fue

una clarificación del escenario: al amparo de las primeras progresó una nueva “limpieza étnica” de territorios, de tal suerte que los planes de división impuestos por los EE.UU. resultaban mucho más hacederos que unos meses antes.

El acuerdo de Dayton

Quien lo desee puede realizar una lectura optimista del acuerdo sobre Bosnia-Hercegovina alcanzado en Dayton en noviembre de 1995 y refrendado poco después en París. Al amparo de ese acuerdo, por lo pronto, la tensión bélica se redujo de manera sensible. Leído sin prejuicios, y con ignorancia de los antecedentes, el acuerdo de Dayton perfilaba, por lo demás, un sugerente modelo de Estado federal. Más allá de esas observaciones, y resituado en un escenario concreto como el de Bosnia-Hercegovina, los términos de lo pactado no parecían, sin embargo, tan halagüeños. El texto suscrito no era en modo alguno el producto de la libre decisión de unos agentes inclinados a defender derechos y libertades, sino, antes bien, la consecuencia de dos hechos: por un lado, una guerra en la que se apreciaba el resultado de un intento de golpe de Estado y de una agresión militar exterior; por el otro, los intereses de las potencias occidentales. Las cosas así, la supuesta bondad del acuerdo de Dayton se desvanecía, y éste aparecía vinculado con lo que unas veces era una legitimación del uso de la fuerza y otras la mezquindad de unas potencias decididas a poner fin a un conflicto oneroso en términos de imagen.

En su frontispicio, el acuerdo garantizaba formalmente la integridad territorial, la independencia y la soberanía de Bosnia-Hercegovina. El futuro de ésta sería el de un Estado federal integrado por dos entidades: la Federación Bosnio-Croata, a la que se asignó un 51% del territorio, y la República Serbia, a la que correspondió el 49% restante. El acuerdo señalaba que Bosnia-Hercegovina tendría una presidencia colegiada y rotatoria, con representantes de las tres principales etnias existentes en su territorio. Contaría también con un ejecutivo y un parlamento comunes y dispondría de una capital unificada: Sarajevo.

En la realidad eran las entidades federadas las que estaban llamadas a disfrutar de la mayoría de las atribuciones. Este hecho lo ilustraba la decisión de preservar para esas dos entidades sendos ejércitos, sin que proyecto alguno apuntase a la creación de un "ejército federal". A la Federación y a la República se les permitía también el establecimiento de una "relación especial" con instancias externas, criterio que parecía concebido con un objetivo: permitir que la parte de la Federación bajo estricto control croata y la propia República Serbia determinasen sus vínculos con los dos Estados —Croacia y Serbia— que les habían servido de atracción en los años anteriores. El escenario se veía marcado, en fin, por el despliegue de un nutrido contingente de la OTAN y por la puesta en marcha de importantes planes de reconstrucción económica.

Si se trata de identificar los problemas que planteaba el acuerdo de Dayton, lo primero que hay que recordar es que el proceso de negociación exhibió vicios notables. A través de su respaldo a sucesivos planes, la comunidad internacional olvidó la existencia de un gobierno democráticamente electo, el bosnio, emplazado en la dirección de un Estado internacionalmente reconocido; ensalzó el papel de presuntos criminales de guerra, y ratificó, en suma, el grueso de los resultados de las acciones militares. El proceso de negociación legitimó, en otras palabras, la conquista de territorios por la fuerza y la previa "limpieza étnica" de esos territorios. El hecho de que dos Estados externos, Serbia y Croacia, con Milosevic y Tudjman en cabeza, firmasen el acuerdo no era fácil de justificar, por lo demás, en términos legales.

En Dayton se facilitó, por otra parte, la configuración de instituciones monoétnicas sólidas —las dos entidades federadas, y en particular la República Serbia— mientras se reducían notoriamente las atribuciones del poder central, al que cabía suponer una mayor propensión multiétnica. La debilidad de la organización federal se reflejaba también en las disputas territoriales. El ardor que las partes firmantes pusieron en las discusiones relativas a las fronteras ilustraba bien a las claras la importancia de la cuestión: ¿a qué, si no, tantas discusiones si sólo se trataba de delimitar las fronteras, "administrativas", entre las

entidades integrantes de un Estado federal? La respuesta era obvia: los contendientes sabían que en el futuro estaban llamados a ejercer un control férreo sobre los territorios que se les asignasen, algo que por fuerza situaba en el horizonte la posibilidad de la secesión.

Otro de los grandes problemas planteados por el acuerdo era el relativo a los "gobiernos" de las entidades federadas, y, singularmente, el de la "República". ¿Quién en su sano juicio podía creer que el máximo dirigente serbobosnio, Karadzic, responsable de salvajes operaciones de "limpieza étnica", estaba llamado a convertirse en el tolerante y democrático gestor de la "parte serbia" de un Estado federal multiétnico y multicultural? Y la pregunta debía mantenerse aun cuando Karadzic se hubiese visto obligado a abandonar el escenario. Aunque algunas figuras políticas que tuvieron responsabilidad durante la guerra moderaron su discurso y la presión internacional permitió desplazar, siquiera provisionalmente, a los "halcones" en la República Serbia, el *establishment* político de ésta seguía colmado por gentes que habían participado en un golpe de Estado y habían alentado una agresión exterior.

Pero acaso el gran fiasco derivado del acuerdo de Dayton fue el relativo a los refugiados: en un escenario en el que los adalides de la "limpieza étnica" controlaban buena parte del territorio no podía sorprender que aquéllos se negasen a regresar a sus lugares de origen. Bastará con recordar que en octubre de 1997 sólo un 15% de los refugiados habían retornado a sus hogares, y que en muchos casos su regreso se había verificado a zonas que se hallaban controladas por su misma etnia, circunstancia que desdibujaba el horizonte de una renovada convivencia. Además, unas 100.000 personas se habían convertido en nuevos refugiados desde finales de 1995. La cuestión que nos ocupa guardaba estrecha relación, por otra parte, con muchos de los problemas vinculados con las elecciones. Aunque en Dayton se acordó que el censo de 1991 sería la base de todas las votaciones, se permitió que los ciudadanos emitiesen su voto en un lugar distinto del recogido en el censo en cuestión. Bajo la presión de muchos de los dirigentes

locales, el procedimiento permitió que esos votos ratificasen los resultados de la “limpieza étnica” y que los partidos étnico-nacionalistas mantuviesen su condición de privilegio. Los escasos signos de pluralismo se seguían revelando, de cualquier modo, en las zonas controladas por lo que hasta 1995 fue el gobierno bosnio, y ello aun cuando el impulso autoritario del principal partido bosniaco, el SDA, despuntase por doquier.

Agreguemos, en fin, que a partir de 1996 empezó a funcionar el Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia, con sede en La Haya, encargado de juzgar eventuales crímenes de guerra perpetrados durante las guerras posyugoslavas. En su tarea se encontró, durante años, con un escaso apoyo de muchos de los poderes locales y de los propios contingentes militares internacionales, algo que reflejaban a la perfección las cifras de encausados que en 1999 no habían sido detenidos: mientras todos los bosniacos reclamados, y algunos de los croatas, se hallaban a disposición del tribunal, la mayor parte de los serbios no habían sido conducidos a la ciudad holandesa. Es verdad, con todo, que la presión de las grandes potencias se había hecho valer para frenar el procesamiento de los dos máximos responsables de la desintegración violenta de Yugoslavia: quienes en 1991 eran los presidentes de Serbia y de Croacia.

Los problemas del acuerdo de Dayton se pueden resumir en uno: enunciaba retóricamente el principio de la integridad territorial de Bosnia-Hercegovina, pero el escaso vigor de éste quedaba reflejado en la ausencia de garantías al respecto y, sobre todo, en el reconocimiento de entidades étnicamente homogéneas que podían ser la punta de lanza de una futura partición. La supuesta firmeza militar exhibida en septiembre de 1995 por las potencias occidentales contrastaba con el contenido del plan: quienes habían sido aparentemente castigados en virtud de la primera bien podían ser recompensados de resultas del segundo. El hecho de que el gobierno bosnio suscribiese el acuerdo remitía, por lo demás, a la precariedad de su situación: de optar por la prolongación de la guerra se hubiesen puesto de manifiesto la debilidad de su posición militar y su paralela y conflictiva dependencia de unas fuerzas

armadas, las croatas, cuyo compromiso con una Bosnia-Hercegovina multiétnica era dudoso. Aunque muchas paces injustas han ganado terreno, sobran los ejemplos, también, de lo contrario. El de lo ocurrido en Palestina en 1947-1948 —una realidad genéricamente semejante a la de Bosnia-Hercegovina— es suficientemente ilustrativo del sinfín de problemas que quedan por resolver y de las enormes posibilidades de que la confrontación recupere su vigor.

Los otros escenarios posyugoslavos

El de Dayton fue un acuerdo relativo a Bosnia-Hercegovina, y como tal apenas afectaba a otras partes de la vieja Yugoslavia en las que pervivían situaciones de conflicto. El propósito de este epígrafe es ofrecer una descripción general de los problemas de los demás territorios otrora insertos en Yugoslavia, con la vista puesta en subrayar, al tiempo, la enorme diversidad de los agentes que operaban sobre el terreno.

De las seis repúblicas yugoslavas, Eslovenia es la que ha recorrido desde 1991, el momento de su independencia, un camino más plácido. Tras una breve guerra que se saldó con unas decenas de muertos, Eslovenia vio cómo su sistema político se normalizaba en virtud de un pacto entre gentes procedentes del viejo orden —así, el presidente Kucan— y las elites políticas emergentes, en su mayoría de perfil liberal moderado. En los años siguientes cobró cuerpo, sin embargo, una derecha ultramontana cuyos progresos resultaban preocupantes. En ausencia de conflictos bélicos abiertos o latentes, la economía eslovena atravesó por tesituras mucho menos delicadas que las que se hicieron valer en las restantes repúblicas ex yugoslavas. Buen indicador de lo anterior es que el país es uno de los Estados de la Europa central y balcánica cuya candidatura a la Unión Europea (UE) ha sido admitida sin mayores problemas. Debe recordarse, de cualquier modo, que la solicitud de adhesión a la OTAN formulada por Eslovenia fue rechazada —o al menos postergada en su aceptación— con ocasión de la cumbre de Madrid de julio de 1997.

Al igual que en Serbia, las pulsiones autoritarias eran muy poderosas en Croacia, donde se veían protagonizadas por un régimen personalista en cuya cabeza se encontraba el presidente Tudjman. La política de éste, legitimada por las grandes potencias, se saldó a la postre con éxitos tan notorios como la recuperación de los territorios perdidos en 1991 y una relativa bonanza económica. Las dos circunstancias mencionadas beneficiaron notoriamente al partido de Tudjman, el HDZ, que supo convocar elecciones en momentos clave. El HDZ apenas dejó espacio a la oposición y no dudó en echar mano de un sinfín de arbitrariedades como la que condujo en su momento a un boicot a la constitución de la cámara municipal de Zagreb. Los éxitos militares del verano de 1995 dieron nuevas alas, por otra parte, a un nacionalismo de perfiles agresivos.

Ya hemos señalado que la economía croata experimentó a partir de 1995 una mejora. Al haber concluido la guerra, el esfuerzo militar se mitigó, al tiempo que empezaron a recuperarse los ingresos por turismo y se fueron normalizando las relaciones con varias de las repúblicas ex yugoslavas. A todo ello se agregaron los efectos de la reconquista de la Krajina, que permitió reunificar el país. El retorno a Bosnia-Hercegovina de una parte de los refugiados tuvo también consecuencias benéficas sobre la economía, asentada también, eso sí, en un activo proceso de reciclaje de la vieja *nomenklatura*. Las relaciones externas estaban marcadas, entre tanto, por la pervivencia de tensiones anexionistas con respecto a una parte de Bosnia-Hercegovina. Ni lo anterior ni la impresentable política en relación con las minorías —bien reflejada en la voluntad de preservar los efectos de la “limpieza étnica” desplegada en la Krajina en agosto de 1995— suscitaban mayores reacciones de una comunidad internacional que convirtió a Tudjman en uno de sus baluartes en la zona. Ello no permitió, aun así, que se registrasen progresos en lo que se refiere al deseo de Croacia en el sentido de incorporarse a la Unión Europea y a la OTAN.

El panorama empezó a alterarse sensiblemente, de cualquier modo, cuando en el otoño de 1999 el presidente Tudjman experimentó un franco deterioro en su salud que lo condujo a la muerte en diciembre del año mencionado. A principios de 2000 se

celebraron elecciones generales y presidenciales. Tanto en unas como en otras las fuerzas de oposición obtuvieron cómodas mayorías. De resultas, Ivica Racan se convirtió en primer ministro, en tanto Stipe Mesic accedió a la presidencia del país. El efecto fundamental de estos cambios no fue otro que el fin de la era tudjmaniana.

Dos de las seis repúblicas yugoslavas de otrora, Serbia y Montenegro, mantienen en 2001 una conflictiva federación que pretende ser heredera del viejo Estado federal. Al respaldar genéricamente las políticas desplegadas por el gobierno serbio en el decenio de 1990, Montenegro legitimó en los hechos un fantasmagórico acuerdo federal que exhibía, con todo, numerosos problemas.

Ya hemos señalado que desde 1994, y con el objetivo de conseguir el levantamiento de las sanciones internacionales, quien entonces era el presidente serbio, Milosevic, asumió una política más moderada en relación con Bosnia-Hercegovina y con Croacia. No parece, sin embargo, que esa moderación se tradujese en cambios en la condición del régimen serbio, que siguió mostrando un notorio autoritarismo. Es verdad, con todo, que en Serbia se registró cierto respeto formal de las reglas del juego democrático, y que al menos en Belgrado y en su entorno se revelaron movimientos de oposición más o menos activos. También es cierto que el régimen de Milosevic tuvo que encarar, en su cúpula de poder, varias situaciones delicadas. Bastará con recordar que en 1992 emergió con peso la figura —al final enfrentada a Milosevic— del primer ministro federal Milan Panic, que en 1993 el encargado de plantar cara fue el presidente federal Dobrica Cosic, o que en diversos momentos el gobierno serbio se vio obligado a recabar el apoyo del partido parafascista de Vojislav Seselj, que se reclamaba de los *chetniks*, la resistencia monárquico-conservadora desarrollada durante la segunda guerra mundial. Era innegable, pese a todo, el talento de Milosevic para asumir conversiones y rehuir situaciones peligrosas.

Pero el mayor éxito de Milosevic estribó acaso en haber conseguido que parte de la propia oposición reprodujese los términos del discurso autoritario, preñado de agresivo nacionalismo,

que las más de las veces se postulaba desde el poder. Debe recordarse cómo se vino abajo estrepitosamente el movimiento de protesta urdido a finales de 1996 para contestar las irregularidades en el cómputo de los votos tras unas elecciones municipales. No sólo eso: la oposición fue incapaz de adoptar un criterio común en las elecciones legislativas y presidenciales celebradas en el otoño de 1997. Mientras uno de sus dirigentes, Vuk Draskovic, participó en esas elecciones y acabó por integrarse en el gobierno yugoslavo, otro de ellos, Zoran Djindjic, el mismo que otrora apoyaba con claridad a Karadzic en Bosnia-Hercegovina, no dudaba en confesar su admiración por Margaret Thatcher y Benjamin Netanyahu. Ni a Draskovic ni a Djindjic les preocupaba la política represiva del gobierno serbio en Kosova.

Aun así, en 1997 no faltaron los problemas para Milosevic, quien, conforme a la Constitución, estaba obligado a dejar la presidencia serbia. La estrategia de Milosevic la configuraron entonces tres movimientos: su elección como presidente federal yugoslavo, una reforma de la Constitución de la federación que fortaleciese los poderes de su presidente y, en fin, un esfuerzo encaminado a garantizar que un miembro de su partido se haría con la presidencia de Serbia. De esos tres movimientos el primero resultó fácil, pero no así los otros dos. Si por un lado el auge del nacionalismo montenegrino dificultó sensiblemente el fortalecimiento de los poderes del presidente federal, por el otro las elecciones presidenciales serbias del otoño de 1997 fueron muy reñidas. La confrontación inicial entre Zoran Lilic, el candidato de Milosevic, y el radical Seselj abocó en una segunda vuelta en la que, según datos oficiales, no se alcanzó el porcentaje de participación necesario. En la nueva tanda electoral el candidato de Milosevic, ahora Milan Milutinovic, se impuso por escaso margen, en la segunda vuelta, a Seselj. Los espléndidos resultados de éste reflejaban cómo una parte de la sociedad serbia le daba la espalda a un Milosevic al que vinculaba con un plegamiento impresentable a las imposiciones internacionales. Más adelante, en el capítulo décimo, tendremos la oportunidad de glosar, en suma, el derrotero asumido por la vida

política serbia una vez registrada la intervención de la OTAN en la primavera de 1999.

Por lo que a Montenegro se refiere, ya hemos señalado que la república ofreció un permanente apoyo al gobierno serbio durante la desintegración de Yugoslavia. Es verdad, sin embargo, que desde principios del decenio de 1990 fue cobrando cuerpo un nacionalismo montenegrino menos propicio a aceptar las imposiciones de Belgrado. Buena parte de la opinión pública se preguntaba qué es lo que Montenegro, sancionado con un severo embargo internacional, había ganado con su respaldo a Serbia. En este magma se revelaron hechos como el simbólico viaje del presidente Bulatovic a Albania o la creación de una Iglesia ortodoxa autocéfala, independiente, por tanto, de Belgrado. El escenario se veía completado por una grave crisis económica en la que se daban cita un bajo nivel de desarrollo, el declive del comercio con las repúblicas ex yugoslavas, los efectos del embargo y el hundimiento del sector turístico.

El nacionalismo montenegrino, y con él una opción cada vez más independiente con respecto a Serbia, ganó terreno en el otoño de 1997 merced al triunfo de Milo Djukanovic en las elecciones presidenciales. El nuevo gobierno empezó a esgrimir posiciones independientes —se manifestó, por ejemplo, poco propicio a fortalecer los poderes de Milosevic, de la misma suerte que criticó con dureza las políticas de este último en Kosova— y no pareció en modo alguno ajeno a la posibilidad de romper la federación con Serbia. Desde ésta no faltaban las amenazas de una eventual respuesta militar. No puede olvidarse que Montenegro es un pequeño país escasamente poblado y con muy precaria capacidad de defensa. Constituye, por otra parte, la salida natural al mar para Serbia, algo que otorga a su territorio una singular importancia geoestratégica. En una condición semejante se encuentra, por cierto, el Sandzak, una pequeña región con población mayoritariamente musulmana, emplazada en el sur de Serbia, y fronteriza con Kosova y con Montenegro. Aunque durante el proceso de desintegración de Yugoslavia las tensiones en el Sandzak fueron

escasas, algunos pronósticos auguraban que los problemas podrían revelarse con prontitud en el territorio que nos ocupa.

Obligado es hacer mención, por otra parte, de la situación en la Vojvodina, un territorio que, formalmente situado en Serbia, como Kosova vio abolida su condición autónoma en 1989-1990. La víctima principal fue la minoría húngara, toda vez que la Vojvodina fue escenario de una "limpieza étnica" incruenta. Las autoridades serbias ejercieron presión sobre los húngaros —impidiéndoles trabajar, por ejemplo, en la economía estatal— con la vista puesta en propiciar su emigración. Aunque no hay datos solventes, parece fuera de duda que el porcentaje de población húngara en la Vojvodina se redujo, al tiempo que llegaba al territorio cierto número de refugiados serbios procedentes de Croacia y de Bosnia-Hercegovina.

Macedonia —de la que nos ocupamos de forma extensa en el capítulo noveno— consiguió, por fin, el que fue su objetivo principal durante la desintegración de Yugoslavia: alcanzar el reconocimiento internacional como Estado independiente. Debe recordarse al respecto que para la mayoría de las fuerzas políticas serbias Macedonia era una creación artificial, de tal suerte que reclamaban la incorporación de su territorio a la "gran Serbia". Por su situación geográfica, Macedonia, que casi carecía de fuerzas armadas y en modo alguno era una amenaza para los Estados limítrofes, fue clara víctima del embargo sobre Serbia y Montenegro. Por otra parte, la presión de Grecia, asentada en el irrisorio argumento de que Macedonia había usurpado el nombre de la región griega colindante, impidió durante años ese reconocimiento internacional al que acabamos de referirnos. Bien que a regañadientes, Grecia fue moderando, sin embargo, su política, al tiempo que se normalizaban las relaciones entre Macedonia y Serbia.

El último dato que acabamos de manejar algo tiene que ver con un hecho: al igual que Serbia, Macedonia se enfrentaba a numerosos problemas relativos a la minoría albanesa que vivía en la parte más occidental de la república. Las fuerzas políticas albanesas se sentían preteridas y las relaciones con el poder central eran a menudo tensas. La resolución de este contencioso no se veía

precisamente facilitada por la condición, de nuevo autoritaria, del régimen liderado por el presidente Gligorov. Esto aparte, la situación económica era delicada y Macedonia se veía obligada a seguir con atención los acontecimientos en el vecino Kosova.

El papel de las potencias externas

Los conflictos yugoslavos han tenido una raíz fundamentalmente endógena: han sido viejas rencillas entre los pueblos y nuevos problemas entre las elites políticas los que han provocado el estallido del decenio de 1990. Por ello, atribuir a la comunidad internacional, o a algunos de sus miembros, un papel de relieve en la gestación de los contenciosos yugoslavos parece excesivo. Naturalmente que hay que recordar, eso sí, que la crisis, y la posterior desaparición, del sistema y del bloque soviéticos algo tuvieron que ver con los conflictos yugoslavos: aunque en modo alguno eran la causa de estos últimos, sí que proporcionaron un entorno internacional en el que la manifestación de tensiones como las que nos ocupan era más factible.

La deriva posterior de los conflictos sí que implicó, sin embargo, cierto grado de influencia externa, que no le resta valor, pese a todo, al argumento inicial. No hay que olvidar que determinados comportamientos de los Estados foráneos tuvieron efectos de relieve. El rechazo de una solución confederal, en 1990 y en 1991, fue un lamentable error de una Comunidad Europea empeñada en preservar las fronteras y los Estados derivados de la segunda guerra mundial, como lo fueron algunos de los términos de la política alemana —evidentemente guiada por mezquinos intereses —, o como lo ha sido a la postre el apoyo ofrecido a un buen número de poco edificantes planes sobre Bosnia-Hercegovina. Aparte todo lo anterior, la diferencia en la actitud, y en los movimientos, que Naciones Unidas exhibió en relación con las sucesivas crisis, y la adoptada en el pasado en lo que respecta al conflicto del Golfo, era palmaria, como lo era el plegamiento que el máximo organismo internacional demostraba para con los intereses de las grandes potencias.

El comportamiento de la Unión Europea (UE) fue bien gráfico. Claramente superada por los acontecimientos, dividida en cuanto a las opiniones y dependiente en muchos casos de las peculiaridades de cada uno de sus miembros, la UE no dudó en respaldar ostentosas conculcaciones del derecho de autodeterminación y reaccionó siempre de manera tardía al uso de la fuerza. La práctica pacífica de la fórmula referendaria no consiguió, por lo demás, lo que sí lograron unas semanas de sangriento conflicto bélico: el reconocimiento de la independencia de algunas repúblicas. La UE fue rehén, en fin, de intereses particulares, como los blandidos por Alemania en los casos de Eslovenia y Croacia, o por Grecia en el de Macedonia.

Pese a las apariencias, no era diferente lo que debía decirse con respecto a la política norteamericana. Supuestamente más inclinados a defender principios y derechos, en realidad los EE.UU. ni siquiera garantizaron la integridad territorial de Bosnia-Hercegovina. Mientras, Rusia poco más hacía que ratificar viejas tendencias históricas que la aproximaban a Serbia: la “serbofilia” impregnaba a todas las corrientes políticas, y no sólo a aquellas que se daba en identificar como “conservadoras” o “ultranacionalistas”. Por momentos se hacía evidente que la vieja Yugoslavia no era, de cualquier modo, una zona de interés especial para las potencias, y ello aunque fuese una permanente pesadilla en lo que a la gestación de problemas de inestabilidad se refiere.

5. Abolición de la autonomía y resistencia civil

Tras haber examinado, en las páginas anteriores, los rasgos fundamentales del proceso de desintegración de Yugoslavia, nuestro relato vuelve a Kosova para analizar las consecuencias de la abolición de la condición autónoma de la provincia a la que nos referimos al final del capítulo tercero.

Por lo pronto, conviene subrayar que la abolición que nos ocupa suscitó la reacción inmediata de buena parte de la población albanokosovar, en forma de manifestaciones que se tradujeron, en marzo y abril de 1989, en un centenar de muertos por la represión policial. Muchos de los miembros de la elite política, económica e intelectual albanokosovar fueron, por otra parte, detenidos. Una nueva oleada de acciones represivas se produjo un año después, en marzo y abril de 1990, cuando se extendió el rumor, no claramente confirmado y nunca investigado por las autoridades serbias, de que sustancias tóxicas del ejército yugoslavo habían sido empleadas para envenenar a niños albaneses. Las protestas abocaron en el desplazamiento a Kosova de 25.000 policías serbios.

El régimen de *apartheid*

En el mismo mes de marzo de 1990 el gobierno serbio adoptó varias medidas de interés, entre las que se contó, en primer lugar, la creación de nuevos municipios con el propósito manifiesto de beneficiar a la minoría serbia. Si las reformas realizadas al respecto en los cinco años anteriores parecían haber respondido al designio de anular los efectos de medidas introducidas en los decenios precedentes, ahora se trataba, con toda evidencia, de introducir cambios para acceder a una más cómoda posición de poder. “Esta política fue un ejemplo típico de *découpage*: los albaneses, que eran más del 80% de la población de Kosova, sólo configuraban una mayoría del orden del 80% de los habitantes en dos de los cinco *okrugui* [departamentos] kosovares: los de Prishtinë y Prizren. En el *okrug* de Leposaviq tres municipios serbios relativamente pequeños —el de Leposaviq con 16.395 habitantes, el de Zveçan con 10.030 y el de Zubin Potok con 8.479— ejercían de contrapeso frente a tres albaneses mucho más grandes: Kosovska Mitrovicë con 104.885, Vuçitërnë con 80.644 y Sërbicë con 55.471. Al crear nuevos municipios y combinarlos en condiciones ventajosas en los *okrugui*, serbios y montenegrinos intentaban hacer algo para remediar su inferioridad numérica. Además de instaurar un eje transversal norte-sur de municipios serbios, que dividía Kosova en dos e insinuaba una futura partición, el objetivo era controlar los complejos industriales más importantes (en Obiliq y Zubin Potok), los recursos naturales (en Novobërdë, Kosovo Polje y Shtërpc) y las fronteras estatales (especialmente en Shtërpc y Gora)”[8].

Otras medidas introducidas en marzo de 1990 fueron la concentración de las inversiones en las partes del país donde los serbios tenían mayor presencia y la anulación de las ventas de propiedades realizadas a ciudadanos albanokosovares por serbios que habían decidido marcharse. En los negocios correspondientes se había identificado la presencia de figuras relevantes de la administración y de la milicia serbias. Al cierre de varios medios de comunicación y de museos e instituciones culturales siguieron la clausura de la Academia de Artes y Ciencias de Kosova, la dispersión de los fondos de la Bi-blioteca Nacional y, al poco, el despido de muchos trabajadores albaneses del sector público de la

economía. En los hechos, y al cabo del tiempo, la abrumadora mayoría de los trabajadores albaneses con empleo público perdieron sus puestos de trabajo, en el marco de un régimen que por fuerza recordaba al del *apartheid* sudafricano.

Un dato importante más de la política desplegada por el gobierno serbio desde 1989 lo fue el permanente hostigamiento que padeció la población albanokosovar, por lo que parece facilitado por la retirada, en abril de 1990, de muchas de las tropas del ejército federal yugoslavo presentes en el territorio y por su sustitución por unidades de la policía serbia. Las detenciones arbitrarias, los malos tratos y la tortura se extendieron, facilitados por una legislación que permitía, por ejemplo, la retención en un cuartel de policía durante tres días a efectos de realizar un interrogatorio. Nada menos que 15.000 albanokosovares fueron víctimas de este procedimiento en 1994, el mismo año en que se registraron más de 2.000 agresiones policiales, 3.500 allanamientos de domicilio y cerca de 3.000 arrestos arbitrarios. La represión cobró probablemente nuevos vuelos una vez que, en julio de 1993, fueron expulsados los observadores de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) y se le negó el visado a personal diverso de Naciones Unidas y de Amnistía Internacional. La justificación esgrimida por el gobierno serbio —la multiplicación del número de “atentados terroristas contra la policía”— para dar cuenta de por qué había sido preciso asumir un grado tan obvio de represión en los años inmediatamente posteriores a la abolición de la condición autónoma no parecía encontrar respaldo en ninguno de los informes de organizaciones internacionales de derechos humanos. No está de más recordar, en suma, que en 1993 la abrumadora mayoría de los jueces y fiscales albanokosovares habían sido reemplazados por serbios. Otro tanto había sucedido, por cierto, en la policía.

La situación no era mejor en el terreno educativo. Las partes de los programas de estudio vinculadas expresamente con Kosova y con Albania fueron eliminadas, al tiempo que se acrecentaba la importancia de las materias relativas a la historia y la cultura de Serbia. A medida que los meses fueron pasando se introdujeron

medidas encaminadas a hacer desaparecer las clases impartidas en lengua albanesa, y ello hasta el punto de que el albanés empezó a considerarse lengua extranjera. De resultas de todo lo anterior, y como colofón, la casi totalidad de los estudiantes albanokosovares fueron expulsados del sistema público de educación.

Los medios de comunicación fueron objeto, por otra parte, de cierres y presiones sin cuento. Muchos de los equipos de la radiotelevisión de Prishtinë fueron trasladados a Knin, en la Krajina, y a Pale, en Bosnia-Hercegovina, al tiempo que se procedía a despedir a los trabajadores albaneses. Mientras, las emisiones en albanés quedaban reducidas a un pequeño espacio de 20-30 minutos de duración en el cual, y por añadidura, se reproducían sin más, traducidos, los contenidos de la televisión pública serbia. En el ámbito de la prensa, el primer hito fue el cierre, en agosto de 1990, del diario *Rilindja*. Las cuentas bancarias de numerosos medios de comunicación albanokosovares fueron canceladas, al tiempo que se imponían onerosos precios a la compra de papel y se encarecía sensiblemente el precio de muchas publicaciones.

Para que nada faltase, la política oficial serbia alentó un ambicioso programa de colonización. Una ley del verano de 1991, que apenas tuvo eco, otorgaba cinco hectáreas de tierra a los serbios y montenegrinos que quisiesen instalarse en Kosova. Las guerras en Croacia y Bosnia-Hercegovina proporcionaron poco después, sin embargo, un número de refugiados serbios dispuestos a trasladarse a Kosova. Al respecto se manejaron las cifras de 6.000 serbobosnios, en 1994, y de 20.000 serbios procedentes de la Krajina, en 1995. Por lo que parece, bastantes de estos potenciales colonos se negaron a trasladarse a la postre a un país pobre y conflictivo del que escapaban, en cambio, numerosos albanokosovares. En 1993 se avanzó la cifra de 400.000 de éstos —acaso se incluyen en el cómputo albanokosovares que emigraron antes de la abolición de la condición autónoma—, de los cuales 120.000 se habrían trasladado a Alemania, unos 95.000 a Suiza, 35.000 a Suecia y 23.000 a Austria. Al tiempo que se adoptaban esas medidas, veían la luz otras en virtud de las cuales el régimen serbio procedía a enajenar una buena parte de la riqueza del país —

sin contar, naturalmente, con la opinión de sus habitantes— u optaba por fusiones forzadas, en beneficio de firmas serbias, de determinadas compañías albanokosovares. Al respecto se citaban acuerdos contraídos por aquél con empresas griegas, rusas y estadounidenses en relación con las minas de Trepçë, o con empresas griegas e italianas, por citar otro ejemplo, en lo que respecta a las telecomunicaciones.

Al margen de los avatares de la política serbia, el proceso de desintegración de Yugoslavia tuvo sus efectos en Kosova. El estallido de la guerra serbo-croata en 1991 sirvió para comprobar, por lo pronto, que los reclutas albaneses no eran de fiar para los cuadros de un ejército yugoslavo cada vez más serbianizado. En adelante —y habida cuenta del riesgo adicional de que muchos jóvenes albanokosovares se negasen a realizar el servicio militar y acabasen en las cárceles— la política oficial al respecto fue muy pragmática y asumió medidas encaminadas a evitar que los albanokosovares fuesen llamados a filas; no faltaron tampoco los casos de jóvenes albaneses que optaron por abandonar el país para huir de la conscripción. Otro efecto significativo de la guerra serbo-croata o, para ser más precisos, de las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia, fue la decisión de la principal fuerza política albanokosovar, la Liga Democrática (LDK), en el sentido de optar francamente por la independencia para Kosova. Es verdad, también, que la consecución de la independencia por las dos repúblicas septentrionales se tradujo inmediatamente en una franca remisión de las protestas que, en relación con la situación en Kosova, habían emitido en los años anteriores las elites dirigentes de Eslovenia y de Croacia.

La guerra de Bosnia-Hercegovina, a partir de abril de 1992, ejerció inmediatos efectos negativos en Kosova. A su amparo arreció, por lo pronto, una propaganda oficial serbia impregnada de menciones a una supuesta amenaza islámica o, de forma más singularizada, al eventual auge del integrismo islámico. La presencia de éste era indetectable, sin embargo, en Kosova, algo tanto más significativo cuanto que la crisis sin fondo del modelo socialista yugoslavo había dejado un vacío que en otras condiciones bien

podría haber sido colmado por un movimiento de ribetes integristas. La guerra acarreó también un embargo internacional sobre Serbia y Montenegro que, por razones obvias, afectó a Kosova, en donde se consolidó, como en Serbia, la influencia de poderosos circuitos mafiosos. Es verdad, con todo, que este confuso escenario económico permitió que muchos albanokosovares se beneficiasen del contrabando vinculado con la crisis bosnia.

Pero si los efectos de la guerra fueron genéricamente negativos, los de la paz firmada en Dayton no fueron mejores. La estrategia de la resistencia albanesa experimentó un franco retroceso, toda vez que el acuerdo suscrito en los Estados Unidos implicaba una aceptación de las fronteras internas del viejo Estado federal yugoslavo, acarreaba un reconocimiento paralelo —por las potencias occidentales— de la federación que configuraban Serbia y Montenegro, otorgaba una inesperada legitimidad al gobierno serbio y, por si poco fuera, aceleraba la expulsión de refugiados albanokosovares por parte del gobierno alemán. Muchos albanokosovares se preguntaron por qué se reconocía una República Serbia de Bosnia y en cambio no se hacía otro tanto como una “República de Kosova” en Serbia; acaso las grandes potencias premiaban el uso de la fuerza y castigaban a quienes optaban por la resistencia pacífica. La única contrapartida, de sentido ambivalente en el caso de Kosova, era el compromiso internacional de no levantar las sanciones económicas que pesaban sobre Serbia y Montenegro en tanto en Kosova persistiesen problemas de violación de derechos humanos. En junio de 1996, en fin, los Estados Unidos abrieron en Prishtinë una oficina que tenía un simbólico rango semidiplomático.

El movimiento de desobediencia civil

Con el paso de los meses fue cobrando cuerpo entre la población albanokosovar un movimiento de desobediencia civil que se manifestó en ámbitos diversos. En el terreno *ideológico* adquirió inusitada fortaleza una cultura política que poco tenía que ver con las viejas estructuras de poder legadas por la Yugoslavia de Tito, y

mucho, en cambio, con la vida intelectual generada en torno a la Universidad de Prishtinë. No es casual que en los años anteriores esta última fuese repetidas veces identificada por las autoridades serbias como un foco constante de subversión, y que al respecto se subrayase, por ejemplo, el supuesto tono de nacionalismo agresivo que inspiraba muchos de los libros de texto empleados en sus aulas. La propia purga practicada en su momento por el gobierno serbio en la dirección de la Liga de los Comunistas de Kosova, al generar un visible vacío, facilitó, en segundo lugar, la aparición de una nueva elite política en el país. Es evidente también el influjo que sobre el movimiento albanokosovar ejercieron los cambios que a finales de 1989 se verificaron en varios países de la Europa central y balcánica. Si hay que identificar un cuarto ascendiente, ése es el de los movimientos de desobediencia civil no violenta, que a la postre generaron activas simpatías por la resistencia pacífica albanokosovar y facilitaron la decisión, aplicada a rajatabla por los clanes locales, de poner fin a cualquier tipo de violencia dentro y fuera de éstos.

A las observaciones realizadas conviene agregar una más, que da cuenta de los nulos problemas derivados de la presencia, en la resistencia albanokosovar, de diferentes creencias religiosas. Musulmanes y católicos mantuvieron una relación que en modo alguno puede calificarse de conflictiva, como lo ilustran de manera fehaciente dos hechos: si, por un lado, en los momentos de gestación del movimiento de resistencia en 1990 se sopesó en serio la posibilidad de alentar una conversión masiva al catolicismo —en provecho, por lo que parece, del un tanto patético designio de facilitar una más rápida integración en el mundo occidental—, por el otro la LDK, la fuerza mayoritaria en la que cabe suponer eran muchos los musulmanes, no dudó en aproximarse a la Internacional Demócrata-Cristiana.

La naturaleza del movimiento de desobediencia civil y la enorme capacidad organizativa que al cabo demostró son hoy un problema para muchas de las presunciones relativas a las transiciones en la Europa central y oriental. La teoría decía que en esa amplia área geográfica la manifestación de una sociedad civil merecedora de tal

nombre sólo era imaginable en espacios que habían tenido alguna experiencia democrática en el pasado, que se habían beneficiado de cierto desarrollo económico y que no habían padecido los efectos de las férulas ejercidas por imperios como el otomano o el ruso. Y, sin embargo, fue en Kosova, un país sin tradición democrática alguna, muy pobre y sometido al dominio otomano durante siglos, donde hizo su aparición la que acaso era la más activa de las sociedades civiles del oriente europeo.

En el terreno *político-institucional* conviene subrayar que muchos de los diputados del parlamento kosovar intentaron bloquear la reformada Constitución serbia y poner en marcha una "República de Kosova". Tras encontrar un sinfín de obstáculos, 114 de los 123 miembros albaneses del parlamento hubieron de reunirse en la calle el 2 de julio de 1990 para declarar a Kosova "entidad igual e independiente en el marco de Yugoslavia", fórmula a través de la cual se pretendía poner fin a los efectos de la decisión asumida por la Asamblea Popular de Serbia en septiembre de 1945. En abierta conculcación de la norma que señalaba que la disolución del parlamento kosovar no podía hacerse sin el acuerdo previo del propio parlamento, las autoridades serbias lo disolvieron el 5 de julio al tiempo que hacían otro tanto con el gobierno. Así, y en virtud de un auténtico golpe de Estado, desaparecían los últimos, y ya simbólicos, restos de las instituciones autónomas perfiladas casi veinte años antes. No dejaba de ser significativo, con todo, que el gobierno serbio, en su propio interés, mantuviese en vigor la regla que permitía que un representante de Kosova —ahora designado desde Belgrado— tomase asiento en la presidencia federal yugoslava.

El 7 de septiembre de 1990 muchos de los miembros albanokosovares del disuelto parlamento se reunieron en Kaçanik y proclamaron una nueva Constitución que había de regir a la clandestina "República de Kosova". Las normas aprobadas en Kaçanik sirvieron para articular un auténtico sistema institucional en la sombra y permitieron también que un año después, en septiembre de 1991, se celebrase un referéndum clandestino en el que participó un 87% de los electores y un 99% de los votantes respaldó la

creación de una república kosovar independiente. Ésta fue proclamada por el parlamento el 18 de octubre. Varios días después veía la luz, bajo la dirección de la LDK, un gobierno presidido por Bujar Bukoshi.

En adelante la mayoría de la población albanokosovar se abstuvo de votar en las elecciones serbias y yugoslavas, si bien participó, y por lo que parece activamente pese al acoso policial, en dos consultas electorales celebradas, en la clandestinidad, en 1992 y 1998. En 1992 la Liga Democrática —ahora nos referiremos a ella — se hizo con la abrumadora mayoría de los votos y con 96 escaños. Otros 29 fueron a parar a manos de distintas fuerzas albanokosovares y 5 a partidos de la minoría musulmana eslavófona, mientras se reservaban, sin cubrirlos, 14 escaños para los serbios y montenegrinos presentes en el territorio. Al tiempo, el máximo dirigente de la Liga, Ibrahim Rugova, veía ratificada su condición de presidente de la república kosovar (con un bien es verdad que sospechoso 99,9% de los votos en 1992). Los resultados fueron genéricamente parecidos en una segunda elección que, inicialmente prevista para mayo de 1996, fue finalmente postergada a marzo de 1998. Los parlamentos electos, que no fueron convocados por presuntas razones de seguridad, no desarrollaron, por lo demás, ninguna actividad.

La abstención de la población albanokosovar en las elecciones serbias y yugoslavas —antes mencionada— fue a menudo criticada por las fuerzas de oposición en Belgrado, que estimaban que los votos desperdiciados, de haberse hecho valer, hubiesen colocado en situaciones delicadas al régimen de Milosevic. No se olvide que en Kosova se elegían 24 diputados que en la mayoría de las elecciones fueron a parar a manos del Partido Socialista Serbio, aun cuando en algún caso —en enero de 1994— beneficiasen al conocido dirigente paramilitar Zeljko Raznatovic, *Arkan*. Los niveles, elevadísimos, de abstención en Kosova hacían, por añadidura, que la obtención de un acta de diputado requiriese un número de votos significativamente menor que el que era preciso en Serbia.

En el terreno más estrictamente *partidario*, lo primero que hay que subrayar es que entre diciembre de 1989 y febrero de 1990, y al

amparo de la desintegración de la Liga de los Comunistas, proliferaron los partidos entre la población albanesa de Kosova. Así las cosas, el movimiento naciente lo configuró un buen número de aquéllos, si bien la clara preeminencia de una fuerza política —la varias veces mencionada LDK— le restó al cabo pluralidad e hizo que en los hechos, y dentro del propio movimiento, no fuera posible apreciar una oposición; al respecto se aducía, bien es cierto, que un "movimiento de liberación nacional" no suele admitir disensiones sensibles en su seno. La existencia, por lo demás, de un problema nacional pendiente de resolución estaba a buen seguro en el origen del carácter innegablemente masivo del movimiento de resistencia desarrollado en Kosova.

La fuerza directora del movimiento fue la citada Liga Democrática de Kosova, creada a finales de 1989 y liderada por Ibrahim Rugova, quien se convirtió también, como acabamos de señalar, en presidente de la república clandestina. En los últimos meses de la autonomía kosovar la Liga asumió el control de la "parte" albanesa del parlamento y pasó a dirigir también en los hechos el gobierno. Conforme a una visión muy extendida, la fuerza encabezada por Rugova no procedió a crear nuevas instituciones, sino que procuró mantener en vigor, pese a la política desplegada desde Serbia, las previamente existentes. Pujó, en otras palabras, por preservar lo que en los hechos se antojaba un Estado kosovar, bien es verdad que carente de aditamentos tan decisivos como la policía y las fuerzas armadas. La estrategia de Rugova se plasmó ante todo en tres decisiones: la defensa de una resistencia no violenta, el designio de internacionalizar el problema con la búsqueda paralela de diversos grados de implicación de otros Estados en el tratamiento del conflicto y, en fin, el rechazo de todos los elementos —entre ellos las elecciones— de la política institucional serbia. La Liga asumió, por lo demás, un progresivo cambio en sus posiciones maestras: si en la primavera de 1990 reclamaba sin más una autonomía real para Kosova, al poco las demandas apuntaban al reconocimiento de que los albaneses tenían los mismos derechos que las demás naciones integrantes de Yugoslavia y a finales de 1991 se reivindicaba ya un Estado

independiente y soberano. Junto a la Liga, y bien es verdad que con peso significativamente menor, se hicieron valer otras fuerzas políticas, como los partidos Agrario, Demócrata-Cristiano, Parlamentario y Socialdemócrata.

En el terreno *económico-social* se desarrollaron un sistema educativo y un sistema sanitario al margen del Estado. Los doctores y los profesores eran pagados —con salarios bien es verdad que muy bajos, y no siempre librados a tiempo— por la "República de Kosova", buena parte de cuyos fondos procedían de la emigración albanokosovar. Los datos relativos al sistema educativo eran espectaculares: en 1995 asistían a clases 312.000 alumnos de primaria, 57.000 de secundaria y más de 12.000 de enseñanza superior. El sistema, que contaba también con dos escuelas de educación especial, se servía las más de las veces de locales privados.

En el terreno de la sanidad no puede olvidarse que medio millón de albanokosovares perdieron su derecho a cualquier tipo de protección social, con una consecuencia fácil de apreciar: muchas gentes pasaron a depender de la solidaridad familiar y de los recursos manejados por el movimiento de resistencia, en buena medida resultado de transferencias que, procedentes de la diáspora, muchas veces eran confiscadas por las autoridades serbias. La situación era tanto más delicada cuanto que 60.000 familias —unas 350.000 personas— parecían hallarse por debajo del umbral de la pobreza, se contabilizaban 80.000 casos de personas con problemas físicos o mentales y muchos albanokosovares habían perdido sus casas en virtud de la aplicación de unas u otras medidas de emergencia. Por mencionar otro dato, la tasa de mortalidad infantil, que era de 38,4 por mil en 1990, pasó a emplazarse en 50 dos años después, al tiempo que ganaban terreno entre los niños enfermedades como la polio y el tétanos. Recuérdese, en suma, que sólo un 46% de la población de Kosova se beneficiaba de agua corriente en sus casas, y que sólo un 33% disponía de servicios higiénicos. Claro que la propia minoría serbia vio cómo su nivel de vida se deterioraba al calor de los numerosos

compromisos incumplidos por las autoridades y del embargo internacional en curso.

Cobraron cuerpo también sistemas de transporte alternativos a los oficiales —su éxito provocó su pronta prohibición desde Belgrado— y un sinfín de pequeños comercios, al tiempo que se gestaba una fuerza sindical, la Alianza de Sindicatos Independientes de Kosova, que, con 22 ramas, llegó a declarar 260.000 afiliados. Es verdad, con todo, que la eficacia de las redes de solidaridad familiar, y del propio sistema de clanes, estaba detrás del relativo éxito de muchas de las fórmulas económicas que vieron la luz.

Fueren las cosas como fueren, el efecto principal de la nueva situación estribó en que las autoridades serbias fracasaron en su intento de someter económicamente a la población albanokosovar, y ello pese a que en agosto de 1993 no dudaron en clausurar, en virtud de un procedimiento de confiscación, la mayoría de los pequeños negocios instaurados en los tres años anteriores. Tampoco fueron de gran utilidad para el gobierno serbio medidas tan duras como el desmantelamiento de fábricas, transferidas en su integridad a Serbia, o las ya citadas fórmulas encaminadas a impedir que los ciudadanos albanokosovares adquiriesen propiedades de ciudadanos serbios. Muy al contrario, se revelaron por doquier los efectos del anquilosamiento de muchas de las viejas estructuras y el genérico fracaso en el intento de ratificar una relación colonial.

Hay que subrayar, por otra parte, el enorme ascendiente que los albanokosovares emigrados ejercieron en la gestación del movimiento de resistencia. Al respecto se ha subrayado, en particular, el peso de la comunidad albanokosovar residente en los Estados Unidos, muy inclinada, por lo que parece, a la franca defensa de la unificación de Kosova y Albania. Como ya señalamos en su momento, también ejercieron su influencia los albanokosovares residentes en Suiza y Alemania. Los primeros —entre ellos se contaban muchos de quienes habían sido mineros en Trepçë— fueron decisivos a la hora de facilitar la transferencia de recursos económicos a Kosova. Naturalmente que el hecho de que los clanes del norte de Albania ejerciesen el poder en el país desde

1992 —el éxito electoral del Partido Democrático de Sali Berisha— hasta 1997 fue también un dato decisivo.

Pero no sería muy saludable que pasásemos por alto los problemas, algunos enjundiosos, que acosaban al movimiento de desobediencia civil. Por lo pronto, la sociedad paralela que los albanokosovares pusieron en pie era antes una respuesta biológica a su expulsión de la economía pública que el producto de un discurso radical y elaborado. A menudo se ha exagerado, en otras palabras, la dimensión de conciencia ideológica de un movimiento en el que, a buen seguro, se hacían sentir las circunstancias más dispares, y entre ellas las vinculadas con prosaicas fórmulas de supervivencia. A los ojos de algunos especialistas, la quiebra del movimiento mucho tuvo que ver, por ejemplo, con el final de la guerra en Bosnia-Hercegovina, que acarreó el hundimiento de muchas de las redes de la economía subterránea imperante.

Esto aparte, en la articulación de la resistencia resultaba fácilmente apreciable la influencia jerarquizante del sistema de clanes, que poco menos que obligaba a asumir, en virtud de una estricta obediencia, las órdenes emanadas de los máximos responsables de aquéllos. Hay quien ha interpretado que la eficacia y la disciplina del movimiento de desobediencia civil en modo alguno podían separarse de la circunstancia que nos ocupa. Así las cosas, junto a un innegable fermento democrático, el movimiento habría sido tributario de fórmulas impregnadas, en una u otra medida, de autoritarismo y saldadas en la pervivencia de un sinfín de estructuras jerárquicas.

Otro problema lo aportó la progresiva burocratización. La LDK alcanzó una posición de clara preeminencia, y en algún momento pareció asumir que la situación general era relativamente cómoda para sus cuadros. Así las cosas, y no sin flujos autoritarios, perdió imaginación y resolución. Rugova empezó a funcionar a la manera de un dirigente carismático, con los problemas de paralización consiguientes, mientras los parlamentos elegidos en la clandestinidad no se reunían. Algunos analistas albanokosovares interpretaron que a partir de cierto momento el principal designio de la Liga dejó de ser la contestación de las políticas del gobierno

serbio para colocar en un primer plano la necesidad de evitar el surgimiento de fuerzas eventualmente competidoras dentro del propio panorama albanokosovar. Con arreglo a esta visión de los hechos, no faltaron posiciones que sugirieron que la mayor prioridad debía estribar en instaurar, primero, una genuina democracia en Kosova para después, y sólo después, pasar a debatir la condición futura del país.

Un problema de relieve adicional fue, en suma, la privatización que, repentina y forzada por las autoridades serbias —no se olvide que expulsaron de sus puestos de trabajo en la economía pública a la mayoría de los albanokosovares—, tuvo a la postre resultados similares a los registrados en virtud de la privatización "institucional" verificada en todos los países de la Europa central y oriental. Uno de ellos fue la aparición entre los albanokosovares de una minoría de privilegiados cuya situación contrastaba con la miseria de muchos de sus conciudadanos. La penuria se hizo cada vez más notable una vez que —como acabamos de señalar— el conflicto en Bosnia-Hercegovina entró, a finales de 1995, en una aparente vía de resolución que contribuyó a secar muchos de los negocios que su desarrollo había propiciado, en los años anteriores, en Kosova.

Ya hemos invocado la condición sorprendente de un movimiento de desobediencia civil surgido en uno de los espacios en apariencia menos fértiles para semejante experimento. Probablemente una de las explicaciones al respecto es la que, sin más, impugna el argumento general que entiende que las sociedades civiles en la Europa central y oriental sólo pueden revelarse allí donde hay antecedentes democráticos, desarrollos económicos y férulas ejercidas por imperios aparentemente benignos. Otra explicación podría sentir, bien es cierto, la tentación de subrayar algunos elementos que, inequívocamente originales en la Europa central y oriental, afectan a Kosova. Es el caso de un despertar cultural-nacional tardío —en los hechos hubo que aguardar a 1974 para que adquiriese consistencia— o de los efectos de la ya mencionada purga operada por el régimen serbio en la Liga de los Comunistas de Kosova. Más allá de esos argumentos, es obligado reseñar que el movimiento de desobediencia civil tuvo un inequívoco cariz

nacionalista, asociado, claro es, con la imperiosa necesidad de dar respuesta a la represión. De resultas, su textura recordaba poderosamente a la que exhibían otros movimientos nacionalistas que, en países políticamente poco desarrollados como Armenia o Georgia, se adaptaron a la perfección al esquema de lo que comúnmente se entiende por sociedad civil.

Hay, de cualquier forma, otra manera de razonar, que prefiere subrayar las deficiencias exhibidas por el movimiento de desobediencia civil albanokosovar. Ya nos hemos referido a algunas de ellas y a sus consecuencias conceptuales: su condición de respuesta casi biológica, su vinculación con un autoritario sistema de clanes, su progresivo anquilosamiento y, en fin, su problemática inserción en un proceso de repentina y salvaje privatización. Fueren las cosas como fueren, y como quiera que la historia no está cerrada, lo suyo es que nos preguntemos qué es lo que está llamado a quedar del movimiento que imperó en Kosova entre 1989 y 1997 o, lo que es lo mismo, cuál será su ascendiente, en el largo plazo, en la configuración del Kosova del protectorado.

Las visiones en Serbia

Aunque los resultados de las distintas elecciones celebradas en Serbia en el decenio de 1990 generaron alianzas dispares, parece fuera de duda que el Partido Socialista, la fuerza que dirigía Milosevic, en momento alguno perdió, hasta el otoño de 2000, su condición de preeminencia. El principal reto que los socialistas tuvieron que encarar lo fue, en las elecciones celebradas en 1992 y en 1997, el auge del Partido Radical de Seselj, que al cabo se incorporó sin mayores problemas a fórmulas de coalición. En 1992 el Partido Socialista se hizo con 110 escaños, por 71 el Radical, mientras en 1997 la relación lo fue de 110 —en la cifra se sumaban los diputados socialistas y los de otras dos fuerzas: Izquierda Unida Yugoslava y Nueva Democracia— a 81. En la elección intermedia, la de 1993, el Partido Radical tuvo un mal resultado, toda vez que consiguió tan sólo 39 escaños frente a los 123 del partido de Milosevic. Mientras, y al margen de estas fuerzas, la oposición

cosechaba resultados más bien mediocres: 50 escaños para DEPOS en 1992, 45 para la misma coalición en 1993 y 46 para el Movimiento de Renovación Serbia de Draskovic en 1997 (recordemos que esta última consulta electoral fue boicoteada por los partidos, también opositores, de Vesna Pesic y Zoran Djindjic).

Tal y como referimos en el capítulo anterior, hay quien sostiene que el mayor éxito de las políticas de Milosevic consistió en desarticular las sucesivas oposiciones tras conseguir que muchos de sus miembros más significados aceptasen el grueso de la mitología nacional difundida desde las instituciones. También se llamó la atención sobre la franca inconsciencia de la oposición serbia en lo que respecta a las consecuencias que sobre el país —sobre su democratización, para ser más precisos— estaba llamada a tener la anulación de la condición autónoma de Kosova. Las medidas adoptadas por Belgrado fueron acaso el principal de los obstáculos con que se topó un eventual proceso de democratización, en la medida en que dieron alas a un nacionalismo agresivo y alimentaron "una cultura política irracional y populista, dominada por la xenofobia, la mitomanía y la propensión al uso de la violencia"[9]. Olvidados en el exterior, los escasos núcleos de resistencia que pervivían —y en singular, y por poner un ejemplo, las valerosas "Mujeres de Negro"— eran objeto de una permanente marginación, que en los hechos limitaba su actividad a la ciudad de Belgrado.

Así las cosas, no puede sorprender que, en ausencia de iniciativas de lo que pasaba por ser la oposición, alcanzasen algún relieve las asumidas por una fuerza claramente instalada en el bloque de poder: la Izquierda Unida Yugoslava que presidía la esposa de Milosevic, Mirjana Markovic, pareció operar en algún momento, sin éxito, como plataforma para establecer contactos con las formaciones de oposición en aquellos lugares —así, Kosova, la Vojvodina y el Sandzak— en los que, existiendo un problema nacional, el gobernante Partido Socialista contaba con una presencia poco significativa. Es ilustrativo, por ejemplo, que frente a lo que ocurría en las restantes fuerzas políticas de ámbito serbio o

yugoslavo, la Izquierda Unida realizase en albanés buena parte de su propaganda en Kosova.

La Iglesia ortodoxa serbia, por su parte, no sólo no criticaba las políticas desplegadas en Kosova, sino que a menudo parecía alentarlas. No puede olvidarse su distanciamiento con respecto a las autoridades cuando, en 1995, entendió que éstas habían abandonado a los serbios de la Krajina y de Bosnia-Hercegovina. Sus únicos momentos de oposición firme al régimen de Milosevic se produjeron a finales de 1996 con ocasión de las protestas populares por el "pucherazo" desarrollado en relación con las elecciones municipales en Serbia.

En un terreno distinto, la relación de los serbios de la calle con el régimen de Milosevic era ambigua. Si por un lado, y sometidos al influjo de unos medios de comunicación que difundían una imagen visiblemente edulcorada de lo ocurrido en Croacia, en Bosnia-Hercegovina y en Kosova, aceptaban genéricamente la versión oficial en lo que a los conflictos correspondientes se refiere, por el otro no podían substraerse a un conocimiento material de la corrupta condición del régimen y de sus redes. Téngase presente al respecto que la situación económica en Serbia se iba degradando de tal suerte que a los efectos de una crisis que venía arrastrándose desde bastante tiempo atrás se sumaban los de la desintegración de Yugoslavia, el embargo internacional y el esfuerzo de guerra, de tal suerte que ganaba terreno, y visiblemente, un capitalismo mafioso. De resultas, mientras una minoría de la población —de la que participaba, naturalmente, el grueso de la elite política— se enriquecía visiblemente, el poder adquisitivo de los salarios se dividía nada menos que por cinco entre 1989 y 1994, en un escenario marcado por la hiperinflación, la dramática reducción en los niveles de producción de la industria y la extensión del desempleo. Todos estos fenómenos tenían un significado eco en la forma de un creciente rechazo hacia los refugiados serbios procedentes de Bosnia-Hercegovina o de la Krajina.

Una manera de resumir muchos de los contenidos avanzados estriba en recordar el escaso apoyo que las visiones abiertas y concesivas en relación con Kosova tenían en la opinión pública

serbia. Una encuesta realizada a finales de 1997 concluía que un 42% de los ciudadanos serbios respaldaba una acción encaminada a expulsar a la población albanesa del territorio, en tanto un 27% se mostraba partidario de reconocer algunos derechos de autogobierno y eran una escueta minoría —acaso por debajo del 1%— quienes se declaraban dispuestos a aceptar un Kosova independiente o, incluso, una república de Kosova dentro de Yugoslavia. Es verdad, sí, que en determinados círculos políticos e intelectuales se hacían valer opiniones —sobre ellas volveremos— eventualmente favorables a la independencia de Kosova o, en su caso, a la partición de su territorio, derivadas ante todo de la conciencia del problema demográfico que se planteaba en el país. A este problema se sumaba, en determinados cenáculos, otro dato negativo: no parecía que entre los serbios que vivían en Serbia existiese una notable disposición al sacrificio por Kosova. El escaso grado de apertura que mostraba la generalidad de la opinión pública serbia en relación con Kosova resultaba difícilmente separable, claro, del abrumador control que el régimen ejercía sobre los medios de comunicación, tras haber purgado en su momento la mayoría de éstos y haber impuesto un sinfín de cortapisas a los medios opositores, en los hechos obligados a trabajar sólo en Belgrado y sus alrededores. La televisión oficial había sido al respecto, sin duda, un elemento decisivo.

6. El conflicto bélico de 1998-1999

Reduciremos a tres los cambios que, operados con anterioridad a 1998, explican por qué el conflicto de Kosova entró en una nueva, y bélica, etapa. El primero de esos cambios remite, sin más, a los resultados de las elecciones generales serbias del otoño de 1997: como ya señalamos con anterioridad, el Partido Socialista obtuvo 112 de los 250 escaños, seguido del Partido Radical, con 82, y del Movimiento de Renovación Serbia, con 46. En virtud de este reparto, y al amparo de la gestación de un gobierno de coalición, se verificó un giro que otorgaba un predicamento creciente a fórmulas de nacionalismo agresivo en las políticas oficiales. Semejante circunstancia facilitaba la manifestación de lo que algunos analistas empezaron a interpretar era una perentoria exigencia en Serbia: la búsqueda de algún conflicto —el de Bosnia-Herce-govina había concluido dos años antes— que permitiese dar rienda suelta a una biológica necesidad de violencia[10].

En segundo lugar, y al amparo de lo que muchos entendían era un progresivo agotamiento del modelo reivindicado por la LDK, las críticas a Rugova arreciaron desde posiciones muy dispares. Si unos denostaban su negativa a negociar con Belgrado en ausencia de intermediarios internacionales, otros subrayaban la pérdida

general de imaginación de sus posturas y el consecuente beneficio que ello suponía para las autoridades serbias. No faltaban quienes, tras reclamar una radicalización de la resistencia, rechazaban con rotundidad un movimiento que consideraban injustificadamente moderado. Buen reflejo de las disensiones lo fueron las posiciones asumidas por dos dirigentes albanokosovares. Mientras Rexhep Qosja —inclinado, como Mahmut Bakalli, a la defensa de la reunificación de todos los albaneses en un Estado común— pasó a defender un modelo de resistencia próximo a la *intifada* palestina, Adem Demaçi fue abandonando los postulados de la desobediencia civil para aproximarse a lo que al poco serían los puntos de vista del Ejército de Liberación de Kosova. Dentro de la propia Liga Democrática vieron la luz posiciones de incipiente disidencia con respecto a los criterios de Rugova; en el congreso que aquélla celebró en febrero de 1998 quince miembros de la dirección del partido anunciaron su deseo de dejarlo, al tiempo que optaba por abandonar puestos prominentes Fehmi Agani, uno de sus máximos dirigentes, que en la primavera de 1999, y tras participar en las conversaciones de Rambouillet, fue asesinado durante la represión asestada en Kosova por las autoridades serbias. El máximo responsable del gobierno albanokosovar en el exilio, Bujar Bukoshi, también había puesto a menudo de relieve sus diferencias con otros dirigentes de la Liga Democrática.

Las disensiones medraron, en tercer lugar, cuando se hizo evidente que, después de Dayton, las potencias occidentales daban la espalda a muchas de las esperanzas blandidas por el movimiento de desobediencia civil albanokosovar. De por medio, y por si poco fuera, se cruzaban fenómenos difíciles de explicar, como el inaplicado acuerdo que, firmado en septiembre de 1996, Rugova negoció con Milosevic y que estaba llamado a permitir la cesión a los estudiantes albaneses de determinados edificios públicos, sin establecer, bien es cierto, ninguna obligación oficial en cuanto al pago de salarios a los profesores; el acuerdo, dicho sea de paso, acarreó, desde los sectores serbios más radicalizados, severos comentarios relativos a las eventuales concesiones de Milosevic. Ya señalamos que la propia crisis albanesa de la primavera de 1997,

con el derrocamiento del presidente Berisha, perjudicó a Rugova, que en adelante mantuvo una relación menos fluida con los nuevos gobernantes albaneses. En noviembre de 1997, Qosja y Demaçi, junto con representantes sindicales y miembros de varios partidos, fundaron, en suma, un foro que pretendía hacer frente al monopolio instituido por la Liga.

El Ejército de Liberación de Kosova y la guerra de 1998

Aunque en los años anteriores las autoridades serbias habían señalado la presencia de grupos armados albanokosovares —así, el llamado "Movimiento Nacional por la Liberación de Kosova" presuntamente identificado en 1993—, la manifestación de los primeros signos evidentes de respuesta violenta —disparos contra policías, colocación de bombas— hubo de aguardar a 1996, en medio de quejas generales que sugerían que se trataba de actos de provocación urdidos por la propia policía serbia.

En el verano de 1997 saltó a la palestra de manera organizada, sin embargo, el Ejército de Liberación de Kosova (ELK), muchos de cuyos cuadros habían sido en el pasado miembros del ejército yugoslavo. El ELK, que al parecer obtenía financiación fundamentalmente a través de la diáspora albanokosovar, consiguió hacerse, por lo demás, con un número importante de armas ligeras procedentes de los arsenales del ejército albanés, asaltados en 1997 por la población civil. Algunas de sus armas, y otros pertrechos, los adquirió en la propia Serbia, en lo que se antoja una ilustración más de la singularísima condición del capitalismo mafioso imperante. Parece innegable, en fin, que con el paso del tiempo, en 1999, el ELK empezó a recibir ayuda militar occidental. Algunas fuentes de presumible solvencia han subrayado, asimismo, la relación del Ejército de Liberación con el mundo de las drogas y con los circuitos de crimen organizado existentes ante todo en el norte de Albania. Aserciones de este tipo, muy antiguas, habían tenido ya cierto peso, por lo demás, en la propaganda desarrollada por el gobierno serbio en la segunda mitad del decenio de 1980. Ideológicamente, y sobre la base de un denominador común —el

discurso, inevitable, del nacionalismo albanokosovar—, dentro del ELK parecían coexistir sectores pragmáticos y otros que lo eran menos, y marxistas-leninistas junto a conservadores religiosos. El ELK no fue nunca, por lo demás, una fuerza claramente unificada, de tal suerte que es fácil concluir que muchas de sus unidades se movían con muy amplia autonomía.

Es significativo que Adem Demaçi, de quien nos hemos ocupado ya en varias oportunidades, se convirtiese en el portavoz del ELK. En los años anteriores sus críticas a Rugova se habían limitado a subrayar la falta de imaginación que caracterizaba los movimientos de la Liga Democrática y, en paralelo, la escasa predisposición que ésta mostraba a la negociación con el gobierno yugoslavo. Demaçi no había dudado en respaldar a la coalición opositora serbia "Unidos" y en defender, por otra parte, una federación balcánica, la *Balkanija*, en la que estarían presentes —en virtud de una rigurosa y voluntaria adscripción— Serbia, Montenegro, Kosova y las restantes repúblicas ex yugoslavas que quisiesen sumarse al proyecto. La curiosa deriva de Demaçi se antojaba muy ilustrativa de lo ocurrido en determinados círculos albanokosovares, otrora claramente entregados a la resistencia no violenta, pero al poco firmes partidarios de la lucha armada.

Las acciones del ELK, que a menudo tuvieron por objetivo, en los primeros momentos, a albanokosovares que presuntamente colaboraban con las autoridades serbias, fueron haciéndose cada vez más frecuentes. En los primeros meses de 1998 parecieron apuntar al propósito de liberar determinadas partes del territorio de Kosova, en lo que se antojaba imitación de procedimientos similares desplegados en el Tercer Mundo por muchos movimientos de liberación. Los primeros incidentes de relieve se produjeron en la región de Drenicë, en el centro de Kosova, a principios de marzo de 1998. La importancia de Drenicë estribaba en el control de la principal vía de comunicación desde Prishtinë hacia el occidente de Kosova y Montenegro. La respuesta represiva serbia no se hizo esperar y utilizó como instrumento central a la policía, mucho más fiable para el régimen, y mucho mejor pertrechada, que las fuerzas armadas. Aun así, en diciembre de 1997 habían sido trasladados a

Kosova tres cuerpos de ejército antes emplazados en el sur de Serbia. Según una estimación, en febrero de 1998 estaban desplegados en Kosova 13.000 policías serbios —con la posibilidad de colocar en el territorio otros 25.000 en sólo tres días—, 6.500 miembros de las fuerzas armadas —a los que podrían sumarse al poco otros 10.000— y unos 30.000 ciudadanos serbios armados. En repetidas oportunidades se identificó también la presencia de paramilitares como los "Tigres" liderados por *Arkan* o las "Águilas Blancas" de Seselj.

La confrontación bélica que se desarrolló a lo largo de 1998, caracterizada por acciones de extrema violencia acometidas por las dos partes, se saldó con un progresivo retroceso del ELK, que a los ojos de muchos analistas debía explicarse, en buena medida, por el subterráneo apoyo que significados miembros de la comunidad internacional dispensaron al gobierno serbio para que eliminase de una futura mesa de negociaciones a los radicales albaneses (no debe olvidarse, de cualquier modo, que tanto los radicales como los moderados parecían estimar que el principio de la autodeterminación para Kosova era irrenunciable). Lo cierto es que, aunque las estimaciones al respecto son poco fiables, la confrontación bélica que nos ocupa produjo acaso un millar de muertos y más de 200.000 refugiados y desplazados. El aparente éxito de la policía serbia y la llegada del invierno, sumados a la creciente presión internacional, permitieron la firma de un acuerdo de paz en octubre de 1998.

El acuerdo de octubre de 1998 y las conversaciones de Rambouillet

La presión internacional propició la firma, en octubre de 1998, de un acuerdo de paz —nunca fue hecho público— para Kosova. El elemento central de lo acordado parecía ser el designio de abrir un período de tres años de duración en el transcurso de los cuales se procediese a normalizar la situación en todos los ámbitos; al respecto se invocó el modelo sentado por el acuerdo que se había alcanzado en 1996 en Chechenia. Lo pactado implicaba también la

progresiva restauración de la autonomía abolida dos lustros atrás, así como la organización de elecciones libres y democráticas. El gobierno serbio debía proceder a una visible reducción de los contingentes militares y policiales desplegados en Kosova, en tanto el ELK debía entregar sus armas. El acuerdo acarreaba también un vago compromiso de procesar a eventuales responsables de crímenes de guerra y preveía, en fin, el despliegue de dos mil observadores, todos ellos desarmados, de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE).

Aunque la pronta llegada del invierno se antojaba un poderoso estímulo para que el acuerdo de octubre ganase terreno, lo cierto es que los combates no menguaron. Si al respecto la tesis oficial serbia apuntaba que el ELK había vuelto a los lugares de los que había sido desplazado en los meses anteriores, del lado de la resistencia albanokosovar se subrayaba que Serbia, plenamente consciente de la debilidad de la respuesta internacional, no había abandonado en modo alguno las operaciones de acoso. Lo cierto es que, mientras se iniciaba el despliegue de los observadores de la OSCE, el conflicto arreció en los primeros meses de 1999. El momento simbólico más relevante lo aportó, a mediados de enero, la controvertida masacre acaecida en la localidad de Raçak, que según la OSCE había tenido por objeto a indefensos civiles albaneses y según la versión oficial serbia era producto de un choque con guerrilleros del ELK. Aireada por un diplomático norteamericano de lamentable trayectoria, William Walker, la matanza que nos ocupa sirvió de eficaz argumento para que la OTAN asumiese una ambiciosa escalada en su lenguaje.

El efecto fundamental del renovado conflicto fue una creciente presión internacional que en este caso se concentró en la organización de una conferencia que al cabo se celebró en dos tandas —6 a 24 de febrero y 15 a 18 de marzo de 1999— en Rambouillet, en Francia. Los miembros occidentales del llamado “grupo de contacto” (Alemania, EE.UU., Francia, Italia y el Reino Unido; Rusia no estaba por la labor) intentaron imponer un acuerdo que, muy semejante al de octubre de 1998, reemplazaba, sin embargo, los dos mil observadores de la OSCE por un contingente

militar de casi 30.000 soldados bajo la dirección de la OTAN, al tiempo que otorgaba a los soldados de esta última —y a sus vehículos, barcos, aviones y equipos— un ilimitado derecho de paso por todo el territorio yugoslavo (sorprende, por cierto, que esta impresentable imposición no fuese utilizada entonces como contraargumento por Belgrado).

Pese a que en Rambouillet se abrió camino, por vez primera, un procedimiento en el que se aceptaba el criterio tantas veces enunciado por la LDK —las delegaciones albanokosovar y serbio/yugoslava debían reunirse en suelo neutral y en presencia de mediadores internacionales—, lo cierto es que las cosas, al menos en lo que se refiere a una dimensión fundamental, no discurrieron con arreglo a las expectativas de la delegación que encabezaba Rugova, y en la que estaban presentes, por cierto, significados miembros del ELK. Hora tras hora fue perdiendo terreno lo que la delegación albanokosovar más acariciaba: el logro de un aval internacional que diese alas a un horizonte de autodeterminación. Las primeras sospechas de que por ahí iban los tiros las alentaron los portavoces del "grupo de contacto" cuando empezaron a reclamar un uso descafeinado del concepto de autodeterminación, que a sus ojos se ejercería en plenitud al amparo de la restauración de instituciones autónomas y en modo alguno reclamaría, por tanto, consultas referendarias en las que la secesión estuviese en juego. La edificante imagen de Milosevic dirigiendo el esfuerzo de paz en Kosova traía a la memoria fantasmas paralelos en la Bosnia-Hercegovina de varios años atrás.

El aparente doble rasero en las amenazas —bombas para Belgrado, ostracismo internacional para los albanokosovares— con que el "grupo de contacto" pretendía imponer sus criterios apenas enturbiaba la visión del fondo: las potencias occidentales preferían obviar experimentos. Tan es así que el sábado 20 de febrero, cuando las negociaciones asumieron una imprevista prórroga, un miembro de la delegación albanokosovar sugirió que el "grupo de contacto" y los representantes serbios habían pactado, desde el principio, una aviesa línea de conducta. Con arreglo a ella, las concesiones iniciales a la delegación albanokosovar —con un

compromiso, bien que vago, de tolerar un referéndum— se habrían visto seguidas por reticencias de los representantes serbios en lo relativo al despliegue de los contingentes internacionales. Aunque la actitud de Belgrado estaba llamada a provocar un bombardeo fulminante, la respuesta del "grupo de contacto" estribó, antes bien, en tomar repentinamente en consideración muchas de las quejas de la delegación serbia y en rebajar sensiblemente las concesiones primeras a la parte albanokosovar.

Como acabamos de señalar, el "grupo de contacto" retiró cualquier tipo de concesión relativa a un eventual referéndum de autodeterminación en Kosova, ratificó el compromiso con un Kosova que seguiría formando parte de Serbia y de Yugoslavia, y asumió de buen grado que a esta última le correspondería la dirección de las políticas monetaria, exterior y de defensa. Aunque por detrás era sencillo apreciar el designio de atraer a la firma a la delegación serbia, ésta —conviene subrayar que no se hallaba encabezada por Milosevic— se negó a aceptar el despliegue de contingentes de la OTAN en el territorio. Aunque su contrapropuesta, más o menos reflejada en una resolución aprobada el 23 de marzo de 1999 por la Asamblea Nacional Serbia, declaraba una disposición inicial a aceptar tropas internacionales plenamente desvinculadas de la Alianza Atlántica, fue rechazada por las potencias occidentales. Las cosas así, el plan del "grupo de contacto" recibió a la postre una aceptación, bien que a regañadientes y bajo visibles presiones, de la delegación albanokosovar, en la cual se hicieron sentir, de cualquier modo, visibles tensiones como las que condujeron a la dimisión de Adem Demaçi como portavoz del ELK. Mientras Belgrado se negaba a firmar el acuerdo, en Kosova se producía la llegada de nuevas fuerzas militares y policiales serbias.

7. La intervención de la OTAN

El 24 de marzo de 1999, cinco días después de la retirada de los observadores de la OSCE que, en virtud del acuerdo suscrito en el otoño, todavía estaban en Kosova, la OTAN dio satisfacción a su amenaza de iniciar bombardeos sobre Serbia y Montenegro. Esos bombardeos se desarrollaron, con un total de casi 40.000 operaciones, en varias fases. Probablemente la OTAN dio por descontado que el régimen serbio/ yugoslavo iba a dar pronto su brazo a torcer, y al respecto se contentó con preparar objetivos, todos ellos de cariz presuntamente militar, para tan sólo tres días. Como quiera que la rendición no se hizo valer, a partir del 27 de marzo se inició una segunda fase de los bombardeos en la cual éstos empezaron a afectar a infraestructuras industriales, vías de transporte y centros de telecomunicación.

Las acciones de la OTAN se vieron obstaculizadas por las defensas antiaéreas yugoslavas, como lo testimonia, por ejemplo, el derribo de un bombardero F117A “Stealth” a finales de marzo. Mostraron, por añadidura, una dudosa efectividad. El 6 de mayo la propia OTAN, que a buen seguro exageraba sus éxitos, confesaba haber anulado tan sólo un 20% de las fuerzas yugoslavas presentes en Kosova. No deja de ser significativo al respecto que la Alianza

mostrase mucha mayor capacidad de destrucción en el caso de las infraestructuras civiles que en el de las militares, como lo testimonia el hecho de que, según la propia OTAN, en Serbia y Montenegro —pero fundamentalmente en la primera— quedó inutilizado un tercio de las principales plantas industriales y se vieron recortadas en un 70% la producción de electricidad y en un 80% la capacidad de refinado de petróleo. Es verdad, aun así, que no puede negársele a la OTAN eficacia en lo que atañe a una cuestión importante: mientras ninguno de sus soldados murió en combate, fallecieron al menos 600 militares yugoslavos (acaso la mitad de ellos, bien es cierto, en combates con el ELK).

Los riesgos para los pilotos se redujeron en virtud de una conflictiva decisión de la Alianza Atlántica: la de que sus aviones rara vez bajasen de los 15.000 metros de altitud, circunstancia que quizá explica algunos de los errores cometidos. Entre ellos se contaron los derivados de los bombardeos que tuvieron por objeto un tren de pasajeros que atravesaba un puente (12 de abril), un convoy de refugiados kosovares cerca de Gjakovë, en Kosova (14 de abril), las viviendas de una zona residencial (28 de abril), un autobús con civiles en Lluzhan, al norte de Prishtinë (2 de mayo), otro autobús entre Pejë y Rozhaje (3 de mayo), un blanco errado en Nis (7 de mayo), una columna de refugiados en Korishë (14 de mayo), o una cárcel en Istog (21 de mayo). A casos como los que acabamos de mencionar conviene agregar las acciones, muy polémicas, asestadas contra la televisión serbia (23 de abril) y la embajada china (7 de mayo), ambas en Belgrado. Al margen de lo que ocurría en el escenario kosovar, el resultado más relevante de los hechos de guerra que nos ocupan fue la muerte de numerosos civiles en Serbia. Una evaluación de Human Rights Watch sitúa el guarismo correspondiente entre 488 y 527, cifras muy próximas a las difundidas en su momento por el Ministerio de Asuntos Exteriores yugoslavo, que identificaba 495 muertos y 820 heridos entre los civiles. A los ojos de organizaciones como la citada Human Rights Watch y Amnistía Internacional, las operaciones militares mencionadas, en las que con mucha frecuencia se hizo uso de uranio empobrecido, eran motivo suficiente para que el Tribunal

Penal Internacional para la Antigua Yugos-lavia, con sede en La Haya, abriese una investigación sobre los bombardeos, algo que por desgracia no ocurrió.

En un terreno distinto, es verdad, con todo, que pese a que los medios de comunicación occidentales dispuestos a asumir una posición independiente no eran muchos, la opinión pública empezó a recelar de los bombardeos de la OTAN. De resultas ésta se vio obligada a poner en marcha una gigantesca maquinaria de desinformación al tiempo que echaba mano de una estudiada escenificación de sus presuntas virtudes con ocasión de la cumbre celebrada en Washington el 23 de abril. La maquinaria que nos ocupa recibió, por lo demás, un sonoro regalo cuando, el 27 de mayo, el Tribunal de La Haya, antes mencionado, decidió encausar a Milosevic y a varios de sus colaboradores más directos por presuntos crímenes de guerra cometidos en Kosova. Por detrás menudeaban, sin embargo, las disensiones entre los Estados miembros de la OTAN y se registraba un duro debate interno en lo relativo a la conveniencia de sentar las bases de una acción militar terrestre. Una de las secuelas de ese debate fue, por cierto, la progresiva marginación del comandante supremo aliado, el general norteamericano Wesley Clark.

La respuesta principal del gobierno serbio a los ataques de la OTAN consistió en una visible aceleración de las operaciones de represión, y de “limpieza étnica”, en Kosova, sin que esté definitivamente aclarado si esas operaciones respondieron a un programa tramado o, por el contrario, se desarrollaron de forma más o menos improvisada. La primera de las hipótesis es la defendida, de cualquier modo, por la abrumadora mayoría de las organizaciones, gubernamentales o no, que estudiaron la cuestión. Tampoco resulta sencillo identificar cuáles fueron los agentes concretos —militares, policías o paramilitares— que corrieron a cargo de la represión. Por no estar claro, ni siquiera lo está si las operaciones se encaminaban a limpiar todo Kosova o sólo determinadas partes de éste. Del lado oficial en Belgrado las acciones que nos ocupan se justificaban con arreglo a la necesidad de hacer frente al ELK, tarea en la que los contingentes

desplegados disfrutaban de clara ventaja, tanto en número de efectivos (40.000 frente a 8.000-10.000) como en medios, ante una guerrilla que carecía de un mando unificado y, las más de las veces, mostraba precaria formación y nula experiencia. Al tiempo, Belgrado jugó alguna carta político-mediática, como la vinculada con unas polémicas declaraciones, más bien proclives a rebajar la magnitud de lo que ocurría en Kosova, de un Ibrahim Rugova con toda certeza amenazado; a principios de mayo se permitió, eso sí, que Rugova se trasladase a Italia, con el propósito, según alguna interpretación, de dividir a la resistencia albanokosovar.

Las operaciones provocaron el éxodo —fundamentalmente hacia Albania, pero también hacia Macedonia, cuyas autoridades se mostraron muy reticentes, y Montenegro— de una cifra de albanokosovares que comúnmente se estima en 863.000 personas, a las que habría que agregar otras 590.000 que se tornaron en desplazados dentro del propio Kosova. Si hay que dar crédito a estas cifras, cerca del 90% de la población albanesa del país se vio obligado a abandonar sus hogares. Pueblos enteros fueron incendiados en virtud de acciones que provocaron varios millares de muertos —en el capítulo siguiente se recoge alguna estimación al respecto, siempre difícil tanto más cuanto que las cifras pueden computar fallecidos de resultas de operaciones de las distintas fuerzas serbias, del ELK y de la propia OTAN—, con un trasfondo de cruda represión contra la guerrilla albanokosovar y de despliegue paralelo de un vasto programa de defensa ante una eventual operación terrestre de la OTAN. Muchas y muy distintas eran, en fin, las versiones relativas a cuál fue la actitud de los serbios de Kosova con ocasión de los bombardeos. Si no faltaron los ejemplos de franca ayuda a vecinos albaneses en situación difícil, también los hubo de serbokosovares que habrían sido la punta de lanza de la represión.

Resulta difícil substraerse, por otra parte, a la idea de que la OTAN mostró una formidable imprevisión en su ofensiva. Al respecto bastará con invocar la errada inferencia, ya reseñada, de que el régimen serbio se rendiría rápidamente, como bastará con recordar la dramática ausencia de medidas para hacer frente a la

oleada de refugiados albanokosovares y para dar respuesta a la represión asestada por las autoridades serbias. De poco sirve afirmar que las operaciones de “limpieza étnica” ya estaban en marcha cuando se produjeron las primeras acciones de la Alianza Atlántica o subrayar que, según estudios que se antojan solventes, relativos a las zonas de impacto de los bombardeos de la OTAN, los flujos de refugiados y desplazados poco o nada tenían que ver con éstos. Más interesante se antoja la interpretación que sugiere que la imagen de los refugiados hacinados en campos en Macedonia o en Albania resultó reconfortante a los ojos de unos estrategas, los de la OTAN, que con su concurso consiguieron doblegar buena parte de la oposición que los bombardeos suscitaban en los propios países occidentales. Fueren los hechos como fueren, en abril de 1999 resultaba imposible afirmar que la OTAN estaba interviniendo para hacer frente a una catástrofe humanitaria: era, antes bien, responsable, bien que parcial, de esa catástrofe.

Es preciso preguntarse, en otro terreno, por qué el régimen serbio, con Milosevic a la cabeza, asumió el riesgo de los bombardeos de la Alianza Atlántica. La única respuesta que puede avanzarse es la que sugiere que Milosevic desplegó un cálculo racional de probabilidades del que tanto podía salir bien parado como definitivamente postergado. Por lo pronto, cierta modalidad de intervención armada podía fortalecer al régimen serbio. En un sentido distinto, muchos análisis señalaban que Milosevic estaba buscando un argumento que presentar ante sus conciudadanos para explicar por qué era preciso abandonar Kosova, o al menos una parte significada de éste. No debe olvidarse al respecto que Milosevic no era un nacionalista y que poco le preocupaba que Kosova fuese el crisol, supuesto o real, de la nación serbia. El presidente yugoslavo sabía, por añadidura, que el crecimiento vegetativo de los albanokosovares era más alto que el que exhibía la población serbia, de tal suerte que en el horizonte se barruntaba un Estado que, de no prescindir de Kosova, contaría con una mayoría de albaneses. Así las cosas, y siempre según la interpretación que glosamos, Milosevic habría preferido preservar el

núcleo fundamental en el que tejió un feudo de capitalismo mafioso antes que guerrear hasta el fin por un territorio que nada le decía.

Al margen de lo anterior, la prolongación de los bombardeos de la OTAN acabó por crear graves problemas a las autoridades serbias y yugoslavas. El primero fue, naturalmente, la destrucción de muchas infraestructuras, que tuvo un evidente impacto en términos de desaliento popular, atestiguado, a partir de mediados de mayo, a través de numerosas protestas. Al tiempo, y pese a la eficacia, no precisamente notable, de las acciones de la Alianza Atlántica, es lícito concluir que el descontento alcanzó a segmentos importantes de unas fuerzas armadas cuya cadena de mando experimentó un sensible deterioro en un escenario en el que la capacidad de respuesta a la agresión era muy reducida. A ello conviene agregar la incertidumbre generada por los presuntos planes encaminados a forjar, del lado de la OTAN, una acción terrestre. Una tercera fuente de tensiones se reveló a través de cierto distanciamiento entre el Partido Socialista de Milosevic y la Izquierda Unida Yugoslava de su esposa, Mira Markovic, de un lado, y el Partido Radical de Vojislav Seselj, cada vez más alejado de muchas de las posiciones oficiales, del otro. Si lo anterior generó desencuentros en el marco del gobierno serbio, éstos no faltaron tampoco en el gobierno federal yugoslavo, en el que se registró la dimisión de Vuk Draskovic. Mayor relieve alcanzó, bien es verdad, la progresiva confrontación entre Serbia y Montenegro, inevitable toda vez que las autoridades de esta segunda república optaron por mantenerla, hasta donde ello era posible, fuera del conflicto bélico y apretaron el acelerador en el camino de la independencia.

Las relaciones externas del régimen de Milosevic tampoco corrían mejor suerte. Marginado internacionalmente, sus únicos progresos, un tanto fantasmagóricos, pasaron por la gestación, sin mayores efectos, de una unión paneslava junto con Rusia y Bielorrusia. Pese a que en su momento pareció, por otra parte, que la OTAN perdía consistencia en la medida en que algunos de sus miembros empezaban a mostrar disensiones con respecto a los bombardeos, lo cierto es que esa tensión no fue a más. La política rusa, en fin, adquirió tonos cada vez más severos con Belgrado, de

tal suerte que los apoyos externos se antojaban extremadamente livianos. La suma de los elementos que acabamos de reseñar —destrucción de infraestructuras, disensiones en las cúpulas política y militar, aislamiento exterior— configura una explicación razonablemente cabal de por qué a la postre, y en junio de 1999, las autoridades serbias y yugoslavas se vieron obligadas a dar su brazo a torcer.

A la capitulación a la que acabamos de referirnos le precedieron, con todo, numerosas iniciativas de paz. La primera llegó de la mano de un alto el fuego unilateral asumido por el ejército yugoslavo a principios de abril. La OTAN respondió con cinco exigencias: cese de los combates, retirada de los contingentes militares presentes en Kosova, entrada de una fuerza internacional, regreso incondicional de los refugiados y firma del acuerdo de Rambouillet. A mediados del mismo mes cobró cuerpo el llamado “plan Fischer”, que preconizaba la creación, bajo mandato de la ONU, de una fuerza internacional en la cual estaba llamada a participar Rusia. El 18 de mayo vio la luz una propuesta italogermana semejante a la anterior. Mientras, se sucedían los viajes de emisarios rusos: si el a la sazón primer ministro Primakov estuvo en Belgrado el 30 de marzo, Chernomirdin, recién designado representante extraordinario de Yeltsin, visitó a Milosevic el 22 de abril y al poco anunció un acuerdo para el despliegue de tropas de la ONU, con activa presencia rusa, en Kosova. Las visitas de Chernomirdin se repitieron el 30 de abril y el 19 y el 28 de mayo.

A la postre lo que prosperó fue una propuesta que, realizada por el “grupo de los ocho” a principios de mayo y defendida ante Milosevic por Chernomirdin y por el enviado de la UE, Martti Ahtisaari, implicaba la retirada de Kosova de los contingentes militares yugoslavos, el regreso de los refugiados y el despliegue en el país de una fuerza internacional encabezada por la ONU y con presencia sustancial —restringida, bien es cierto, al territorio kosovar— de contingentes militares de los Estados miembros de la OTAN. La propuesta fue aceptada los días 1 y 3 de junio por el gobierno y por el parlamento serbio, y sirvió de base al acuerdo suscrito en Kumanovo (Macedonia) unos días después. Permitió el

final de los bombardeos de la OTAN y la aprobación de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, la 1.244, que sentaba las bases de un protectorado internacional en Kosova. Conviene subrayar que el acuerdo finalmente alcanzado, pese a situarse en la línea de la propuesta discutida en Rambouillet, implicaba algunos cambios con respecto a ésta: en modo alguno se refería a la posibilidad de que los contingentes militares internacionales se moviesen a sus anchas por todo el territorio de Serbia y Montenegro, permitía el despliegue, bien es verdad que más simbólico que real, de contingentes rusos, rehuía una mención expresa al papel prominente que se le seguía asignando, de cualquier modo, a la OTAN y ratificaba la condición de Kosova como territorio serbio. Como contrapartida, ampliaba a 50.000 el número de efectivos internacionales y exigía una retirada plena, y en un plazo de tiempo mucho más breve que el previsto en Rambouillet, de las fuerzas yugoslavas. En los hechos quedaba instaurado un protectorado internacional, bajo clara supervisión de la OTAN, en Kosova.

Repasando el papel de la comunidad internacional

Parece que éste es un momento adecuado para hacer un inciso y repasar el papel asumido hasta 1999 por los países más poderosos del planeta en relación con el conflicto de Kosova. Al respecto conviene recordar, por lo pronto, que durante un decenio la UE —tomemos su conducta como indicador de tendencias generales— mostró en Kosova las mismas miserias que había exhibido en relación con Bosnia-Hercegovina. No hizo valer política preventiva alguna, prefirió ignorar los términos de la represión urdida desde Serbia y la condición, ejemplar, del movimiento resistente, desplegó medidas —entre ellas, sucesivas prórrogas en la aplicación de las amenazas y un embargo económico que Serbia supo sortear a través de una curiosa internacionalización de su economía desarrollada en virtud, ante todo, del traslado de muchas empresas a la parte griega de la isla de Chipre— de efectos las más de las veces irrisorios, ignoró a una oposición pacifista que, en Serbia, se

vio obligada a asumir muchas veces un comportamiento heroico, avaló una propuesta de resolución del conflicto que no reclamaba otra cosa que la restauración de la autonomía abolida en 1989 y mostró, en fin, la misma división de opiniones que se había revelado en Bosnia-Hercegovina. Todos estos datos inducen a concluir que la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), que en 1991 se adujo no estaba plenamente desarrollada, seguía en pañales en 1999, mientras Milosevic imponía, sin obstáculos, su condición de maestro del regate corto.

Claro que la anterior acaso es una descripción generosa de las miserias de la UE. Si se trata de ir más lejos, los argumentos aparecen enseguida cuando se escarba en las diferencias que se revelaron, pese a todo, en el tratamiento postrero que la Unión dio a la crisis bosnia y en el que intentó aplicar al contencioso kosovar. Porque en este último caso dio por descontado que el problema de Kosova era un asunto interno de Serbia y asumió de buen grado una actitud de aquiescencia hacia un régimen, el de Milosevic, que, convertido en garante de una paz precaria en Bosnia-Hercegovina, se había granjeado en Dayton una formidable legitimación internacional. En este escenario cabían a la perfección, claro, las insinuaciones relativas a la presunta condición terrorista del ELK, las llamadas de atención sobre el peligro de reflotamiento de una “gran Albania” y los abruptos rechazos de cualquier procedimiento que garantizase la autodeterminación para Kosova. El desdén hacia este principio fue claramente expresado por la secretaria de Estado norteamericana, Madeleine Albright, con ocasión de una visita de Rugova a Washington en agosto de 1997. En febrero de 1998 el enviado especial de los Estados Unidos en la región volvió a subrayar que su país no concebía en modo alguno la posibilidad de un Kosova situado fuera de Yugoslavia.

Conviene que prestemos una atención singular, de cualquier modo, a uno de los elementos de los que hemos hecho mención: la enorme división de opiniones existente dentro de la UE y, más allá de ella, en el conjunto de los países capitalistas desarrollados abocó en una progresiva marginación de agentes de indisputable relieve. La lista correspondiente la encabezan, cómo no, Naciones Unidas

—no deja de ser curioso que el demócrata presidente norteamericano Bill Clinton mostrase en 1999 un dramático desprecio por el sistema de Naciones Unidas mientras el republicano George Bush procurase, con ocasión de la guerra del Golfo de 1991, el paraguas legitimador de aquél— y la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa que, visiblemente postergada en aras de que no se repitiesen los aparentes problemas generados por un sistema de doble decisión como el que se aplicó en tiempos en Bosnia-Hercegovina, reflejaba el teórico vigor de un enfoque multilateral de los problemas de seguridad. Pero es que con el paso del tiempo la marginación alcanzó, una vez más, a la propia UE que, indecisa con respecto a muchas cuestiones, acabó por plegarse a las imposiciones estadounidenses. El ámbito fundamental en el que éstas se hicieron valer —con la única pero a menudo liviana oposición de Rusia, que en repetidas ocasiones ofreció una adecuada coartada para no trasladar a los hechos la retórica imperante— fue el llamado "grupo de contacto" que, además de a los Estados Unidos y a la propia Rusia, incorporaba a Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido. Por si poco fuera, el agente ejecutor de las decisiones avaladas por la mayoría de los miembros del "grupo de contacto" no fue otro que la OTAN.

Así las cosas, lo que primero, y durante mucho tiempo, se antojó una abstrusa combinación de estructuras e intereses en la que la ineficacia y las contradicciones despuntaron por doquier se resolvió en beneficio de un mecanismo que colocaba en uno de los agentes implicados, los Estados Unidos, y en una de las instancias a su servicio, la OTAN, una notabilísima capacidad de decisión. La condición de potencia planetaria de los primeros estaba llamada a ejercer sus efectos en un escenario en el que la tentación de exhibir un poder incontestado, y de recordar a los demás sus respectivas y significativas limitaciones, era difícilmente controlable. Y es que la toma de decisiones en lo relativo a los bombardeos de la OTAN se verificó en exclusiva en los Estados Unidos, que además corrieron a cargo de un 80% del total de las operaciones y de un 90% de las acciones de inteligencia y reconocimiento, todo ello sin compartir apenas información y tecnologías con los aliados. Con esos datos

en la mano, no hay motivos para dar crédito a las opiniones vertidas por el presidente francés, Chirac, quien al concluir los bombardeos, en junio de 1999, señaló que si en Belgrado todavía había algún puente en uso, ello se debía a sus gestiones.

Lo anterior debe completarse con una observación más: las iniciativas de carácter regional encaminadas a facilitar la resolución del conflicto de Kosova, o no existieron o, en el mejor de los casos, fueron muy débiles. Esta última aseveración puede aplicarse, por ejemplo, a la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los países balcánicos celebrada en Estambul en noviembre de 1992, a la cumbre de jefes de Estado y de gobierno reunida en Creta en noviembre de 1997 o a los esfuerzos unilaterales desplegados en varios momentos por Grecia. Tampoco ganó alas el proyecto encaminado a gestar una especie de “cascos azules” aportados por varios de los Estados de los Balcanes. A ello es bien posible que no fueran ajenas las actitudes eventualmente favorables a las posiciones de Belgrado que acabaron por mostrar buena parte de las elites dirigentes en la citada Grecia, en Macedonia y en Bulgaria.

Los objetivos de la Alianza Atlántica

A la luz de lo ocurrido en las semanas posteriores al inicio de los bombardeos de la OTAN no se antoja sencillo explicar cómo sigue habiendo gentes que estiman que la Alianza Atlántica desarrolló una valerosa ofensiva que la reconcilió con el derecho, la justicia y la libertad. Mucho más fácil es concluir, en cambio, que el sinfín de miserias que la OTAN arrastraba acabó por explotar al calor de un conflicto que por momentos parecía se le escapaba de las manos.

Para justificar la visión anterior, lo primero que se impone es preguntarse por qué intervino la OTAN. Sólo una falsa ilusión invitaba a concluir que lo hacía para defender los derechos conculcados a la mayoría albanesa de la población de Kosova. Las razones, con toda evidencia, eran otras. La primera estribaba en restaurar su imagen, muy deteriorada tras tantas amenazas no llevadas a la práctica y en un marco general en el que, por añadidura, la OTAN precisaba de encontrar una justificación ante

capas importantes de la opinión pública que seguían sin entender, con razones sobradas, por qué la Alianza Atlántica no había sido disuelta en 1990. Recuérdese que incluso Henry Kissinger, poco amigo de este tipo de intervenciones, acabó por respaldar los bombardeos de la OTAN al entender que si éstos no alcanzaban sus metas el descrédito de la Alianza Atlántica sería tal que pondría en peligro la propia arquitectura de seguridad articulada por las potencias occidentales. Un segundo objetivo consistía probablemente en prevenir una eventual extensión del conflicto de Kosova a la vecina Macedonia y, con ella, un riesgo de internacionalización de las tensiones que condujese a una colisión abierta entre dos Estados miembros de la propia OTAN: Grecia y Turquía. El tercer propósito de los bombardeos remitía al designio norteamericano de dejar bien sentado que los Estados Unidos regían, sin discusión y con plena libertad, los destinos del planeta. Agreguemos, en suma, un cuarto objetivo entre otros muchos: el de ofrecer un suculento escaparate a las empresas productoras de armamento. Piénsese, sin ir más lejos, que durante la primavera de 1999 se registraron mil millones de dólares en pedidos de misiles Tomahawk, y ello sin contar las compras presumiblemente realizadas por los propios miembros de la OTAN. En paralelo, se anunciaba interesante el negocio de la reconstrucción de Kosova, en el que, por lo que parece, las empresas estadounidenses estaban llamadas a llevarse la parte del león. Detrás de los objetivos que acabamos de sugerir no era sencillo apreciar compromiso alguno con la restauración de derechos humanos y sí la manifestación de la textura de siempre de una organización, la OTAN, a la que no se conocía antecedente alguno de compromiso con la defensa de los derechos humanos.

Conviene subrayar, eso sí, que no es preciso dar crédito a determinadas visiones de los hechos que dieron en identificar entre los objetivos de la OTAN algunos mucho más ambiciosos que transcendían la resolución del contencioso de Kosova y de los propios conflictos presentes en los Balcanes occidentales. Aunque esas visiones hagan referencia a procesos de innegable materialidad, relevantes en las relaciones internacionales

contemporáneas, no se han identificado de manera convincente los vínculos concretos de aquéllos con la intervención militar en Kosova. Además, en algunos casos se barrunta, merced a estas visiones, el designio subterráneo de liberar de responsabilidad, en la desintegración de Yugoslavia, a muchos agentes locales, y singularmente al grupo humano dirigente en Serbia.

Una de esas visiones sostiene que la Alianza Atlántica habría intervenido en Serbia y Montenegro con la vista puesta en garantizar para sí un pleno control del espacio balcánico. No parece, sin embargo, que ese control fuese tan vital para la OTAN, que en 1997 había rechazado las candidaturas de dos Estados balcánicos —Eslovenia y Rumania— y que en 1999 estaba en condiciones de agregar a la lista de sus miembros, de así desearlo, a Albania, Bulgaria, Croacia o Macedonia. Ello al margen, no se ha explicado de forma satisfactoria, tampoco, qué ganaría la OTAN tras hacerse con el control de un pequeño territorio como Kosova. También se ha señalado que la Alianza Atlántica —ahora en su condición, evidente, de apéndice militar de algunos de los principales núcleos del capitalismo— se habría propuesto acabar con una economía, la de Serbia, que habría conseguido escapar a la lógica del propio capitalismo y de la globalización. El problema es que semejante sugerencia prescinde de la condición real de la economía serbia en la era de Milosevic: la de un capitalismo mafioso que colocó en manos foráneas, a menudo occidentales, parte de las riquezas del país. No parece aventurado afirmar que el control externo de la economía serbia podía haberse realizado con el concurso de procedimientos mucho más rápidos y eficaces. Otra visión sugiere que la intervención contra Serbia y Montenegro habría respondido al designio de marginar aún más a Rusia, con el objetivo preferente de hacerse con las materias primas energéticas existentes en torno al Caspio. También aquí es obligado sostener que las potencias occidentales cuentan con mecanismos mucho más sencillos y menos arriesgados para dar satisfacción a ese objetivo. Las acciones militares que nos ocupan pusieron en peligro, antes bien, una relación con Rusia claramente ventajosa para esas mismas potencias. Esto aparte, y una vez más, conviene preguntarse qué

ganancias deparaba, en lo que atañe al control de las rutas de transporte del petróleo y del gas natural, una presencia militar como la mantenida en Bosnia-Hercegovina o en Kosova, tanto más cuanto que las potencias capitalistas contaban en la región con aliados tan irrelevantes como Bulgaria, Grecia, Rumania y Turquía.

Se ha apuntado, en suma, que en el establecimiento del momento de la intervención en Serbia y Montenegro habría ejercido enorme influencia el propósito norteamericano de boicotear el proceso de gestación del euro y, a través de él, la consolidación de una potencia competidora en Europa. El mayor signo del éxito de esta estrategia habría sido, se nos dice, el franco retroceso experimentado por el euro en beneficio del dólar. Aunque la tensión invocada existe, naturalmente, lo suyo es preguntarse si explica de manera suficiente la operación militar. El tiempo ha venido a demostrar que los problemas del euro tenían un carácter más estructural y menos coyuntural, algo que por fuerza obligaba a alejarlos de cualquier consideración sobre el reñidero kosovar y sus presuntos rendimientos. Hay que señalar, además, que la tesis que nos ocupa trata con inquietante cariño el proceso de gestación de una moneda única en la Europa capitalista desarrollada.

Todas las explicaciones recogidas otorgan, por lo que parece, una desmesurada importancia geoestratégica a los Balcanes, que no son ahora, sin embargo, lo que eran en 1914, cuando buena parte de los flujos de comunicación con el Oriente Próximo atravesaban la región. La política de la URSS en relación con los Balcanes después de 1945, sorprendentemente tolerante, remite a la misma conclusión, con un mar, el Mediterráneo, que, casi cerrado, había ido perdiendo relieve. Por añadidura, si la mayoría de los argumentos glosados concluye que la Alianza Atlántica tenía una perentoria necesidad de asentarse en Kosova, se antoja difícil explicar por qué se tomó tanto tiempo —casi un decenio, contado desde el momento de abolición de la condición autónoma de la provincia— para llevar adelante una intervención militar en toda la regla.

El oscuro perfil de la intervención

Pero la cuestión de los objetivos no era sino una entre las muchas conflictivas derivadas de la intervención de la OTAN. Otra más la aportaba, cómo no, la genérica discusión sobre los recursos empleados, que tenía aristas tan dispares como el número de víctimas civiles provocadas y el uso de medios —entre ellos el uranio empobrecido— no precisamente edificantes, a menudo generadores de problemas ecológicos de largo aliento, todo ello con el trasfondo de los sufrimientos que, durante los meses de los ataques, padeció el grueso de la población albanesa de Kosova.

Los sufrimientos que acabamos de invocar contrastaban poderosamente con la condición de lo que Michael Ignatieff ha llamado una “guerra virtual”. Del lado de la OTAN, como ya lo recordamos en su momento, no se registró una sola baja en combate, mientras no sucedía lo mismo, con toda evidencia, en el caso de la población local. Esa guerra egoístamente limpia, que no abocó, por cierto, en el despliegue de tropas de tierra, colocó en lugar central, una vez más, la moralidad de una intervención que evaluaba con diferente rasero unas y otras vidas humanas. Para ocultar semejantes miserias, la OTAN no dudó en poner en funcionamiento un gigantesco y eficaz aparato mediático en el que se hicieron valer todas las adulteraciones. Bastará con recordar al respecto la visible manipulación operada en cuanto al número de muertos provocado por las acciones del ejército y la policía yugoslavos, o los argumentos empleados para justificar los llamados “efectos colaterales” de los bombardeos propios.

Aun cuando aparcásemos las consideraciones morales —y dejásemos de lado eventuales preocupaciones, a las que más adelante nos referiremos, por el vigor del derecho internacional—, hay que preguntarse por la eficacia de las acciones de la OTAN. El tiempo dirá si sirvieron o no para restaurar el vigor de derechos y para cimentar una sociedad más justa y más libre; al respecto los pronósticos, y los antecedentes, no invitan, de cualquier modo, al optimismo. Pero al margen de esa consideración obligado es mencionar la condición de gigantesca chapuza que exhibieron muchas de las dimensiones de los ataques de la OTAN. Por lo que parece su secretario general era una de las pocas personas

informadas que ignoraban que la previsible respuesta de un régimen como el serbio ante los bombardeos de la OTAN era el despliegue de una nueva oleada de “limpieza étnica”. El hecho de que el máximo dirigente albanokosovar, Ibrahim Rugova, estuviese desaparecido durante bastantes días remite, por otra parte, a un grado increíble de improvisación. ¿Qué no decir de esas borrosas fotos de presuntas fosas comunes difundidas en mayo de 1999 por la OTAN y que desmentían la probidad técnica de unos satélites que, según la propaganda al uso, eran capaces de fotografiar la matrícula de un coche en una calle de Moscú? ¿Para qué hablar, en fin, de los recién citados “efectos colaterales” saldados con la muerte, “por error”, de centenares de civiles? El efecto final de una increíble acumulación de despropósitos fue una dramática improvisación que se tradujo en una operación en la que la OTAN, incapaz de acopiar otros procedimientos para hacer frente a la crisis, mantuvo pisado el acelerador para, con un grado extremo de violencia, doblegar por medio del caos y de la destrucción la voluntad de la parte rival.

Otra dimensión importante de la intervención de la OTAN la aportó el hecho, tantas veces recordado, de que se realizó en abierto desprecio por el sistema de Naciones Unidas (en la mayoría de los casos, y por añadidura, la presencia de los diferentes contingentes militares de los aliados se produjo sin la aprobación previa de los parlamentos respectivos). Semejante opción planteaba tesituras muy delicadas: si, por un lado, colocaba en manos de un reducido número de Estados, que mostraban intereses muy singulares, un ilimitado derecho de injerencia, por el otro sentaba un pésimo precedente, en la medida en que otros Estados, u organizaciones de tales, podían sentir la tentación de seguir el mismo camino. La fórmula adquirió, por lo demás, una inquietante plasmación institucional al calor de la cumbre celebrada por la OTAN en Washington, en abril de 1999, en conmemoración del cincuenta aniversario de su creación. Con ocasión de ese cónclave, la Alianza Atlántica decidió que en adelante sus eventuales intervenciones no tendrían que vincularse necesariamente con una resolución específica del Consejo de Seguridad de Naciones

Unidas: bastaría con que invocasen su presunta relación con un documento tan vaporoso y sometido a interpretaciones como es la *Carta de Naciones Unidas*. De resultas se veía acosado el espíritu de la principal organización internacional, y con él los escasos progresos trabajosamente realizados, durante decenios, en materia de aceptación generalizada de reglas del juego en el comportamiento de los Estados. Es verdad, eso sí, que en el momento de su adopción la decisión que acabamos de glosar suscitó interpretaciones dispares. Para unos su objetivo era, ante todo, escenificar el acuerdo entre los miembros de la OTAN en una situación delicada como a la postre era la que entonces se vivía en torno al conflicto de Kosova. Para otros, en cambio, la Alianza estaba allanando el camino a una universalización de las operaciones de intervención militar.

Un último aspecto merece, de cualquier modo, sonora mención. Aun cuando aceptásemos que el motivo fundamental que guió la intervención de la OTAN en Serbia y Montenegro era la restauración del vigor de derechos humanos conculcados, resulta obligado preguntarse por qué la Alianza Atlántica no ha corrido presurosa a poner fin al genocidio kurdo en Turquía —curioso socio éste de una OTAN que dice representar los sentimientos del mundo civilizado—, por qué no ha exigido por la vía de las armas que Israel y Marruecos den satisfacción a las muchas resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que ignoran de forma sistemática o por qué, unos meses después de la crisis kosovar de 1999, no ha tomado cartas en el asunto de pararle los pies a Rusia en Chechenia. Las dramáticas consecuencias de la aplicación de un doble rasero —castigamos a nuestros enemigos, consentimos a nuestros amigos— configuran un elemento deslegitimador más de un orden internacional claramente marcado por los intereses, y no por los principios que retóricamente se enuncian. Ese doble rasero quedaba bien ilustrado por una curiosa oferta norteamericana que vio la luz al calor de los bombardeos: la de entregar 800.000 dólares a quien proporcionase informaciones que permitiesen detener al presidente yugoslavo, Milosevic, y a cuatro de sus colaboradores más directos con la vista puesta en colocarlos a disposición del

Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia. El ofrecimiento lo realizaba el mismo país que, con increíble cinismo, bloqueaba la gestación efectiva de una legislación penal internacional como la que, con grandes esfuerzos, se estaba intentando perfilar desde la conferencia celebrada en Roma en 1998.

La nueva OTAN y el intervencionismo humanitario

La intervención de la OTAN en Serbia y Montenegro fue un hito más en un formidable ejercicio de propaganda orientado a subrayar cómo la Alianza Atlántica había asumido cambios notables que habían hecho de ella una instancia profundamente distinta de la que libró la guerra fría. No parece, sin embargo, que los hechos inviten a dar crédito a semejante descripción de un bloque militar en el que se seguían apreciando, antes bien, muchas de las rémoras del pasado.

Los cambios doctrinales acometidos por la OTAN eran, por lo pronto, mucho menores de lo que la Alianza alardeaba. Por citar un ejemplo, la renuncia, diez años atrás, a la doctrina de la defensa avanzada y la decisión, paralela, de prescindir de las armas nucleares tácticas —las de más corto alcance— se verificaron antes de la disolución del Pacto de Varsovia y de resultas, no de una nueva perspectiva doctrinal, y sí de la inutilidad de la una y las otras. Entre tanto, la consolidación del novedoso concepto de “acciones fuera de área”, que permitió que la OTAN actuase lejos del ámbito geográfico para el que fue creada, era lamentablemente tributaria del propósito de buscar nuevas amenazas y a duras penas podía separarse de la pujanza, por ejemplo, de una “Europa fortaleza”. Para que nada faltase, en fin, la apuesta de la OTAN por el desarme resultaba, pese a las apariencias, nula en un escenario en el que aquél había acabado por convertirse en un mito interesado detrás del cual se escondía un prosaico y nada ambicioso proceso de “control de armamentos”.

Si se trata de encarar otras dimensiones conflictivas de la OTAN de estas horas, lo suyo es recordar que el hecho de que la Unión Europea Occidental (UEO) se presente, desde hace dos lustros,

como el brazo armado de la Unión Europea (UE) en modo alguno permite ocultar que al mismo tiempo es el “pilar europeo” de la OTAN. Aunque en virtud de la nueva fórmula las instancias que nos ocupan han podido ganar en flexibilidad y eficacia, es harto difícil barruntar tras esos cambios la irrupción de criterios y valores diferentes, tanto más cuanto que la hegemonía norteamericana no ha experimentado menoscabo alguno. La propia ampliación de la OTAN en la Europa central —a la que en 2001 se pretendía dar un nuevo impulso— parecía responder al designio de apuntalar la Alianza mientras se aprovechaba la debilidad de Rusia. No conviene otorgar mayor crédito, por otra parte, a la tesis de que la OTAN se limitaba a dar por buenas las demandas de adhesión formuladas por la República Checa, Hungría o Polonia: los dirigentes de estos Estados bien sabían que su incorporación a la OTAN era un requisito decisivo en el camino hacia lo que realmente les interesaba, que no era otra cosa que la UE.

Por detrás de las circunstancias mencionadas despunta la que se antojaba condición decisiva de la OTAN: su carácter de principal organización de seguridad de algunos de los países más ricos del planeta, claramente vinculada, por ello, con la preservación de niveles notables de gasto en defensa, poderosas industrias de armamento, activos negocios de compraventa de armas y visibles militarizaciones. Esa condición tuvo claro reflejo en el registro exhibido por la Alianza Atlántica con ocasión de los principales conflictos bélicos librados en el decenio de 1990. Dejando ahora de lado el que tuvo como epicentro a Kosova, conviene no olvidar que en el golfo Pérsico, en 1991, la OTAN se subordinó sin trabas, como siempre, a los designios norteamericanos. En Bosnia-Hercegovina, entre tanto, y pese a lo enunciado a través de una eficaz parafernalia informativa, la Alianza nada hizo por poner fin a un genocidio, sino que, antes bien, legitimó a la postre buena parte de los resultados de la guerra y, con ella, los de salvajes operaciones de “limpieza étnica” de territorios.

Claro que el más importante de los cambios de imagen de la OTAN es el que se ha abierto camino al amparo de su interesada identificación con lo que ha dado en llamarse “intervencionismo

humanitario". Sobran las razones para concluir que la mayoría de las dimensiones de este último operan al servicio de los intereses tradicionales de las grandes potencias. No se olvide, por ejemplo, que éstas asumen con mayor rapidez e intensidad fórmulas de intervencionismo de cariz presuntamente humanitario allí donde sus intereses están en juego, en tanto las rehuyen, por el contrario, cuando sus intereses —económicos, geoestratégicos, de imagen— son mucho más livianos. Abundan, por lo demás, los ejemplos de cómo las potencias han contribuido a menudo a gestar los problemas que después acuden presurosas a "resolver".

Ya hemos sugerido que las actitudes de las grandes potencias varían sensiblemente según quién es el presunto responsable de las violaciones de derechos humanos (o de otros problemas). Cuando se trata de Estados amigos, la tolerancia es la regla universal; cuando de por medio se hallan Estados enemigos, la respuesta es, en cambio, más rápida, agresiva y contundente. En un plano parecido, resulta significativo que se esquiven por completo eventuales actitudes interventoras cuando el responsable de las violaciones de derechos (o de otros problemas) es un Estado poderoso. No hay ejemplo alguno, por otra parte, de intervención humanitaria saldada con la restauración plena de los derechos antes conculcados y con garantías expresas de vigor paralelo del principio de autodeterminación. Para que nada falte, en fin, el desarrollo de fórmulas de intervencionismo humanitario no se ha visto acompañado de la gestación de nuevas instancias internacionales encargadas de su despliegue; muy al contrario, se ha optado por preservar interesadamente viejas instituciones que, como la OTAN, se encontraban bien necesitadas de nuevas tareas.

El ambiguo juego de Rusia

No es tarea fácil levantar un balance de la política de Rusia en lo que respecta al conflicto de 1999. Por lo pronto, resulta obligado recordar que la respuesta inicial de Moscú a la ofensiva de la OTAN fue inusualmente dura. Las quejas emitidas por los dirigentes rusos nada tenían que ver, en su tono, con las que habían visto la luz en el

pasado con ocasión, por ejemplo, de los numerosos bombardeos norteamericanos sobre Irak o de la propia acción de la OTAN en Bosnia-Hercegovina en 1995.

Claro que no sólo se trataba de palabras. A diferencia, de nuevo, de otras crisis, Rusia ponía en marcha medidas concretas y articulaba algunas amenazas para el futuro. Entre las primeras se contaron la convocatoria urgente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y la cancelación del viaje que el primer ministro, Yevgueni Primakov, tenía previsto realizar a los Estados Unidos. Entre las segundas despuntaba la posibilidad de redesplegar armas nucleares tácticas en Bielorrusia, decisión que se veía acompañada por otras que llegaban de países miembros de la Comunidad de Estados Independientes. Ahí estaba, por ejemplo, Ucrania, cuyo parlamento anunciaba el designio de recuperar la condición de Estado poseedor de armas atómicas.

Pasadas las primeras horas, sin embargo, la reacción rusa rebajó sus decibelios y las posiciones oficiales del Kremlin parecieron asumir un doble juego: si por un lado las protestas perdían intensidad —o en su caso adoptaban un tono ritual y repetitivo—, por el otro Rusia procuraba recurrir a algunas contraprestaciones simbólicas en el marco de una estrategia sabiamente diseñada para nadar y guardar la ropa. Parece obvio, en particular, que los elementos encaminados a preservar una relación fluida con Occidente fueron muy poderosos en la política rusa desde que la crisis estalló. Así lo testimoniaban el anuncio de que Moscú no se deslizaría hacia la guerra, el provisional compromiso de no romper el embargo de armas que pesaba sobre Yugoslavia —y ello pese a que Rusia ya no se consideraba obligada por los acuerdos en su momento adoptados al respecto—, la firma de acuerdos comerciales en los Estados Unidos y, en suma, el desarrollo de una cordialísima visita del máximo responsable del Fondo Monetario Internacional, Michel Camdessus, a la capital rusa. Por cierto que este último dato emplazaba ante la reaparición fulgurante de uno de los códigos de comportamiento omnipresentes en la política de Moscú: un mezquino pragmatismo probablemente traducido en la decisión de rebajar el cariz de la oposición a los ataques de la OTAN

a cambio de la concesión de nuevos créditos del Fondo. Por detrás no podía sino apreciarse, claro, un visible entrampamiento de Rusia en las redes de intereses occidentales y, a su amparo, una escasa capacidad de maniobra.

La contrapartida de todo lo anterior fue el despliegue de unos cuantos gestos de aparente independencia. Uno de ellos lo proporcionó el anuncio de retirada, siquiera provisional, de las instancias en las que Rusia estaba presente en el marco de la OTAN. Otro, bien significativo, lo aportó el hecho, aparentemente injustificable, de que en la delegación oficial que se trasladó a Belgrado una semana después del inicio de los bombardeos estuviesen presentes, junto al primer ministro y al titular de Asuntos Exteriores, el ministro de Defensa y los máximos responsables de los servicios de inteligencia; el mensaje, subliminal, parecía apuntar a los restos del también invisible avión norteamericano derribado por el ejército yugoslavo. La decisión de trasladar a la zona de conflicto algunos de los buques de la flota del mar Negro, de cariz presumiblemente simbólico, la paralela de alentar una fantasmagórica unión entre Rusia, Bielorrusia y Yugoslavia, y el designio, en fin, de aunar posiciones con China tras el bombardeo de la embajada de ésta en Belgrado debían emplazarse, también, en esta lista de contrapartidas.

Por detrás de todo ello, y como colofón, había que identificar un último y poderoso elemento en la política rusa: el deseo de no perder la oportunidad de demostrar que el país seguía siendo una gran potencia cuya voz —en la jerga gromikiana de antaño— era obligado escuchar. La visita de Primakov a Belgrado, claramente promocionada desde Moscú, y la designación de Chernomirdin como eventual mediador entre las partes se insertaban con claridad en ese juego, y ello pese a que a buen seguro incorporaban también un elemento que solía escapar a la consideración tanto de la retórica oficial rusa como de los analistas occidentales: era muy improbable que Primakov se limitase a darle palmaditas en el hombro a un supuesto aliado, Milosevic, del que Rusia tenía un sinfín de motivos para recelar. Y es que era bien poco lo que Moscú

ganaba, y mucho lo que perdía, merced al comportamiento del presidente yugoslavo.

Si hay que llamar la atención sobre dos de los polos entre los que se movió la política rusa, bien pudieron ser, por un lado, un prosaico esfuerzo encaminado a repartir carnaza para consumo interno y, por el otro, la defensa de argumentos extremadamente respetables, como el que daba cuenta del dramático desprecio que la OTAN mostraba por Naciones Unidas. El crédito de estos argumentos habría sido mucho mayor, claro, si los dirigentes rusos se hubiesen avenido a reconocer la ignominia del grueso de las políticas de Milosevic y no hubiesen sucumbido una y otra vez a una enloquecida combinación de añejos lazos de sangre y oscuros intereses económicos. Porque, y no se olvide, Rusia pujaba con claridad por reservar para sí el único mercado medianamente virgen que restaba en los Balcanes occidentales —el de Serbia, de resultas del embargo internacional que pesaba sobre el país— y al respecto no había dudado en alentar una formidable fusión de intereses entre circuitos mafiosos.

8. Kosova después de la guerra: el protectorado internacional

Desde mediados de 1999 Kosova ha sido escenario de despliegue de un protectorado internacional cuyo punto de partida legal lo aportó la resolución 1.244 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, aprobada el 10 de junio del año mencionado. La resolución en cuestión partía de un rechazo de todas las formas de violencia y de un doble reconocimiento: el del derecho de todos los refugiados a regresar a sus hogares y el de la jurisdicción, en Kosova, del Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia. Reclamaba, a continuación, el final de las acciones armadas yugoslavas y la retirada de los contingentes militares, paramilitares y policiales correspondientes, aun cuando señalaba que algunas unidades, de dimensiones reducidas, podrían permanecer en Kosova o, en su caso, retornar a él. Enunciaba, en fin, un compromiso con la soberanía y la integridad territorial de Yugoslavia, acompañado de otro con la autonomía y el autogobierno de Kosova.

En un terreno más práctico, la resolución autorizaba el despliegue en Kosova, bajo los auspicios de Naciones Unidas, de sendas presencias internacionales civil y militar, así como la designación de un representante especial. La presencia militar, con

participación sustancial de la OTAN, debía encargarse, entre otras tareas, de evitar la reanudación de las hostilidades, garantizar un efectivo alto el fuego y el cumplimiento de los acuerdos militares, llevar adelante el desarme del Ejército de Liberación de Kosova y establecer un entorno seguro que permitiese el regreso de los refugiados.

Por lo que a los cometidos de la presencia civil se refiere, debían desarrollarse en virtud de la creación de una administración provisional, conocida con las siglas UNMIK (*United Nations Interim Administration Mission in Kosovo*). A esta instancia correspondía perfilar lo que en la jerga se dio en llamar los "cuatro pilares": el desarrollo de una administración civil bajo la férula de Naciones Unidas; la distribución de la ayuda humanitaria, con el concurso del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR); la democratización y la consolidación de nuevas instituciones, en un proceso guiado por la OSCE, y la reconstrucción económica, encomendada a la UE. Al margen de lo anterior, la administración provisional de Kosova debía garantizar el respeto de la ley, el orden y los derechos humanos, y se esperaba que operase como estímulo para la obtención de recursos destinados a resolver los problemas del país. La presencia civil y militar internacional se establecía, en fin, por un período de doce meses prorrogables.

Conviene subrayar que el entramado del que acabamos de dar cuenta mostraba como poco dos diferencias con respecto al que adquirió carta de naturaleza en Bosnia-Hercegovina a finales de 1995 al amparo del acuerdo de Dayton. Por lo pronto, el protectorado en Kosova se instauraba, el menos en sus desarrollos iniciales, sin poder efectivo alguno asignado a las fuerzas políticas autóctonas; en Bosnia-Hercegovina, en cambio, existieron desde el principio una presidencia colectiva y otras instancias en las cuales quedaba reflejada —supongámoslo así— la opinión de la población. En segundo lugar, no debe olvidarse que Bosnia-Hercegovina quedó configurada como un Estado federal en el que cobraron cuerpo dos entidades federadas con los territorios correspondientes. Nada asimilable se abrió paso, en cambio, en Kosova.

Las políticas del protectorado

Si se trata de examinar cuáles han sido los datos fundamentales que han caracterizado la vida institucional del protectorado en Kosova, la primera observación tiene que serlo sobre la presencia militar foránea. Ésta se concretó en el despliegue de una fuerza, la KFOR (*Kosovo Force*), compuesta por cerca de 43.000 soldados, de ellos 37.200 en Kosova y 5.500 en Albania y Macedonia. El 30 de agosto de 2000 UNMIK anunció, con todo, el despliegue de 2.000 soldados más. De los 37.200 inicialmente presentes en Kosova, 30.000 pertenecían a países miembros de la OTAN. El desglose por Estados de procedencia era el que sigue: 5.400 norteamericanos, 4.200 italianos, 3.900 alemanes, 3.900 franceses, 3.150 rusos, 3.000 británicos, 1.400 holandeses, 1.300 de los Emiratos Árabes, 1.100 griegos, 1.100 canadienses, 1.000 noruegos y 900 españoles. El territorio kosovar quedaba dividido en cinco zonas, asignadas a Alemania, EE.UU., Francia, Italia y el Reino Unido. El despliegue del contingente militar ruso se produjo, por lo demás, luego de muchas polémicas, sin que a ese contingente se le asignase una zona propia (los soldados rusos quedaron repartidos en las zonas emplazadas bajo mando alemán, francés y norteamericano).

No debe olvidarse, de cualquier modo, que la presencia de los contingentes militares internacionales se vio acompañada de la construcción, por los EE.UU., de una importante base militar, la de Bondsteel, que, en el sur de Kosova, debía albergar a la mayoría de los soldados norteamericanos. El hecho de que la base fuese construida en la perspectiva de mantener sobre el terreno sus instalaciones durante al menos un lustro obligaba a concluir, por otra parte, que la presencia en Kosova de los contingentes foráneos no iba a configurar un fenómeno pasajero.

Al margen del ya reseñado y conflictivo despliegue de las fuerzas rusas, no faltaron los problemas entre algunas de las unidades que nos ocupan y la población albanokosovar. Esos problemas se revelaron en circunstancias varias, como es el caso de la violación y muerte de una niña albanesa a manos de un soldado estadounidense, de procedimientos de detención —por soldados

internacionales— de miembros del ELK o de tareas de represión del llamado “Ejército de Liberación de Preshevë, Medvegje y Bujanovc”. Para hacer el panorama aún más complejo, conviene que subrayemos de nuevo que la resolución 1.244 permitía que en Kosova se instalase un pequeño contingente de varios centenares de soldados yugoslavos, y que en Belgrado eran muchos los partidarios de presionar para que tal despliegue se hiciese efectivo, circunstancia esta última que a buen seguro habría generado nuevos quebraderos de cabeza para las autoridades internacionales. Un primer, y bien que liviano, paso en el camino de la reaparición de contingentes militares yugoslavos se dio, de cualquier modo, en mayo de 2001 cuando la policía y el ejército correspondientes regresaron a la zona de seguridad que, cerca de Preshevë y Bujanovc, se hallaba en la linde entre Serbia y el protectorado internacional.

Al poco de iniciarse el protectorado se desplegó en Kosova, por otra parte, una policía internacional dotada de muchos menos recursos de los inicialmente previstos; mientras, se gestaba con gran lentitud una policía local. Los problemas eran semejantes en lo que se refiere al sistema judicial. Bastará con recordar al respecto que el 3 de marzo de 2000 el secretario general de Naciones Unidas, ante la crítica situación, solicitó de los Estados miembros de la organización que proporcionasen urgentemente policías, jueces, fiscales y expertos penales para permitir que UNMIK pudiese acometer sus tareas en el terreno que nos ocupa. Esta urgencia de dotar a Kosova de un sistema judicial y de unas fuerzas policiales se ha vinculado a menudo con los niveles, muy notables, de delincuencia. En el verano de 1999, y según la OTAN, se identificaban nada menos que 30 asesinatos por semana. Según otro cómputo, entre junio de 1999 y marzo de 2000 se registraron cerca de mil asesinatos. A los ojos de muchos analistas, el relativo descenso del número de incidentes que se verificó con el paso del tiempo se produjo en virtud de la emigración de buena parte de los integrantes de las minorías étnicas presentes en Kosova. Al margen del problema, general, de la delincuencia, no faltaban situaciones conflictivas como la derivada de la huida, a principios de septiembre

de 2000, de trece ciudadanos serbios que, acusados de crímenes de guerra, estaban detenidos en una cárcel en Mitrovicë (antes, en febrero de 2000, cuatro encausados habían conseguido escapar de otro recinto carcelario). La presencia de esas gentes en una cárcel kosovar era el producto de un acuerdo que, suscrito entre el Tribunal de La Haya y las autoridades del protectorado, debía permitir que criminales de guerra "de segundo nivel" fueran juzgados por tribunales locales. Por lo que parece, en los hechos estos últimos no habían sido creados o, en su caso, no estaban funcionando conforme a las previsiones.

Otra cuestión importante fue la desmilitarización del ELK, que se inició en virtud de un acuerdo que establecía al efecto un plazo de tres meses a partir de junio de 1999. A cambio, el ELK consiguió que sus militantes se beneficiasen de posibilidades especiales de acceso a la policía multiétnica que debía crearse y acabó por proporcionar el armazón del llamado Cuerpo de Protección de Kosova. En este último, una fuerza de carácter civil dedicada a intervenir en caso de incendios o catástrofes, formada por 3.000 efectivos y 2.000 reservistas, los miembros del ELK podrían disponer de no más de doscientas armas. No se abrió camino, sin embargo, el proyecto, acariciado por el propio ELK, de convertir sus unidades en el núcleo de unas futuras fuerzas armadas kosovares. El proceso siguió su curso, no sin alteraciones, como la vinculada con el anuncio norteamericano, realizado en marzo de 2000, de que la guerrilla albanokosovar se estaba rearmando. Pese a que, de resultas del acuerdo de desmilitarización, el ELK entregó unas 9.000 armas ligeras, más de 800 ametralladoras, 300 armas anticarro y 178 morteros, el designio, claramente inserto en los movimientos de los contingentes militares internacionales, de eludir situaciones de franco conflicto se tradujo a la postre en lo que la mayoría de los especialistas entienden fue un desarme parcial del ELK.

El primer año del protectorado internacional en Kosova se vio marcado por la colisión entre el llamado Consejo de Transición y el gobierno paralelo desarrollado por las fuerzas políticas albanokosovares y adobado de perfiles diferentes según los intereses de cada una de estas últimas. En el Consejo de

Transición, un órgano consultivo encabezado por el representante especial para Kosova —en julio de 1999 fue designado para este menester Bernard Kouchner, quien en 2001 fue reemplazado por Hans Haakerup—, debían tomar asiento miembros de los diferentes grupos étnicos presentes en el país. Celebró su primera reunión el 16 de julio de 1999.

Conforme a lo acordado en Rambouillet, el ELK había perfilado en abril de 1999 un "gobierno provisional de Kosova" que, encabezado por el máximo dirigente de la guerrilla, Hashim Thaçi, y con el respaldo de Rexhep Qosja, se propuso ante todo, una vez concluida la guerra, controlar los ayuntamientos. A principios de agosto Thaçi llegó a un acuerdo con Rugova, el líder de la LDK, para establecer un gobierno en el que tomarían asiento dos representantes del ELK —pronto se empezaría hablar de un partido surgido de este último, el Partido Democrático de Kosova (PDK)—, dos de la Liga, dos del Movimiento Democrático Unido de Qosja, así como un ciudadano musulmán, uno turco, dos serbios —durante los meses iniciales del protectorado la representación de la minoría serbia corrió a cargo, ante todo, de miembros de la Iglesia ortodoxa como el patriarca de Prizren, Artemije, en unión con dirigentes opuestos a Milosevic, como Momcilo Tratjovic— y dos independientes. El 15 de diciembre de 1999 UNMIK y los principales dirigentes albanokosovares llegaron a un acuerdo, sin embargo, para establecer una Estructura Administrativa Provisional Conjunta y un Consejo Adminis-trativo Provisional formado por ocho miembros: Thaçi, Rugova, Qosja, un ciudadano serbio que debía ser designado más adelante y cuatro representantes del propio UNMIK. El 1 de febrero de 2000, y en virtud de una declaración anterior de Rugova, quedaron disueltos la presidencia y el parlamento vinculados con la administración paralela (antes, y como medida de presión, UNMIK había decidido suspender temporalmente las actividades del Consejo de Transición). Fueren los hechos como fueren, parece innegable que en Kosova hubo durante bastante tiempo —en cierto sentido las inercias correspondientes han pervivido— tres gobiernos distintos: el de UNMIK, el del gobierno provisional en los hechos

controlado por Rugova y el de tantas instituciones que se hallaban en manos del ELK —o del PDK— de Thaçi.

El camino de la administración internacional se vio parcialmente allanado, por lo demás, a principios de abril de 2000, cuando los líderes de la minoría serbia decidieron reincorporarse al restaurado Consejo de Transición, a título de observadores y sin el beneplácito de las autoridades serbias de Mitrovicë. Esos líderes habían abandonado el citado Consejo el 22 de septiembre de 1999. Las muchas dificultades que acabamos de reseñar se sumaban a un entorno en el que eran frecuentes los roces en el marco de un protectorado en el que habían de trabajar de forma conjunta Naciones Unidas, la OTAN, ACNUR, la OSCE y la UE.

Como primer paso en un proceso de normalización política y transferencia de capacidades de decisión a la población, UNMIK organizó el 28 de octubre de 2000 unas elecciones municipales en las que se registró un nivel alto de participación —acudió a las urnas un 80% de la población censada—, apenas votaron miembros de la minoría serbia y no faltaron acusaciones de irregularidades vertidas, ante todo, por el PDK. La OSCE anunció que el registro censal correspondiente a esas elecciones abarcaba a 863.000 personas dentro de Kosova y a 38.000 fuera del país. Conviene no perder de vista que, aun después del 28 de octubre, UNMIK disponía de la potestad de asistir a las reuniones de los consejos municipales elegidos, de intervenir si éstos conculcaban lo establecido en la resolución 1.244 y de designar, en fin, concejales.

Antes de las municipales reseñadas se había registrado una aguda polémica con ocasión de la organización, en Kosova, de las elecciones presidenciales y legislativas yugoslavas, el 24 de septiembre de 2000. Al calor de esas elecciones —aceptadas a regañadientes por las autoridades internacionales— menudearon las acusaciones de fraude en el voto de la población serbokosovar. En los hechos, parece que Kosova fue el escenario fundamental de los esfuerzos del régimen de Milosevic para camuflar votos que la candidatura de este último no había recibido. Aunque, según Kouchner, sólo 45.000 votantes habían participado, en Kosova, en las elecciones yugoslavas, algunos de los cálculos de votantes

serbokosovares realizados en Belgrado parecían desmentir todas las aserciones que, relativas a la huida masiva de la población correspondiente, habían visto la luz en Serbia en los meses anteriores.

Pero las mayores polémicas relativas al protectorado internacional en Kosova eran, sin duda, las que afectaban al futuro del país. Pese a que las fórmulas vinculadas con la resolución 1.244 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas eran claras, la demanda de reconocimiento del derecho de autodeterminación era unánime entre las fuerzas políticas albanokosovares. Esto al margen, a los ojos de algunos analistas UNMIK le había conferido a Kosova muchos de los atributos propios de un Estado, y entre ellos aduanas y, al menos a título provisional, una moneda diferente de la propia del Estado en el que Kosova formalmente se hallaba, no sin que faltasen proyectos de emisión de carnets de identidad y pasaportes kosovares. El debate correspondiente arreció cuando, a mediados de mayo de 2001, el a la sazón representante especial para Kosova, Haakerup, anunció un nuevo “Cuadro constitucional” que —pese a ser calificado por Javier Solana, responsable de la política exterior y de seguridad de la UE, como un “compromiso honesto”— suscitó inmediatamente quejas tanto entre la mayoría albanesa de la población como entre la minoría serbia. A los ojos de significados portavoces de esta última, el cuadro constitucional no era sino un primer paso en el camino de la independencia de Kosova. La percepción era bien diferente en el caso de muchos comentaristas albaneses, para quienes suponía, muy al contrario, un claro freno en ese camino.

El cuadro establecía la elección de un parlamento —la consulta correspondiente estaba previsto se realizase en noviembre de 2001 — entre cuyos cometidos se contaría el de designar a un presidente quien, a su vez, nombraría un gobierno dotado, eso sí, de atribuciones muy escasas, toda vez que el grueso de las competencias seguiría en manos de UNMIK. El cuadro no daba satisfacción, por lo demás, a dos demandas acariciadas por las fuerzas políticas albanokosovares: el reconocimiento de un derecho de referéndum y la creación de un Tribunal Constitucional. En los

hechos, en la nueva situación que debía abrirse camino ni siquiera se restauraban las capacidades que, en virtud de la Constitución yugoslava de 1974, se atribuían a la provincia autónoma de Kosova, que entonces disfrutaba del mencionado Tribunal Constitucional, de una relación directa con los órganos federales y, como ya señalamos en su momento, de potestades muy similares a las que se hallaban a disposición de las repúblicas yugoslavas. Esto al margen, las críticas llamaban la atención, como no podía ser menos, sobre la escasa voluntad mostrada por UNMIK en lo que respecta a la transferencia efectiva de poder a las instancias locales. En las palabras de Veton Surroi, el director del diario *Koha Ditore*, "Kosova será el único país europeo —no iré más lejos— en el que una única persona [Haakerup] será a la vez rey, presidente, primer ministro, jefe de todos los tribunales, *ombudsman* para las minorías, jefe del cuerpo de protección de Kosova y de los bomberos. Sólo le faltarán los títulos de *muftí*, cardenal y archimandrita ortodoxo. (...) Hay que tener una fértil imaginación para considerar que este documento equivale a una Constitución. Si, durante su administración autónoma, Kosova no puede decidir siquiera su presupuesto, ¿como podría decidir su estatuto, en virtud del mandato del gobierno autónomo, por vía referendaria?"[11].

Las tensiones étnicas

En las semanas inmediatamente posteriores al final de la guerra de 1999 se verificó el regreso anticipado a Kosova —los designios de Naciones Unidas apuntaban a una operación escalonada en el tiempo que a la postre no se produjo— de unos 800.000 albaneses que a partir del 24 de marzo del mismo año habían buscado refugio, ante todo en Albania y, en menor medida, en Macedonia y en Montenegro, con ocasión de los bombardeos de la OTAN. A ellos se unieron otros refugiados que habían abandonado Kosova en los años anteriores a 1999. Aunque las cifras bailan ligeramente, de entre los refugiados generados por el conflicto bélico librado entre Yugoslavia y la OTAN, y siempre según Naciones Unidas, a finales

de noviembre de 1999 habían regresado a Kosova 808.913 de un total de 848.100.

Al tiempo que el retorno se producía se iban descubriendo numerosos cuerpos de albanokosovares que presumiblemente habían muerto de resultas de la represión desplegada entre marzo y junio de 1999. En noviembre de 1999 el Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia daba cuenta de una cifra provisional —muy discutida— de 4.266 cadáveres y señalaba haber recibido denuncias e informes relativos a más de once mil albanokosovares presuntamente fallecidos. Claro es que con el paso de los meses fueron apareciendo también noticias que daban cuenta de presuntos asesinatos masivos cometidos por militantes del ELK. Una de ellas, datada en el verano de 2000, hablaba del descubrimiento, en Prishtinë, de una fosa con 160 cadáveres de ciudadanos serbios y gitanos. Esas noticias no menguaron pese a que los máximos dirigentes del ELK denunciaron con frecuencia los hechos correspondientes o, en su caso, rechazaron la implicación de sus militantes en ellos. Para que nada faltase, la guerra de 1999 dejó sus secuelas en la forma de muertes por explosión de minas. Bastará con recordar al respecto que en julio de 1999 la Organización Mundial de la Salud evaluó entre 130 y 170 los fallecimientos provocados por aquéllas en el período que medió entre el 13 de junio y el 12 de julio del citado año. Arreciaron, en fin, las acusaciones mutuas de destrucción del patrimonio religioso y cultural.

En el magma de tensiones y confrontación que acabamos de retratar se hizo valer un fenómeno de inquietante relieve: la expulsión, o en su caso la huida, de muchos de los integrantes de las minorías étnicas presentes en Kosova, y singularmente serbios, gitanos —comúnmente acusados de colaboración con los serbios y de saqueo de viviendas de ciudadanos albaneses— y musulmanes eslavófonos. En noviembre de 1999 ACNUR y la OSCE no dudaban en señalar, en un informe, que se había desarrollado “un clima de violencia e impunidad, así como de general discriminación, acoso e intimidación dirigidos contra los no albaneses. La combinación de problemas de seguridad, restricciones de movimiento, falta de

acceso a los servicios públicos (especialmente educación, cuidados médico-sanitarios y pensiones) es el factor determinante de la huida de los serbios, ante todo, y de otros grupos no albaneses... La general falta de respeto de los derechos humanos ha empezado a afectar también a los albaneses moderados y a aquellos que son manifiestamente críticos con el actual entorno de violencia"[12]. Esta última circunstancia se reveló con singular fortaleza tras un artículo del recién mencionado Veton Surroi, en el que denunciaba el incipiente fascismo que, a sus ojos, se percibía en Kosova.

En términos numéricos la minoría más afectada por la situación descrita fue, sin duda, la serbia. Eran muy dispares, sin embargo, las estimaciones relativas al número de serbios que había abandonado Kosova. Al respecto una de las posibles explicaciones de tantas divergencias la aporta el hecho de que no hay ningún estudio solvente sobre el número de serbios presentes en el país en 1999. Conviene recordar, por ejemplo, que no está clara la cifra de refugiados procedentes de la Krajina que se aposentaron en Kosova y que tampoco lo está cuál era el número de funcionarios estatales, policías y militares que, con carácter más o menos coyuntural, se hallaban en territorio kosovar. Si se trata de dar cuenta de algunas estimaciones sobre la cifra global de serbios que optaron por marcharse, y en una reseña estrictamente cronológica que las ordena conforme al momento en que vieron la luz, debe recordarse que en julio de 1999 ACNUR hablaba de 100.000 sobre un total de 200.000. La misma instancia señalaba 176.000 en agosto del mismo año y sugería que, de resultas, un 95% de los serbios se había marchado. El máximo responsable militar de la OTAN estimó en septiembre de 1999, por su parte, que 97.000 serbios permanecían todavía en Kosova. En línea parecida, ACNUR apuntó, en fin, que en la primavera de 2000 seguían viviendo en el país entre 80.000 y 100.000 serbios.

Uno de los principales cometidos de KFOR fue precisamente la defensa de los miembros de la minoría serbia —secundariamente, también, de los de otras minorías— que seguían residiendo en Kosova. Esa defensa se verificó en dos escenarios concretos: el entorno de la ciudad de Mitrovicë y un puñado de enclaves —así,

los de Graçanicë y Lipjan, no lejos de Prishtinë— distribuidos por la geografía kosovar. En el caso de Mitrovicë, la creciente tensión entre albanokosovares y serbios fue motivo, en febrero de 2000, de una demanda de traslado de 2.000 soldados internacionales formulada por el máximo responsable militar de la OTAN, el general norteamericano Wesley Clark. Lo ocurrido en esa ciudad del norte de Kosova suscitaba, de cualquier modo, interpretaciones muy dispares, desde la que atribuía toda la responsabilidad a la agresividad de la población albanokosovar a la que sugería que por detrás de muchos de los movimientos de los serbios de Mitrovicë habría estado el régimen de Milosevic, empeñado en sentar las bases de una partición territorial y en garantizar el pleno control sobre las cercanas y codiciadas minas de Trepçë. Conforme a otra versión, el objetivo de UNMIK era cancelar el control serbio sobre Trepçë, para lo que había buscado excusas en el terreno de los supuestos daños medioambientales provocados por el complejo minero, con el objetivo subterráneo de hacerse con las minas. En las disputas tenía su relieve, en fin, el hecho de que diez años atrás fueron muchos los trabajadores albanokosovares que perdieron sus empleos en Trepçë de resultas de la política desplegada por las autoridades serbias.

Las relaciones interétnicas en Kosova se veían marcadas, en suma, por otros tres hechos importantes. El primero lo configuró durante meses la confrontación desarrollada en algunas regiones de Serbia que, colindantes con la parte más oriental de Kosova, mostraban una mayoría de población albanesa (se ha estimado en 60.000 el número de albaneses en ellas residentes). En ellas operó, a principios de 2000, un autodenominado “Ejército de Liberación de Preshevë, Medvegje y Bujanovc” presuntamente relacionado con el ELK. En 2001, y bajo presión internacional, se alcanzó un acuerdo que sobre el papel acarreaba la retirada o, en su caso, el desarme de esta guerrilla. Una segunda fuente de problemas la aportaron los albanokosovares detenidos en Serbia, en número de 1.919 en julio de 1999 según la Cruz Roja. A principios de 2000 se hablaba, todavía, de una cifra de entre 1.600 y 3.000 albanokosovares encarcelados, en muchos casos en espera de condena. Aunque

sólo quinientos albanokosovares habían sido liberados entre junio de 1999 y febrero de 2000, el hundimiento del régimen de Milosevic en Serbia, en el otoño del segundo año mencionado, tuvo un efecto de excarcelación paulatina de detenidos. En un tercer terreno de tesituras delicadas debe emplazarse, en fin, la polémica suscitada por la decisión de UNMIK, el 3 de febrero de 2000, en el sentido de exigir que en los medios de comunicación se pusiese fin a procedimientos de presunta "incitación a la violencia" acompañados de "ofensas, insultos y ataques personales". Esa decisión cobraba cuerpo en un escenario marcado por la visible etnificación, y por el control partidario, de la mayoría de los medios de comunicación de algún relieve. Piénsese, por ejemplo, que junto a un diario independiente como el ya citado *Koha Ditore*, en Prishtinë había dos vinculados con el PDK —*Rilindja* y *Dita*— y uno próximo a la LDK —*Bota Sot*—; en todos los casos se trataba de periódicos en lengua albanesa.

Las fuerzas políticas

La herencia del movimiento de desobediencia civil que se hizo valer entre la población albanokosovar entre 1989 y 1997 apenas ha resultado perceptible en el Kosova del protectorado. En éste dos grandes fuerzas políticas —la Liga Democrática (LDK) y el Partido Democrático (PDK)— parecen repartirse el grueso de las adhesiones populares. Eso es al menos lo que invitaban a concluir las encuestas de opinión que iban realizándose, y que en todos los casos atribuían, bien que con márgenes distintos, un mayor apoyo de la población a la LDK. Ésta recibió un 47,6% de los respaldos populares, por un 12-14% el PDK, en una encuesta realizada en abril de 2000. Otra practicada en junio del mismo año otorgaba un 36,5% de los apoyos a la LDK, por un 29,5% al PDK. La disputa entre las dos fuerzas que nos ocupan había tenido un hito importante en los meses de la intervención de la OTAN, cuando lo que se dirimía era, por encima de todo, quién asumiría el protagonismo simbólico de la liberación: si el Ejército de Liberación o la Liga Democrática. Antes, y con toda evidencia, la Liga se había

mostrado cada vez más inquieta de resultas del creciente apoyo que el Ejército estaba recibiendo, plasmado probablemente en una significativa diversión, hacia éste, de muchos de los recursos económicos que llegaban de la diáspora albanokosovar.

La primacía de la LDK se vio confirmada por los resultados de las elecciones municipales celebradas a finales de octubre de 2000: la Liga se hizo con un 58,13% de los votos, en detrimento del PDK, que recibió un 26,95%. De resultas parecía servida la conclusión de que Rugova y su Liga habían superado la imagen negativa derivada de la errática conducta del primero durante la guerra de 1999. Aun con todo, y como puede apreciarse, el PDK parecía disfrutar de apoyos significados. Conforme a la visión más extendida, la LDK era claramente mayoritaria en los centros de población más importantes, en tanto el feudo principal del PDK parecían serlo Drenicë y algunas regiones septentrionales y meridionales del país. Conviene recordar, de cualquier modo, que pese al triunfo electoral de la Liga, la mayoría de los análisis atribuían al PDK el control de muchas instituciones, resultado de su condición de relativa preeminencia una vez la guerra concluyó en junio de 1999.

No es tarea sencilla, por lo demás, trazar un perfil ideológico de las dos fuerzas políticas que nos ocupan. La teoría señala que la LDK tenía un carácter más conservador y manifestaba una mayor propensión a defender los derechos de las minorías. Por lo que al PDK se refiere, en su seno parecían coexistir corrientes de perfiles ideológicos muy dispares, así como grupos marcados por su procedencia regional o por sus vínculos con la diáspora albanokosovar. Esa situación era tributaria de la característica de una fuerza, el ELK, en la que se revelaron sonoras discrepancias, materializadas en algún caso en la ejecución de responsables disidentes y presuntamente vinculadas con la influencia de las redes del crimen organizado. Aun con todo, a los ojos de muchos analistas los entrecruzamientos ideológicos entre la LDK y el PDK estaban a la orden del día, lo que obligaba a concluir, de nuevo, que los esfuerzos de clarificación de los perfiles correspondientes no siempre llegaban a buen puerto.

Al margen de las dos fuerzas políticas mencionadas, es obligado subrayar la existencia de otras, entre las que despuntaban la Alianza para el Futuro de Kosova, liderada por uno de los otrora dirigentes del ELK, Ramuz Haradinaj, y el Movimiento Democrático Unido que, encabezado por Rexhep Qosja, desempeñó un papel de algún relieve en las diferentes instituciones, oficiales y paralelas, existentes en Kosova después de junio de 1999.

La situación económica

El panorama de la economía kosovar en junio de 1999 se veía marcado por varias y poderosas circunstancias negativas: los efectos de lo ocurrido en el decenio anterior, los de la destrucción provocada por las guerras de 1998 y 1999, y los de la ruptura postrera de los lazos con la economía yugoslava de otrora. En ese escenario el principal elemento de impulso de la economía estaba llamado a ser, por lógica, la ayuda externa.

A finales de julio de 1999 una sesentena de países se comprometió a donar a Kosova, a fondo perdido, ayudas por valor de 2.084 millones de dólares, sin especificar cuáles eran los menesteres concretos —ayuda humanitaria, reconstrucción de viviendas, despliegue de instituciones de administración pública, desarrollo económico— a los que se dedicaría esa suma. En noviembre del mismo año, una conferencia de donantes recaudó otros 1.100 millones de dólares destinados a cubrir necesidades inmediatas. Unas quinientas organizaciones no gubernamentales operaban, por lo demás, en el Kosova del protectorado.

Mientras, la Comisión Europea evaluaba en 1.120 millones de euros los costes de reconstrucción de las viviendas dañadas o destruidas, cuya cifra se estimaba en 120.000 —otra fuente hablaba de 78.000 viviendas por completo destruidas y 50.000 dañadas de forma severa— sobre un total de 206.000 objeto de estudio (las viviendas dañadas eran, según esta estimación, un 60% del total). De resultas, ACNUR llegó a la conclusión de que en el invierno de 1999-2000 más de 300.000 personas tendrían que encontrar acomodo lejos de sus casas. Las zonas más dañadas parecían ser

las del centro y el oeste de Kosova. Una estimación posterior, de septiembre de 1999, de nuevo de la Comisión Europea, evaluó en 2.000 millones de euros la suma que sería preciso invertir en tres años para reconstruir Kosova. En paralelo, un representante de Naciones Unidas señaló en el verano de 1999 que un 80% de los servicios básicos no funcionaba en el país y un 40% del agua estaba contaminada. A principios de julio de ese año UNICEF señaló que entre un 40 y un 50% de las escuelas habían sufrido daños, en tanto que una comisión de evaluación de daños en la agricultura y la ganadería llegó a la conclusión de que existían graves déficits en la producción de trigo, había caído en un 80% la de maíz y se habían producido pérdidas sensibles en la cabaña ganadera.

Como en tantos otros escenarios, la magnitud de las cifras de ayuda internacional contrastaba con el coste de las operaciones militares desarrolladas por la OTAN. El máximo responsable de KFOR en enero de 2000, el general alemán Klaus Reinhardt, señaló en su momento que el presupuesto total de Naciones Unidas en Kosova en 1999 ascendía a la cuarta parte de lo que la OTAN gastaba en un solo día de bombardeos. En el otoño de 2000 el debate correspondiente adquirió, de cualquier modo, un nuevo perfil, toda vez que muchos analistas sugirieron que era probable que las promesas de ayuda internacional a Serbia, de resultas del éxito electoral de Vojislav Kostunica, se tradujesen en reducciones en el volumen de recursos recibidos por Kosova.

En términos generales, el desembolso efectivo de la ayuda foránea pareció retrasarse sensiblemente, algo que tuvo efectos indelebles en las actividades, a menudo cortocircuitadas, de UNMIK. En febrero de 2000 se levantó, por lo demás, una aguda polémica en virtud de las críticas norteamericanas a la UE por la presunta falta de eficacia de ésta en la dirección de la administración internacional en Kosova. Al respecto, las críticas subrayaban elementos tan dispares como el retraso en el despliegue de un sistema judicial eficaz o los problemas a la hora de restablecer el abastecimiento de electricidad. Quejas parecidas fueron formuladas por distintas organizaciones no gubernamentales que identificaban,

por ejemplo, graves problemas en los sistemas sanitario y educativo a cargo del UNMIK. De resultas, la recuperación económica de Kosova dependió en mayor medida de lo previsto de las remesas de la diáspora albanokosovar, que acaso fueron decisivas para permitir, por ejemplo, la reconstrucción de muchas viviendas. El hecho de que ésta se verificase con enorme rapidez algo le debió también, a buen seguro, a otra circunstancia que dibujaba una diferencia fundamental entre lo ocurrido en Kosova y lo acontecido, años antes, en Bosnia-Hercegovina: mientras en este último país la mayor parte de los refugiados no habían podido regresar a sus hogares, no había ocurrido lo mismo en Kosova, en donde, como señalamos en su momento, los refugiados albanokosovares generados por la guerra de 1998-1999 retornaron al poco a sus casas.

Al margen de los problemas vinculados con la cooperación económica foránea, conviene recordar unos cuantos hechos que ilustran la textura de la economía que cobró cuerpo con posterioridad a junio de 1999. En primer lugar, una de las principales decisiones económicas de las autoridades internacionales fue, a principios de septiembre de 1999, la declaración del marco alemán como moneda oficial de Kosova, al tiempo que se desaconsejaba el empleo del dinar yugoslavo. La medida se vio acompañada de la instalación de aduanas en las fronteras con Albania y Macedonia, realizada en la perspectiva de que Kosova dejase de ser, en palabras de Kouchner, “la tienda libre de impuestos mayor de Europa”[13].

Un segundo elemento importante lo aportó la incidencia, decisiva, que la economía subterránea acabó por adquirir en Kosova. Es verdad que esta circunstancia no era plenamente nueva: ya señalamos que en los años anteriores a 1999 la economía kosovar había sacado algún provecho de los conflictos bélicos en Croacia y, sobre todo, en Bosnia-Hercegovina a través, ante todo, del contrabando. La propia desintegración de Yugoslavia obligó a buscar rutas alternativas para el narcotráfico procedente del Asia central. Esto aparte, en Kosova se hizo imperiosa la necesidad de responder a la situación derivada de la abolición de las instituciones

autónomas en 1989-1990 y al proceso de cambios desplegado en Albania. El efecto fundamental, en Albania como en Kosova, fue una clara formalización de organizaciones criminales, a menudo asentadas en el aprovechamiento de estructuras clánicas y dedicadas a menesteres tan dispares como las drogas, la emigración ilegal, el comercio de armas, los secuestros, los asesinatos y la mendicidad. Las redes correspondientes, que se beneficiaron de activos contactos con la mafia italiana, se sirvieron también de la diáspora albanesa, tanto en Europa como en los Estados Unidos.

La situación social en Kosova, en tercer lugar, se caracterizaba por problemas extremadamente agudos, bien que mitigados por las redes de solidaridad que proporcionaban familias muy amplias. Piénsese, por ejemplo, que los ancianos albanokosovares dejaron de percibir cualquier tipo de pensión del Estado yugoslavo, circunstancia tanto más delicada en un escenario de destrucción generalizada de las viviendas como el que hemos descrito un poco más arriba. El desempleo era, por otra parte, muy alto en un momento en que muchos albanokosovares estimaban ingenuamente que iban a recuperar con facilidad los empleos que habían perdido en 1989-1990. A ello se agregó el hecho de que muchas empresas, con sede social en Belgrado o en otros lugares fuera de Kosova, habían dejado materialmente de funcionar. Y es que la ruptura de lazos con la economía serbia configuraba otro problema importante. No debe olvidarse que Kosova era un abastecedor de electricidad para aquélla, y que en su territorio se extraían cantidades considerables de manganeso, níquel y plomo.

Los flujos del comercio exterior discurrían, en su mayor parte, a través de la vecina Macedonia. Las dificultades ingentes para exportar bienes generados en Kosova contrastaban con la fácil penetración del mercado kosovar desde Macedonia, cuya economía había experimentado, de resultas, una sensible recuperación. Las relaciones comerciales existían también —claro que con un relieve mucho menor— en los casos de Albania, Montenegro y el Sandzak, sin que fuese tarea sencilla identificar cuáles de los flujos

correspondientes tenían un carácter clandestino vinculado con la omnipresente economía mafiosa.

Una última observación debe subrayar la enorme importancia que, en la economía del protectorado kosovar, correspondía al mercado que configuraban militares y funcionarios extranjeros: la presencia de unos y otros era vital para el buen funcionamiento de la economía, no sólo en virtud de la condición de consumidores de estas gentes, sino también por efecto de que no eran pocos los kosovares que habían conseguido empleos vinculados con la presencia externa. En otra dimensión, naturalmente, el hecho que nos ocupa configuraba una hipoteca de cara al futuro, en la medida en que la dependencia económica a la que remitía podía mermar la capacidad de libre decisión de los kosovares en relación con una cuestión tan decisiva como la presencia de población foránea.

9. El hervidero macedonio

En los primeros meses de 2001 Macedonia se convirtió en escenario de una tensión bélica que afectó ante todo a la parte septentrional de la república, colindante con Kosova. En esa tensión se daban cita dos elementos distintos: si el primero hundía sus raíces en una historia de desencuentros entre las comunidades eslava y albanesa presentes en el país, el segundo remitía a algunas de las secuelas del conflicto kosovar, en la forma, ante todo, de los restos de una guerrilla, el Ejército de Liberación de Kosova, que buscaba nuevas misiones.

La palabra “Macedonia” designa al menos dos realidades geográficas diferentes. En un sentido amplio da cuenta de una región de 67.000 km2 que abarca la otrora república yugoslava de Macedonia, una parte del norte de Grecia y otra del oeste de Bulgaria. En sentido más restringido se atribuye el nombre de Macedonia a la primera de las tres entidades mencionadas, un Estado que, con 26.000 km2 y dos millones de habitantes, accedió a la independencia en 1991. Más compleja es, todavía, la asignación del gentilicio “macedonios”. Si por tal puede identificarse, según dos acepciones diversas, a los habitantes de las entidades geográficas recién referidas, también es frecuente que se hable de macedonios

para referirse en exclusiva al grupo étnico, eslavo, mayoritario en la ex república yugoslava.

En estas líneas nos proponemos dar cuenta con algún pormenor de lo ocurrido en la antigua república yugoslava de Macedonia desde el año de su independencia. Antes de entrar en materia conviene reseñar, con todo, algunos datos que afectan, en primer lugar, a la composición étnica de la población. Según el censo de 1991, boicoteado por la minoría albanesa, un 65,3% de los habitantes de la república eran eslavomacedonios y un 21,7% albaneses. Estos últimos residían en la parte más occidental del país, en la línea de frontera con Kosova y en la propia capital, Skopje. Además de los dos grupos étnicos mencionados se registraba la presencia de musulmanes eslavófonos, turcos, valacos, gitanos, serbios, *egipcios* y búlgaros.

El entrecruzamiento entre eslavos y albaneses fue siempre escaso en Macedonia. Unos y otros hablan, además, lenguas distintas. Si la de los primeros, el macedonio, es una lengua eslava a la que comúnmente se atribuye la condición de dialecto del búlgaro, la de los segundos es, naturalmente, el albanés. La mayoría de los eslavos son cristianos ortodoxos —Macedonia se dotó en el decenio de 1960 de una Iglesia ortodoxa autocéfala que pronto entró en confrontación con la serbia—, mientras que entre los albaneses se registra, al igual que en Kosova, una mayoría musulmana acompañada, eso sí, de minorías católicas y ortodoxas. Lo común es afirmar, sin embargo, que la religión ha tenido más peso entre los albaneses de Macedonia que en Kosova: mientras en éste hubo, en la etapa yugoslava, otros canales de expresión de la identidad, la liviandad de esos cauces en Macedonia provocó a la postre un uso político del hecho religioso.

La Macedonia independiente

La consolidación de un Estado macedonio independiente guardó estrecha relación con el derrotero seguido por el grupo étnico mayoritario en la república. Los eslavomacedonios han sido portadores de un discurso nacionalista que, desde 1945, ha

compartido héroes y símbolos con la vecina Bulgaria. Más adelante, sin embargo, al imaginario nacional se sumaron elementos de cariz paneslavo y otros que suponían la recreación de una mitología helenizante, acaso por presión de la diáspora. Todo ello acarreó interferencias, y problemas, con los discursos nacionales propios de Bulgaria, Serbia y Grecia, singularmente graves en el caso de esta última, en donde desde la segunda guerra mundial se registró un visible retroceso de la comunidad eslava local.

Al igual que en las demás repúblicas yugoslavas, en 1990 se organizaron en Macedonia elecciones pluralistas. De resultas se configuró un gobierno de coalición entre una fuerza de corte nacionalista, la Organización Revolucionaria del Interior-Partido Democrático para la Unidad Nacional (VMRO-DPMNE), y otra que, con el nombre de Liga de los Comunistas-Partido de la Renovación Democrática, era heredera de los viejos aparatos oficiales. Kiro Gligorov, dirigente de la Liga de los Comunistas, se convirtió en presidente del país y apostó inicialmente por la conversión de Yugoslavia en una confederación que limase un tanto las secuelas de eventuales procesos de secesión. La presión ejercida por VMRO-DPMNE y el ascendiente de las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia condujeron, sin embargo, a la celebración de un referéndum de autodeterminación en septiembre de 1991: pese al boicot de la minoría albanesa, descontenta por la escasa atención que suscitaban sus demandas, y con una participación del 65%, la independencia recibió un respaldo generalizado, que adquirió carta de naturaleza cuando, a principios de 1992, el ejército yugoslavo se retiró de Macedonia.

En 1992 se registró un cambio importante: VMRO-DPMNE pasó a la oposición por considerar que, al amparo de la figura de Gligorov, estaba ganando terreno peligrosamente un proyecto “neocomunista”. Al margen de lo anterior, en VMRO-DPMNE —que a la postre, y aduciendo sospechas de fraude, no concurrió a las elecciones de 1994 y toleró que algunos de sus miembros integrasen formaciones paramilitares— despuntaba una confrontación entre corrientes favorables a un acercamiento a Bulgaria y otras inclinadas a apuntalar una Macedonia

independiente. Tras la ruptura de la coalición forjada en 1990, los sucesivos gobiernos tuvieron como núcleo la Alianza Socialdemócrata —heredera de la Liga de los Comunistas-Partido de la Renovación Democrática—, el Partido Socialista y los liberales vinculados con la formación política que en 1990-1991 había liderado el primer ministro yugoslavo Ante Markovic. El puesto de primer ministro recayó en Branko Crvenkovski, quien salió airoso de las elecciones celebradas en 1994. En la sombra seguía despuntando, de cualquier modo, la figura de Gligorov —se impuso también en las presidenciales del mismo año—, a la que desde la oposición se atribuían desmedidos impulsos autoritarios y un constante desprecio por la actividad del parlamento. Es verdad, con todo, que, víctima de un atentado en octubre de 1995, Gligorov pasó a un segundo plano en beneficio de Crvenkovski.

Los gobiernos de coalición se vieron enriquecidos por la presencia de una fuerza política propia de la minoría albanesa. Hasta el otoño de 1998 el Partido de la Prosperidad Democrática (PPD), presuntamente vinculado con la Liga Democrática de Kosova y encabezado por Abdurahman Aliti, se integró en los sucesivos gobiernos dirigidos por los socialdemócratas. En 1995 experimentó, sin embargo, la escisión de lo que al poco se llamó Partido Democrático Popular (PDP). Liderado por Arben Xhaferi, el PDP, al que se han atribuido afinidades con el Ejército de Liberación de Kosova y con el Partido Democrático que gobernó Albania hasta 1997, asumió una posición crítica con respecto a la imbricación activa en la política macedonia. En el otoño de 1998, y tras la severa derrota electoral de los socialdemócratas de Crvenkovski en provecho de una coalición nacionalista y liberal encabezada por Ljubco Georgievski, líder de VRMO-DPMNE, el PDP reemplazó sorprendentemente en el gobierno al PPD (circunstancia tanto más llamativa cuanto que los dos partidos se habían presentado juntos a las elecciones). Poco después, a finales de 1999, el anciano presidente Gligorov optó por no concurrir a las presidenciales, en las que se impuso el también nacionalista Boris Trajkovski.

El reconocimiento internacional

Como ya recordamos en el capítulo cuarto, el primer gran reto de la Macedonia independiente lo aportó un difícil reconocimiento internacional, que provocó el enfrentamiento, en un grado u otro, con todos los vecinos. Inicialmente las tensiones más severas se hicieron valer con Serbia, en cuyos círculos nacionalistas a menudo se sostenía que Macedonia era una creación artificial de Tito, de tal suerte que los macedonios, hablando en propiedad, no eran sino serbios. Sobre esta base, en noviembre de 1990 uno de los dirigentes de la oposición en Belgrado, Vuk Draskovic, reivindicó una alianza de pueblos ortodoxos de los Balcanes en la cual estaban llamadas a integrarse Serbia, Bulgaria y Grecia; Macedonia debía desaparecer como república, absorbida por Serbia o, en su defecto, repartida entre esta última y Bulgaria. Otro dirigente opositor, Vojislav Seselj, alentó la creación de regiones autónomas serbias en el valle de Kumanovo y en las montañas cercanas a Skopje. Algunas informaciones señalaban que el propio Milosevic había sondeado a Grecia sobre la posibilidad de un acuerdo que implicase la desaparición de Macedonia.

La condición agresiva de todos esos proyectos no abocó, sin embargo, en una acción militar de Serbia contra la Macedonia independiente. Al respecto se han aducido varias explicaciones. Si la primera recuerda que en el otoño de 1991 Belgrado ya se hallaba entrampado en un conflicto bélico en Croacia —y al poco abría un nuevo frente en Bosnia-Hercegovina—, la segunda subraya el escaso peso numérico de la comunidad serbia presente en Macedonia —en 1991 se estimaba en 45.000 personas, muy lejos de los 300.000 serbios identificados en plena ebullición nacionalista — y la tercera atribuye un eficaz papel disuasorio a los pequeños contingentes de “cascos azules”, muchos de ellos estadounidenses, desplegados en la frontera entre los dos países.

La confrontación exhibió un tono sensiblemente menor en el caso de Bulgaria, cuyas autoridades —con apoyo de la mayoría de los partidos— acabaron por reconocer la existencia de un Estado macedonio, y ello pese a sostener que no existía, en cambio, una etnia macedonia. También aquí se argüía que, en puridad, los macedonios no eran sino búlgaros, apreciación justificada en una

historia común que tenía buen reflejo en la existencia de una lengua compartida. Pese a las diferencias, la posición búlgara acabó por convertirse en un balón de oxígeno para la normalización de las relaciones externas de Macedonia.

Mucho más conflictivos fueron los tratos con Grecia, que desde el primer momento se opuso al reconocimiento internacional de Mace-donia. El memorial de agravios griego era extenso: si por un lado Ma-cedonia había usurpado el nombre de la región griega colindante y algunos símbolos vinculados con la figura de Alejandro Magno, por el otro el parlamento de Skopje había aprobado en septiembre de 1990 una enmienda a la Constitución en la cual se enunciaba el compromiso de amparar los derechos de las partes de la nación macedonia que vivían en países vecinos. En Atenas se entendió que la enmienda hacía referencia, de forma implícita, a la comunidad eslava residente en Grecia. En el trasfondo había, de cualquier modo, una cuestión más enjundiosa: Grecia consideraba que Macedonia era una aliado de Turquía y se proponía frenar el proceso correspondiente. Aunque la política obstruccionista de Atenas dio sus resultados, no pudo impedir que en abril de 1993 Macedonia fuese admitida como miembro de Naciones Unidas con el maquillado nombre, eso sí, de *Former Yugoslavian Republic of Macedonia* (FYROM, Antigua República Yugoslava de Macedonia). A partir de 1995, de cualquier modo, las relaciones macedonio-griegas entraron en una nueva fase en la que las hostilidades remitieron y el comercio bilateral adquirió progresiva fluidez.

Por lo que respecta a Albania, la fuente principal de disputas la aportó la controvertida situación de la minoría albanomacedonia. Aun con ello, las tensiones no fueron a más, tal vez de resultas de una circunstancia que algo debía al entrampamiento de las relaciones entre Macedonia, de un lado, y Serbia y Grecia, del otro: Skopje se vio obligado a estimular el comercio con sus vecinos occidental —Albania— y oriental —Bulgaria, a través de la cual llegaban de Rusia el petróleo y el gas natural— para hacer frente a una tesitura cada vez más delicada. De esta suerte, Albania tampoco fue un permanente quebradero de cabeza para las autoridades macedonias.

La hostilidad inicial de Grecia, el embargo internacional que pesaba sobre Serbia y Montenegro, y la estricta dependencia de Macedonia para con la propia Serbia generaron cortocircuitos graves en la economía. El gobierno de Skopje hubo de encarar medidas delicadas como, por ejemplo, la creación, en abril de 1992, de una moneda propia, asumida ante todo en la perspectiva de escapar a la hiperinflación —y a la subterránea financiación del esfuerzo de guerra serbio— que acosaba al dinar yugoslavo. En paralelo se disparaba, no obstante, la deuda externa, ganaba terreno una polémica privatización —acompañada de una aguda crisis en la metalurgia, la industria química y el textil— y cobraban cuerpo, al calor de conflictos bélicos y embargos, una poderosa economía subterránea y un capitalismo de ribetes mafiosos.

Los problemas de la minoría albanesa

Razonablemente normalizadas las relaciones externas de Macedonia, en la segunda mitad del decenio de 1990 ganaron entidad los problemas vinculados con la minoría albanesa. Las tensiones fueron a más porque dos hechos estimularon la polarización de las posturas. El primero lo proporcionó la paulatina aproximación a Serbia asumida por los partidos eslavos, cada vez más inclinados a aceptar que los dos Estados tenían que encarar, con sus minorías albanesas, un mismo problema. El segundo no fue otro que la guerra librada en Kosova. Su efecto sobre Macedonia se hizo evidente cuando, en marzo y abril de 1999, y al iniciarse los bombardeos de la OTAN, decenas de miles de albanokosovares se arracimaron en la frontera. La rápida y eficaz acogida con que fueron obsequiados por la población albanomacedonia contrastó con la frialdad de las autoridades, remisas a abrir las fronteras y, pese a la presión de la Alianza Atlántica, más bien inclinadas a alentar un pronto retorno a Kosova, o la expulsión hacia Albania, de los refugiados.

Aunque los problemas de la minoría albanomacedonia son muchos, resulta obligado reconocer que en ningún caso han alcanzado las dimensiones que se revelaron en Kosova, después de

1989, de resultas de la política desplegada por las autoridades serbias. Por sí solo, el hecho de que dos partidos albaneses hayan estado presentes en los gobiernos de coalición en Skopje da cuenta de un entramado distinto. No han faltado sugerencias, bien es cierto, de que del lado eslavomacedonio las eventuales tentaciones represivas se vieron limitadas por la conciencia de la precariedad de los instrumentos al alcance de las autoridades y por la inexistencia, en las regiones de mayoría albanesa, de poderes autónomos susceptibles de supresión.

Si se trata de enumerar los problemas que han acosado, en los diez años de la Macedonia independiente, a la minoría albanesa, la primera mención debe serlo para una Constitución, la de octubre de 1991, en la que la instancia que se independizaba era definida como el "Estado del pueblo macedonio" —identificándose comúnmente este último con el "pueblo eslavomacedonio"— en detrimento de la fórmula anterior, que hablaba del "Estado del pueblo macedonio y de las minorías turca y albanesa". Quedaba así cercenada la posible gestación de una república asentada en el principio de ciudadanía, circunstancia que suscitó en las filas del PPD una solicitud de que Naciones Unidas no reconociese a Macedonia en tanto no fuese reformada la Consti-tución. Pese a ello, las fuerzas políticas albanesas no discutieron el nombre del país, que a sus ojos no incorporaba carga alguna de identificación con la mayoría eslava de la población.

Trasunto de lo anterior fue el hecho de que las regiones con mayoría de población albanesa careciesen de cualquier capacidad de autogobierno en el marco de un Estado unitario. Las protestas adoptaron la forma de un referéndum ilegal que, en enero de 1992, se saldó con el presunto apoyo de un 90% de los votantes —hablamos, claro, de la minoría albanomacedonia— a la concesión de fórmulas de autogobierno a las regiones mencionadas. En 1991 se habían registrado también boicots al censo y a los referéndums de autodeterminación y constitucional, no sin que se revelasen agudas disensiones en las fuerzas políticas albanomacedonias. Desde éstas se sopesaron críticamente, por otra parte, los efectos de una reforma encaminada a crear pequeños enclaves de

población eslava que rompiesen la continuidad de los territorios con mayoría de población albanesa y desdibujasen el perfil de una eventual demanda de autonomía. En el establecimiento de las circunscripciones electorales no faltaron tampoco arbitrariedades presuntamente orientadas a mejorar los resultados de los partidos eslavomacedonios.

Los albaneses más radicalizados acabaron por declarar una fantasmagórica república de Illirida, al tiempo que se revelaban graves disputas en torno a la constitución de la cámara municipal de Tetovo y a la creación de una universidad albanesa en la misma ciudad. El caso de esta última fue singularmente polémico, con un sinfín de obstáculos impuestos por las autoridades y medidas de franca represión que al cabo del tiempo remitieron en provecho de cierta tolerancia. En paralelo, y durante el primer decenio de la Macedonia independiente, fueron muchas las quejas que, desde la minoría albanesa, se emitieron en lo relativo a abusos policiales y falta de garantías procesales. Según una estimación, acaso sesgada, en 1993 un 80% de las personas encarceladas en Macedonia eran albaneses.

Otra fuente de disputas la proporcionó el uso de la lengua albanesa, en particular en el sistema educativo. Por efecto de la presión oficial para acrecentar el número de horas lectivas en macedonio, el empleo del albanés resultaba ser cada vez menor a medida que se pasaba de la enseñanza primaria a la secundaria, y de ésta a la universitaria. En 1995 sólo un 6,5% de los universitarios eran albaneses en un escenario en el que la lengua de éstos no tenía presencia alguna en la enseñanza superior. En virtud de semejante estado de cosas era muy raro que un eslavomacedonio hablase albanés, aunque resultaba muy común, en cambio, lo contrario. El panorama descrito se completaba con un escaso desarrollo de los medios de comunicación en albanés y con una precaria presencia de esta lengua en la toponimia.

La discriminación de la minoría albanesa era también evidente en la administración pública, el sistema judicial, las fuerzas armadas y la policía. Según una estimación, en 1996 los albaneses ocupaban un 7% de los empleos en esas instancias. Menor era su presencia,

sin embargo, si hay que guiarse por los datos que en su momento manejó Arben Xhaferi: los albaneses aportaban un 1,7% del personal que trabajaba en el sistema judicial, otro 1,7% de los oficiales de las fuerzas armadas y un 2,0% de los empleados de la administración pública. El Ministerio del Interior macedonio reconoció en 1995 que sólo un 4,1% de sus funcionarios eran albaneses. En el propio Tetovo, donde estos últimos eran clara mayoría de la población, no parecían ocupar sino el 10-20% de los empleos públicos. La participación del PPD y el PDP en los sucesivos gobiernos de coalición no pareció tener efecto alguno en el terreno que nos ocupa. Sami Ibrahimi, un dirigente del PPD, señaló en su momento que estaba dispuesto a cambiar las carteras ministeriales que correspondían a su partido —todas de relieve menor— por la dirección de media docena de empresas de cierta importancia.

El panorama descrito remitía, como es fácil suponer, a un problema más general: los albaneses configuraban una significada bolsa de pobreza tras la cual se apreciaba el legado de un pasado en el que la mayoría eslava había desempeñado la dirección de los procesos económicos para beneficiarse después —en lo que a la elite dirigente respecta— de la privatización acometida en el decenio de 1990; esta circunstancia se veía parcialmente contrapesada, es cierto, por el desarrollo, muy rápido, de una economía privada, de cariz fundamentalmente comercial y condición a menudo ilegal, entre la minoría albanesa. Algunos analistas eslavomacedonios sostenían, por otra parte, que del lado albanés se había desplegado una política de premeditada automarginación orientada a preparar un horizonte de independencia; otros llamaban la atención sobre la condición rural y tradicional de las comunidades albanomacedonias, que a la postre explicaría muchas exclusiones. No era ésta, claro, la visión imperante entre los albaneses, que apreciaban tramadas medidas de discriminación y preservación de privilegios.

Una última fuente de disputas fue la demografía. Aunque el censo de 1991 hacía referencia a un 21,7% de albaneses en Macedonia y la nueva operación censal realizada en 1994 elevaba el guarismo a un 24,0%, desde la comunidad que nos ocupa se

sugirió con insistencia que el porcentaje real era notoriamente más alto y debía emplazarse, acaso, en un 40%. Al respecto, y del lado eslavomacedonio, se invocaron varios elementos que presumiblemente habían alterado equilibrios demográficos o habían permitido la manipulación de las cifras. Se habló, así, de un crecimiento vegetativo muy alto entre los albaneses, resultado de una opción consciente encaminada a la consecución de una mayoría demográfica, se identificaron activos e ilegales flujos de inmigración desde Kosova y se señalaron ejemplos de asimilación, más o menos forzada, de musulmanes eslavófonos y turcos por parte de las comunidades albanesas. Del lado de éstas la réplica subrayó la presencia de factores que explicarían el crecimiento experimentado por la población correspondiente. Entre ellos se contaban una respuesta consecuente a políticas oficiales que aspiraban a frenar la natalidad, el retorno de muchos albaneses emigrados a Kosova para huir de la represión en el decenio de 1980, el regreso de numerosos emigrantes económicos que residían en Eslovenia, Croacia o Serbia, o los efectos, en suma, de la severa legislación que, en materia de nacionalidad, se aplicaba en Macedonia.

La crisis de 2001

A principios de 2001 los problemas de Macedonia entraron en una nueva fase marcada por un estallido de violencia. Fundamental al respecto fue, en el momento inicial, el despliegue de una guerrilla albanesa en la aldea de Tanushevtsi —en la frontera con Kosova, al norte de Skopje— y en las montañas de los alrededores de la ciudad de Tetovo, fenómeno que se sumó a los enfrentamientos registrados en el cercano valle de Preshevë, en Serbia. Aunque muchos de los integrantes de la guerrilla, que se dio a sí misma el nombre de Ejército de Liberación Nacional —las siglas en albanés coincidían con las del ELK—, procedían del vecino Kosova, parece demostrado que no faltaban en ella albanomacedonios. De esta suerte, la tensión era producto de la combinación de dos hechos: por un lado, la atávica marginación de la comunidad

albanomacedonia, y, por el otro, los ecos del conflicto kosovar en la forma, ante todo, de una resistencia armada que, derrotada en la forma de su frente político en las municipales del otoño de 2000, buscaba nuevas misiones poco respetuosas de las fronteras y se mostraba dispuesta a colocar en situación delicada a las fuerzas políticas albanesas de Macedonia. El escenario se veía completado, en fin, por la previa creación, en esta última, de unidades paramilitares vinculadas con los dos principales grupos étnicos.

Del lado de las autoridades macedonias, los acontecimientos fueron objeto de una lectura que merece reflexión. Según esa lectura, la guerrilla era un fenómeno importado que ninguna relación guardaba con la condición de un país, Macedonia, en el que, según esta versión, no había problemas de enjundia. Hay motivos sobrados para recelar de semejante percepción, que prefería ignorar lo evidente: la situación de la minoría albanesa exhibía rasgos preocupantes que hacían de ella un adecuado caldo de cultivo para discursos radicalizados como el del Ejército de Liberación Nacional. Entre la comunidad eslavomacedonia se sugirió también, de cualquier modo, que el despliegue de la guerrilla era consecuencia de una operación tramada en la trastienda por los Estados Unidos y, acaso, Alemania. Más allá de la afirmación de que la guerrilla empleaba algunas armas libradas por el primero de esos países en 1999 y de que los contingentes internacionales de KFOR no habían hecho todo lo que estaba de su mano para desarmar al ELK, no se aportaban, sin embargo, datos que permitiesen afianzar la tesis que glosamos. Esto al margen, no parecía claro qué interés podrían tener algunas potencias occidentales en la desestabilización de un gobierno amigo como el de Macedonia. Y en este caso, por añadidura, resultaba harto difícil dar crédito a la idea de que los EE.UU., en su designio de poner en un brete a la Unión Europea, estarían dispuestos a correr el riesgo de provocar un nuevo conflicto bélico en los Balcanes. El apoyo dispensado por la UE, y por la propia OTAN, al gobierno macedonio vino a confirmar, en fin, que la explicación que nos ocupa carecía de fundamento o, en su defecto, se asentaba en una magnificación de hechos de relieve menor.

Es innegable, aun con todo, que la crisis de principios de 2001 sorprendió con el paso cambiado a las potencias occidentales. No sólo se enfrentaban en ella fuerzas que sobre el papel mantenían una relación cordial con esas potencias, sino que, por añadidura, la tensión armada cobraba cuerpo en un momento en que se había instalado la percepción de que, una vez anulado el régimen de Milosevic, los conflictos derivados de la desintegración de Yugoslavia habían tocado a su fin. La respuesta de las potencias occidentales asumió, de cualquier modo, tres dimensiones. En primer lugar propició la configuración, en Macedonia, de un gobierno de coalición al que, en mayo de 2001, se sumaron los principales partidos eslavos y albaneses. Instó a ese gobierno, en segundo lugar, a acometer reformas orientadas a satisfacer, cuando ello así lo aconsejaba, determinadas demandas de la minoría albanesa, como las relativas a una eventual reforma de la Constitución o a la adopción de medidas correctoras de posibles discriminaciones. Asumió, en suma, en un tercer estadio, la posibilidad de que, previo acuerdo de las partes, la OTAN se encargase de desarmar a la guerrilla albanesa.

Los esfuerzos, tanto internacionales como locales, no produjeron, sin embargo, frutos inmediatos, de tal suerte que la confrontación bélica se prolongó. A ello no eran ajenos varios hechos: la escasa voluntad del Ejército de Liberación Nacional en lo que respecta a acatar las consecuencias de lo que sus dirigentes, al parecer, daban por bueno, la precaria situación de los partidos mayoritarios entre la comunidad albanesa, entrampados entre una insoslayable presión internacional y la necesidad de mantener sus apoyos electorales, y, en fin, la presión ejercida por los segmentos más montaraces de los partidos eslavos, que no se cansaban de solicitar medidas más duras y menos concesivas.

Los pronósticos relativos al previsible desarrollo de la crisis no eran sencillos. Al respecto había que tomar en consideración, a tono con lo que se acaba de señalar, elementos tan relevantes como el posible despliegue de medidas conciliadoras por las autoridades macedonias, la actitud de los partidos albaneses, el derrotero de los acontecimientos en Kosova y en Serbia, y la eventual ampliación de

las misiones de KFOR. Sobre el papel, las fuerzas políticas albanomacedonias reclamaban, sin más, el reconocimiento de una fórmula de autonomía para las regiones en las que los albaneses eran mayoría de la población o una minoría significada. No faltaban, es cierto, sectores que postulaban una difícilmente imaginable unificación con Kosova —no se olvide que buena parte de la intelectualidad albanomacedonia se había educado en la universidad de Prishtinë— o, en su caso, la "gran Albania". Pese a las apariencias, este último horizonte era extremadamente minoritario en un escenario en el que los desencuentros con Albania resultaban, como en Kosova, evidentes.

El desamparo de la comunidad albanomacedonia era, de cualquier modo, una fuente de problemas. Esa comunidad no se veía beneficiada ni por la existencia de un Estado propio (Albania), ni por el reconocimiento de una condición autónoma que permitiese el ejercicio de derechos de autogobierno (Kosova antes de 1989), ni por la presencia de un protectorado internacional que mitigase la férula ejercida por un poder hostil (el propio Kosova desde 1999). Y en este caso debe agregarse que la comunidad albanesa no configuraba, en el Estado macedonio, una periferia lejana y marginal, lo que otorgaba una importancia añadida a lo que ocurriese en su seno. Es verdad, sin embargo, que el gran temor que durante años acosó a las potencias occidentales —una guerra civil en Macedonia que abocase en una incontrolable internacionalización del conflicto— parecía desactivado. Al fin y al cabo, Serbia, Bulgaria y Grecia, otrora enfrentadas al régimen de Skopje, mostraban ahora una viva solidaridad para con éste. En esas condiciones, la resistencia armada albanesa llevaba todas las de perder. Aunque lo mejor sería que su derrota se debiese antes a un giro copernicano en la actitud del gobierno macedonio en lo que respecta a los problemas de las minorías que a una exhibición de fuerza por parte de aquél.

10. El futuro de Kosova

Aunque en 1999 los bombardeos de la OTAN no acabaron con el régimen de Milosevic, dejaron tras de sí un pésimo escenario en el que los problemas eran muchos. A primera vista pareció, sin embargo, que las autoridades serbio/yugoslavas salían bien paradas a la hora de sortearlos. Por lo pronto, Milosevic consiguió evitar que los radicales de Seselj abandonasen el gobierno de coalición del que formaban parte y mantuvo mayorías parlamentarias relativamente cómodas, tanto más cuanto que la oposición seguía mostrando inequívocas divisiones. Dejado atrás el conflicto bélico, las discrepancias en el seno de las fuerzas armadas parecieron remitir. El régimen no pudo soslayar, eso sí, una creciente contestación del lado de una Iglesia ortodoxa que en los años anteriores había respaldado sin rebozo muchas de las políticas oficiales. Aunque desmovilizada, la población no dejaba de mostrar su descontento ante una situación económica en la que se daban cita los efectos de la destrucción generada por la OTAN y los de un embargo internacional severamente aplicado. Las sanciones habían facilitado la consolidación de un capitalismo mafioso que controlaba muchos de los circuitos económicos en un escenario en el que despuntaba también el rechazo con respecto a los refugiados

serbios procedentes de Bosnia-Hercegovina, de Croacia y, ahora, de Kosova. Por no faltar no faltaba siquiera la delincuencia de altos vuelos, que a principios de 2000 se cobró las vidas del dirigente paramilitar *Arkan* y del ministro de Defensa yugoslavo Pavle Bulatovic.

El panorama descrito, que al cabo lo era, pese a los vaivenes, de relativa recuperación del régimen encabezado por Milosevic, cambió de forma significada en la segunda mitad de 2000. Dos datos fundamentales se revelaron entonces. El primero fue una apuesta, cada vez más decidida, de las autoridades montenegrinas en el sentido de acelerar un eventual proceso de independencia de la república; esa apuesta algo le debía a cambios constitucionales que, alentados en Belgrado, rebajaban las atribuciones de Montenegro en la federación común. El segundo dato lo aportó cierta tensión reunificadora que, con visible apoyo occidental, se registró en el seno de la oposición serbia y se plasmó, ante todo, en la candidatura de Vojislav Kostunica a la presidencia federal. Como es bien sabido, y al cabo de muchas resistencias del aparato de poder miloseviciano, éste hubo de aceptar el triunfo de Kostunica en las presidenciales yugoslavas celebradas en septiembre de 2000. En diciembre del mismo año la oposición, de nuevo con franco apoyo occidental, obtuvo un claro triunfo en las legislativas serbias y aupó a Zoran Djindjic al puesto de primer ministro de la república.

El éxito electoral de Kostunica fue mal recibido por el grueso de las fuerzas políticas albanokosovares. Si la autodeterminación era ya un horizonte lejano antes de ese éxito, lo más sencillo era que, con las potencias occidentales deseosas de congraciarse con las nuevas autoridades en Belgrado, sus posibilidades de adquirir carta de naturaleza se redujesen aún más. Mientras, los pronósticos auguraban que la incipiente decisión de cortejar a lo que hasta bien poco antes había sido la oposición serbia se traduciría de forma inmediata en una desviación hacia el norte de una parte significada de la ayuda económica que llegaba a Kosova. La situación era tanto más inquietante cuanto que, al fin y al cabo, Kostunica se hallaba mucho más sólidamente vinculado que el propio Milosevic con el discurso del nacionalismo serbio más esencialista. Era inevitable al

respecto que se desempolvasen algunos lances del currículum del nuevo presidente yugoslavo. Se recordó, por ejemplo, que en 1974 había sido expulsado de la Universidad de Belgrado por oponerse a la Constitución que había dado alas a la autonomía kosovar. Aunque, durante la desintegración de Yugoslavia, Kostunica había sido un severo crítico de las políticas de Milosevic, su disensión en modo alguno subrayaba la inmoralidad de la masiva represión que había caracterizado esas políticas, sino, antes bien, los escasos éxitos obtenidos. Una foto, realizada en 1998, retrataba a Kostunica, en fin, enarbolando en Kosova un fusil Kaláshnikov.

No sin paradoja, los cambios políticos verificados en Serbia parecían llamados a acrecentar la confrontación entre las fuerzas políticas albanokosovares y las potencias responsables del protectorado. La situación general en éste parecía ser peor que la que desde 1995 había caracterizado la frágil paz en Bosnia-Hercegovina. Si en esta última podía admitirse que se habían realizado sensibles progresos en materia de estabilidad aunque apenas se hubiese ganado terreno en lo que a la convivencia se refiere, en Kosova ni siquiera la estabilidad parecía garantizada, tanto más cuanto que la incertidumbre en todos los terrenos era visible. Piénsese, sin ir más lejos, que la resolución de una cuestión tan decisiva como la de la moneda de curso legal dependía estrechamente de desarrollos institucionales imprevisibles. Si en 1999 se había optado por convertir el marco alemán en la moneda de uso corriente en Kosova, la desaparición del marco por efecto de la instauración del euro dejaba abiertas perspectivas tan dispares como las vinculadas con la creación de una nueva moneda kosovar, la reintroducción del dinar yugoslavo o la normalización del empleo del propio euro.

I

A la hora de examinar distintos horizontes de futuro para Kosova obligado resulta prestarle atención, en primer lugar, a la posibilidad de que el país recupere, con los perfiles anteriores a 1989 o con cualesquiera otros, su condición autónoma y ello, naturalmente,

dentro del Estado serbio. Al fin y al cabo ésta ha sido la propuesta maestra de las grandes potencias, defendida también, en el decenio de 1990, por varias fuerzas de la oposición en Belgrado, como era el caso de las lideradas por Vuk Draskovic, por Vojislav Kostunica o por Zoran Djindjic. La propia Izquierda Unida Yugoslava habría coqueteado en su momento con alguna fórmula autonomista, a la que, en virtud de la presión internacional no habría sido ajeno, en fin, el mismo Milosevic.

A estas alturas es difícil que las fuerzas políticas albanokosovares acaten semejante cierre en falso de la crisis, que colocaría en manos de Belgrado, antes o después, una significada capacidad de decisión. Esto aparte, conviene subrayar que la Yugoslavia que integran Serbia y Montenegro es una federación en la que los flujos centralizadores son mucho más poderosos que los que se registraban quince años atrás, de tal suerte que no es sencillo imaginar qué supondría para Kosova la recuperación, en un Estado de clara vocación unitaria, de la perdida condición de provincia autónoma. El retorno a los términos de la Constitución yugoslava de 1974 se antoja, en otras palabras, inviable, habida cuenta de las radicales transformaciones operadas en el escenario.

No parece, por otra parte, que a estas alturas tenga alguna viabilidad un viejo proyecto que sugería la conversión de Kosova en la tercera entidad integrante de la Yugoslavia de hoy, en pie de igualdad con Serbia y Montenegro. Ningún dato invita a concluir que Belgrado ha tomado en serio esta propuesta en momento alguno, y ello pese a que, al menos en teoría, daría cierta satisfacción a las demandas de unos y otros: acrecentaría sensiblemente el autogobierno en Kosova al tiempo que permitiría que este último siguiese siendo un territorio yugoslavo. Las razones para un rechazo de esta propuesta desde Serbia son obvias: para muchos nacionalistas sería intolerable que Kosova dejase de ser un territorio serbio, y ello pese a conservar, a manera de compensación, su condición de territorio yugoslavo. Por otra parte, y en buena lógica, la conversión de Kosova en una más de las entidades integrantes de la Yugoslavia hoy existente acarrearía un reconocimiento del derecho a abandonar la federación, algo firmemente rechazado, al

menos en principio, por Belgrado. Algunos analistas aducen, en fin, que el propio Montenegro, que perdería peso en las instancias federales, podría mostrar su hostilidad hacia el proyecto que nos ocupa.

II

Una tesis muy extendida —ya nos hemos referido antes a ella— sugiere que Milosevic llegó tiempo atrás a la conclusión de que el mantenimiento de Kosova dentro del Estado serbio sería lesivo para éste, ante todo por efecto de prosaicos hechos demográficos. No debe olvidarse que, hablando en propiedad, Milosevic no era —no es— un nacionalista. Se trata, antes bien, de un político que, impregnado de un prosaico pragmatismo, echó mano, cuando le convino, del nacionalismo, pero en modo alguno se dejó cautivar por el esencialismo historicista al que habían sucumbido tantos de sus conciudadanos. El hecho, en otras palabras, de que Serbia hubiese visto la luz en la batalla de Kosovo Polje le decía bien poco al ex presidente yugoslavo.

Según esta visión de las cosas, Belgrado habría buscando un argumento que exponer ante la opinión pública —los bombardeos de la OTAN habrían ofrecido al respecto una base convincente— para justificar el abandono de Kosova, al tiempo que habría puesto manos a la obra para imponer el *fait accompli* de una compensatoria partición. En 1992 se habló ya de conversaciones exploratorias al respecto entre representantes serbios y albanokosovares. Figuras públicas en la vida política serbia como el otrora presidente yugoslavo, Dobrica Cosic, el a la sazón primer ministro federal, Milan Panic, y el presidente de la Academia de Ciencias y Artes, Aleksandar Despic, coquetearon con la posibilidad de una partición de Kosova. En todos estos casos se sugirió que sus opiniones no eran muy diferentes de las que entonces tenía en mente Milosevic. Todos sin excepción parecían conscientes de que, de no asumir algún tipo de secesión de Kosova, en veinte o treinta años la propia Serbia estaría poblada mayoritariamente por albaneses.

En un terreno más concreto, se identificaron distintas variantes de partición. La primera, que se atribuye al ya mencionado Cosic, pretendería preservar los presuntos intereses religiosos, históricos y económicos de Serbia, y otorgaría a ésta el 40% del territorio. Una segunda dejaría del lado albanés el 90% del territorio y se traduciría en la entrega a Serbia de los municipios septentrionales de Leposaviq y Zubin Potok. Una tercera variante otorgaría a Serbia, en fin, un 20% de Kosova, al tiempo que asignaría a Montenegro algunos territorios en torno a Pejë. Entre los criterios de partición que pudo manejar el gobierno serbio se daban cita, a menudo de forma contradictoria, uno de cariz histórico-emocional, que propendía a preservar el control sobre monasterios y recintos parejos, y otro de dimensión fundamentalmente económica, al que no era ajena la riqueza minera del país.A los ojos de la mayoría de los especialistas, el despliegue de las variantes mencionadas debía relacionarse, por lo demás, con los planes de reconfiguración político-administrativa de Kosova. Uno de ellos, muy significativo, pretendía dividir Serbia en seis, siete u ocho regiones, y establecer *dos de ellas* en el actual territorio de Kosova, con las consecuencias que es fácil imaginar.

Ante lo macabro de las diferentes situaciones que se abrieron camino en 1999 es lógico que a muchos la partición les pareciese una solución medianamente razonable para el conflicto de Kosova. Hora es ésta de recordar que, si lo que va a ganar terreno es, en efecto, una fórmula de partición, ésta en modo alguno será el producto de un acuerdo voluntario. Será, antes bien, una consecuencia directa del uso de la fuerza, por unos o por otros. No está de más que recordemos que la comunidad internacional no se paró en mientes a la hora de tolerar algo parecido en Bosnia-Hercegovina en 1995.

III

Ya hemos señalado que el reconocimiento del derecho de autodeterminación de Kosova ha sido rechazado tanto por Belgrado como por las principales instancias internacionales. Entre las

consecuencias posibles del ejercicio de ese derecho se contarían, de cualquier modo, un Kosova independiente —sin duda la opción mayoritaria entre los albanokosovares— y una futura integración en Albania.

La fundamentación de por qué en Kosova debería reconocerse el derecho de autodeterminación se acoge a argumentos muy variados. Una tesis muy extendida señala que tal horizonte debe reconocerse en casos —parece que éste es, sin disputa, el que nos ocupa— en los que una comunidad humana se ha visto sometida, durante un período de tiempo prolongado, a una sistemática conculcación de sus derechos básicos. Al respecto se ha subrayado a menudo que las autoridades serbias fueron cerrando, por un lado, todas las puertas y decidieron emplear, por el otro, la violencia en gran escala. Naturalmente que la defensa del derecho de autodeterminación debe realizarse sobre la base de un rotundo respeto de los derechos de las minorías. No está de más recordar, en ese plano, que en el pasado la principal fuerza política albanokosovar, la Liga Democrática que preside Rugova, se mostró firmemente decidida a evitar la repetición, con la minoría serbia presente en el territorio, de lo acaecido con la mayoría albanesa. El proyecto de la Liga, como sugerimos en su momento, era un Kosova independiente y multiétnico que sirviese de puente entre dos países atávicamente enfrentados: Serbia y Albania.

La lamentable ausencia en Serbia de voces que reconozcan el derecho de autodeterminación y mitiguen, así, la tentación negativista, lógica en estas horas, de muchos albanokosovares contrasta con la unanimidad que las fuerzas políticas de éstos —incluidas las moderadas y, si es que las hay, las no nacionalistas— muestran con respecto a la urgencia de reconocimiento del derecho que nos ocupa. A los ojos de Gazmend Pula, del Comité Helsinki de Prishtinë, la base inicial de semejante reconocimiento bien podría en Kosova una remodelación del protectorado en virtud de la cual se hiciese valer una administración conjunta ejercida por Naciones Unidas (en su caso la OSCE), las autoridades yugoslavas —o las serbias— y los representantes del pueblo kosovar, con Albania en papel consultivo. Otra posibilidad estribaría en hacer de Kosova una

especie de condominio, de tal suerte que el gobierno corriese a cargo, durante un período de tiempo más o menos prolongado, de dos o más Estados —acaso Yugoslavia (o Serbia) y Albania—, bajo la supervisión, una vez más, de Naciones Unidas o de la OSCE.

Al principio de este epígrafe señalamos que, resultando evidente que la mayoría de la población albanokosovar —esto es, la mayoría de la población de Kosova— optaría por la secesión con respecto a Serbia, una vez verificada ésta se abrirían camino dos posibilidades: o bien un Kosova independiente, o bien la integración en Albania. Con arreglo al primer horizonte, el protectorado podría dejar el camino expedito, con el paso del tiempo, a un Estado abierto y desmilitarizado en el que cabrían, por añadidura, fórmulas de cantonalización de las áreas en las cuales hubiese significada presencia de minorías, acuerdos extraterritoriales para resolver los problemas relativos a determinados monasterios ortodoxos y a otros recintos de valor histórico para serbios y montenegrinos —unos y otros podrían quedar bajo jurisdicción foránea—, y fronteras muy abiertas. Semejante proyecto guarda alguna relación con la idea matriz que para el futuro ha manejado, como unas líneas más arriba recordamos, la LDK.

Aunque la mayoría de las fuerzas políticas albanokosovares se han manifestado partidarias de un Estado independiente, y no de la unificación con Albania, esta posibilidad en modo alguno puede descartarse, tanto más si tomamos en consideración datos como el vinculado con la solidaridad mostrada por los albaneses tras la huida masiva de albanokosovares una vez verificados los ataques de la OTAN sobre Serbia y Montenegro. Algunos hechos podrían explicar, en sentido contrario, el porqué de una decisión mayoritaria, a ambos lados de la frontera, en contra de la unificación en un macroestado albanés. Si uno de ellos lo aporta la existencia de diferencias de desarrollo económico en claro beneficio de Kosova, otro remite al vigor de asentados estereotipos que, relativos a las elites políticas, económicas y culturales, suscitan un vivo recelo en Albania, donde acaso se percibe a los kosovares con cierto complejo de inferioridad. Conviene agregar la mala relación existente, desde 1997, entre los clanes dominantes —y entre las

fuerzas políticas en las que se reflejan— en los dos países. La LDK de Rugova, mayoritaria en Kosova, se halla estrechamente relacionada con el Partido Democrático de Sali Berisha, en la oposición en Albania, en donde desde 1997 gobierna un Partido Socialista que, asentado en el sur del país, mantiene desencuentros históricos con los clanes septentrionales y, por extensión, con los kosovares. No es sencillo calibrar, por lo demás, cuáles serían los efectos que el ejercicio del derecho de autodeterminación en Kosova tendría entre la comunidad albanesa presente en Macedonia.

La eventual independencia de Kosova podría conducir a la gestación posterior de una confederación balcánica. Ya en su momento referimos que Adem Demaçi, uno de los principales dirigentes de la resistencia albanokosovar y en su momento portavoz del ELK, reivindicó un proyecto de esa naturaleza, cuyos integrantes serían Serbia, Montenegro y Kosova (no estamos hablando, entiéndase bien, de la federación tripartita a la que antes nos referimos, toda vez que en el caso que ahora nos ocupa la independencia de Kosova sería una condición previa). Es significativo que la propuesta de Demaçi recibiese críticas muy duras desde una Liga Democrática de Kosova en principio manifiestamente contraria a mantener lazos institucionales con Serbia y Montenegro, y ello pese a que llevaba consigo un proyecto razonable de preservación de relaciones, bien que desde la independencia de las entidades confederadas.

IV

El ataque de la OTAN contra Serbia y Montenegro colocó en situación delicada a muchas gentes que, en la izquierda, seguían sin creer un ápice de la propaganda que la Alianza Atlántica difundía sobre sí misma. El hecho de que el objeto de las acciones armadas fuese un régimen impresentable a duras penas podía acallar, sin embargo, una contestación radical de esa superstición que hacía de la OTAN una organización filantrópica entregada a la defensa de causas justas y a la generosa distribución de ayuda humanitaria.

Antes de aportar argumentos en provecho de lo anterior conviene, sin embargo, dejar zanjada una cuestión: se hace muy cuesta arriba dar crédito a la idea de que puedan albergar alguna razón las gentes que han defendido al régimen de Milosevic sin rebozo o han guardado al respecto de aquél un vergonzoso silencio. El hombre que dirigió Serbia durante trece años acabó por forjarse un currículum difícilmente superable: encabezó en su momento un movimiento de agresivo nacionalismo chauvinista, atentó con contundencia contra el principio federal que inspiraba al Estado yugoslavo, inició cruentas guerras contra poblaciones indefensas, alentó el rápido asentamiento de un capitalismo mafioso, no dudó en configurar oscuros gobiernos de coalición con formaciones de corte parafascista y, en suma, se hizo merecedor del dudoso galardón de máximo responsable de la desintegración violenta de Yugoslavia. Quienes a estas alturas no hayan caído en la cuenta, por cierto, de que Milosevic ha sido, en una de sus dimensiones más sonoras, un anti Tito es que han preferido dar la espalda a la realidad. Y para demostrarlo no hay que invocar sesudas interpretaciones: basta con leer los discursos del ex presidente yugoslavo. Que lo de Milosevic hedía lo demuestra, en fin, que son muy pocos, y muy extraviados, los que en estas horas mantienen su simpatía por el personaje. El que más y el que menos, sin excluir a quienes han sostenido impertérritos que en los conflictos yugoslavos todos eran iguales, o que la situación era muy compleja, han sido pocos los que no han acabado por caer en la duda.

Pero, y ahora nos encaminamos a donde íbamos, es obligado preguntarse si las acciones de la OTAN respondían realmente al designio de acabar con el régimen de Milosevic. La respuesta es, contundentemente, no, y al respecto bastará con recordar dos de los motivos fundamentales que condujeron a la Alianza Atlántica a intervenir. El primero lo aportaron los gravísimos problemas de imagen forjados en 1998: la OTAN reiteró hasta la saciedad que en modo alguno toleraría una repetición en Kosova de lo acaecido unos años atrás en Bosnia-Hercegovina. Los hechos consumados obligaron a concluir que sus portavoces fanfarroneaban. Pero es que, y en particular desde que las negociaciones de Rambouillet

cobraron cuerpo, la OTAN se sumergió en un órdago que hacía inevitable su acción si las partes no alcanzaban un acuerdo. Los estrategas de la Alianza dieron por descontado que el acuerdo se iba a alcanzar y eludieron tomar en consideración cualquier otro horizonte. Desde el 24 de marzo de 1999 el propio Solana, por lo que cuentan inmerso en una irrefrenable depresión, pagó los platos rotos por tanta fatuidad e improvisación.

La segunda de las explicaciones del porqué de la intervención de la OTAN remite a algo ontológicamente más grave. Como ya hemos señalado, sólo los más ingenuos pueden aceptar de buen grado que la Alianza se sintió genuinamente preocupada por la conculcación de los derechos básicos de la mayoría de la población de Kosova; no hay ningún antecedente de semejantes querencias en la OTAN, y sí un sinfín de ejemplos de cómo sonados genocidios han quedado sin respuesta de las potencias occidentales, y ello cuando no han sido estimulados por éstas. Ni siquiera parece que la catástrofe humanitaria de la primavera de 1999, tan invocada por la retórica otaniana, preocupase por sí misma. Sólo inquietaba en la medida en que podía ser la causa de una guerra abierta en Kosova que se expandiese a la vecina Macedonia y acarrease la activa intervención de algunos de los Estados de los Balcanes meridionales. Ese prosaico escenario geoestratégico, y no otra cosa, era lo que realmente inquietaba a la OTAN. Que no nos engañen, pues. El designio de la OTAN ha estribado en preservar unas reglas del juego que garanticen la estabilidad y el negocio. En el pasado la Alianza coqueteó, para ello, con Milosevic, y nada obliga a descartar que en el futuro lo siga haciendo con personajes parecidos. La OTAN, la principal estructura de seguridad de los países más ricos del planeta, sigue estando donde estaba.

V

Nada es más grave entre nosotros que dar por buenos los efectos de una omnipresente etnificación del lenguaje. La satanización de “los serbios”, de “los croatas” o de “los albaneses”, como si entre todos ellos no hubiese un sinfín de posturas distintas, es una

dramática distorsión de la realidad. Es verdad que el fenómeno remite muchas veces a una simple importación. Por lo que cuentan, para muchos serbios, “y en particular para las clases medias de Belgrado, los albaneses son gentes primitivas que se dedican a cortar madera y transportan carbón, comen tomate y pan, duermen en el suelo y ahorran hasta el último centavo para ver de comprarse una esposa. Para muchos albaneses, los serbios están genéticamente abocados a la conquista y a la opresión, siempre se hallan ávidos de poder y de tierras, y sólo ceden cuando alguien exhibe la fuerza”[14].

Resulta lamentable, sin embargo, el olvido de los vínculos que, pese a todo, existen entre las comunidades presentes en Kosova. En la lengua que hablan los serbokosovares está presente un significativo número de palabras albanesas, y cabe suponer que algo semejante ocurre, con palabras serbias, en el albanés hablado por los albanokosovares. Los albaneses y los serbios de Kosova comparten, por otra parte, un sinfín de elementos folklóricos comunes, y ello hasta el punto de que muchas de las canciones más populares entre los serbokosovares incorporan elementos albaneses y turcos. Un sacerdote serbio, el padre Sava, tuvo el coraje de defender, desde su monasterio de Deçan, a las víctimas de la represión miloseviciana y no dudó en su momento en recibir a quien a la sazón era el portavoz del ELK, Adem Demaçi. El propio superior de Sava, el obispo Artemije, aunque menos claro en su comportamiento y en sus manifestaciones, no dejó de tener problemas con Belgrado por su actitud genéricamente abierta. Han sido muchos, y por lo demás fructíferos, los esfuerzos de aproximación alentados por grupos religiosos kosovares, unas veces de manera independiente y otras en virtud de iniciativas internacionales. Tampoco han faltado relaciones fluidas como las establecidas por las “Mujeres de Negro” de Belgrado o como las derivadas de otra organización, con sede de nuevo en la capital serbia, como es el Centro de Derecho Humanitario.

No tenemos razón alguna para concluir que gentes como las que acabamos de invocar son una absoluta rareza, y tampoco hay motivos para aceptar sin recelo la carga emotiva que lleva aparejada

un término, *Kosovozacija*, que en serbio es sinónimo de lo que en el mundo occidental se entiende por “balcanización”. El ascendiente, en suma, del movimiento de desobediencia civil imperante durante años no puede desaparecer de la noche a la mañana en Kosova, y ello pese a que la inercia belicista se ha llevado, a buen seguro, muchas cosas y ha generado, del lado albanokosovar, una impresentable censura en lo que se refiere, por ejemplo, a la emisión de críticas con respecto al ELK. Y es que los datos que dan cuenta de cruces, mestizajes e influencias —de una convivencia creativa, en suma— no faltan. Al fin y al cabo, serbios y albaneses pelearon en el mismo bando en la demasiado recordada batalla de Kosovo Polje.

Apéndice. Breve diccionario kosovar

Albania

Si hay que dejarse guiar por las opiniones, en este caso unánimes, de los albanokosovares, Albania aparece adobada de todos los estigmas negativos. Entre ellos se cuentan los del caos, las mafias y la delincuencia, que invitan a esquivar cualquier tentación de viaje a un país que sólo las apariencias convierten en vecino. Hay quien juega con una versión local de la teoría del dominó: si Grecia controla hoy la economía de Macedonia y ésta hace lo propio con la de Kosova, lo suyo es que este último acabe por dirigir, en el futuro, la vida comercial de Albania. Nadie se atreve a avanzar, sin embargo, el nombre del país del que la propia Albania se beneficiará, algo que, por sí solo, convierte a ésta en un formidable hervidero de tensiones. Albania representa en Kosova, no sin paradoja, un pasado que efímeramente adoptó la forma de un sueño: el de la unificación. Claro que hay otro pasado que también ha quedado reducido a escombros: ni Tito ni el Estado yugoslavo que feneció en 1991 parecen haber dejado huella alguna en mentes y símbolos.

Automóviles

Desastres de la guerra al margen, el paisaje kosovar sólo se ha visto salpicado en los últimos meses por una novedad: la proliferación, que recuerda a lo común en el Tercer Mundo más postrado, de gasolineras, a menudo gigantescas. Por detrás despunta un procedimiento más, el enésimo, encaminado a facilitar una tarea que antes o después llegará: el blanqueo del dinero que se halla en manos de las mafias. El del automóvil es, en paralelo, uno de los negocios más prósperos en Kosova, en donde abundan los coches sin matrícula, cabe suponer que substraídos en países más prósperos. Las normas de circulación brillan, entre tanto, por su ausencia, y lo de menos es que muchos conductores carezcan del carné correspondiente: más grave resulta que no sea infrecuente encontrar a un niño al mando de un automóvil.

Casas

En Kosova el único indicador de progreso económico lo ofrece la reconstrucción, mucho más rápida que en Bosnia-Hercegovina, de las viviendas, en buena medida producto de las remesas de la emigración. La explicación, por lo demás, parece sencilla, toda vez que han podido regresar a sus hogares los refugiados generados por las diferentes oleadas de represión que, urdidas desde Belgrado, afectaban, como es sabido, a la mayoría albanokosovar de la población; no ha ocurrido algo semejante, en cambio, en Bosnia-Hercegovina. Es verdad, con todo, que no siempre resulta sencillo interpretar lo que se ve. Muchas casas de reconstrucción aparentemente reciente acaso presentan ese aspecto en virtud de una razón más prosaica: desde tiempo atrás la decisión de no encalar las paredes externas permite eludir el pago de los impuestos municipales correspondientes.

Fosas comunes

Aunque las informaciones son confusas, acaba de encontrarse en Prishtinë una fosa común con más de un centenar de cuerpos de ciudadanos serbios y gitanos. Ninguna duda puede albergarse con respecto al hecho de que hace algo más de un año, tras la retirada del ejército y la policía serbo-yugoslavos, se produjeron impresentables acciones de represalia. Pero no conviene perder el rumbo: las carreteras de Kosova están llenas de fosas comunes en las que, poco a poco, han ido cobrando cuerpo cementerios presididos por banderas rojas con águilas negras. Entre nosotros hay quien, con lamentable desparpajo, ha dado en considerar irrelevante la cifra de tres mil albanokosovares muertos en virtud de la represión desencadenada por Belgrado al calor de los bombardeos de la OTAN. Aunque, habida cuenta de los desaparecidos, lo probable es que el número de muertos sea más alto, basta con que el guarismo mencionado se ajuste a la realidad para concluir que la represión fue crudísima. Aun así, resulta evidente que la OTAN, en su esfuerzo de autobombo, cargó visiblemente las tintas en la demonización del rival.

Fútbol

El fútbol, italiano o español, es lo único que —reyertas étnicas aparte— produce pasión en el Kosova de estos meses. Los chavales entonan de corrido los nombres de los jugadores del Lazio o del Real Madrid, y más de uno recuerda la noche de alegría que siguió al agónico 4-3 con que concluyó, en junio de 2000, un partido entre España y Yugoslavia. La influencia de lo hispano se aprecia también a través de los culebrones que, emitidos en versión cuasi original, se han convertido en improvisada, y medianamente eficaz, escuela de idiomas. Por detrás de semejante interés por lo que sucede allende las fronteras es fácil barruntar la necesidad imperiosa de olvidar lo que ocurre en casa. A duras penas podría explicarse, si no, la increíble proliferación de parabólicas —sin temor a la exageración cabe afirmar que carece de parangón en todo el planeta— que se registra en Prishtinë.

Iglesia ortodoxa

Cerca de Pejë, el monasterio ortodoxo de Deçan es una grata sorpresa para el visitante. Protegido por soldados italianos, lo de menos en este caso es su belleza, difícilmente rebajable. Mayor relieve tiene el hecho de que en los últimos años Deçan ha sido el lugar en el que ha vivido el pope Sava, una de las pocas voces que, del lado de la comunidad serbokosovar, no ha dudado en oponerse con entereza a las tropelías de Milosevic y los suyos. Dentro del templo se vende, en versión inglesa y serbia, un libro que lleva el provocador título de *Kosova crucificado. Iglesias ortodoxas serbias destruidas y dañadas en Kosova (junio-octubre de 1999)*. El informe, avalado por las autoridades religiosas, es concluyente y da cuenta de otras tropelías, en este caso protagonizadas por radicales albanokosovares. El libro no pierde, sin embargo, el norte —de nuevo la sorpresa— e ilustra de manera cabal la opción por la convivencia que defiende una parte de la Iglesia ortodoxa serbia. Al pope Sava, por ejemplo, no le flaquea la memoria: “Los albaneses padecieron sus días de sufrimiento, exilio y muerte, infligidos por la política inmoral y destructiva del régimen de Milosevic”.

Isla sin mar

Pese a lo que dicen los mapas, Kosova es una suerte de isla sin mar. En los hechos, sólo hay un cordón umbilical que comunica con el mundo: la carretera que une Prishtinë con Skopje, la capital de la vecina Macedonia. Lo demás se antojan caminos para aventureros y contrabandistas, y ello pese a que, sobre el papel, los ciudadanos de dos territorios —Montenegro y el Sandjak— que siguen insertos en la fragilísima federación yugoslava pueden moverse a sus anchas por el país. La isla está llena, por añadidura, de polvo y desperdicios. En una de las calles centrales de Prishtinë, y con empeño encomiable, tres jóvenes japonesas recogen la basura desperdigada. Nadie parece dispuesto a seguir su ejemplo. Tal vez es una más de las secuelas de lo que Veton Surroi, el director del diario *Koha Ditore*, reconoce sin esfuerzo: el ascendiente del

admirable movimiento de desobediencia civil que se hizo valer en el decenio de 1990 resulta inapreciable en estos días.

Mujeres

Las calles del centro de Prishtinë son un bullicio permanente. La presencia de mujeres en actitudes desenvueltas puede inducir, sin embargo, a la confusión. Aunque en la sociedad kosovar de estos tiempos se dan cita, de manera casi siempre contradictoria, agudos espasmos modernizadores y hondas pulsiones tradicionales, quienes saben de estas cosas afirman con rotundidad que la mujer sigue ocupando un lugar marginal que se hace tanto más evidente cuanto más lejos se está de los núcleos urbanos. Los malos tratos parecen estar, además, a la orden del día. Y ojo que la situación de marginación que nos ocupa no resulta privativa de la mayoría albanesa de la población: es común, también, entre los serbios.

OTAN

Los contingentes militares internacionales, en su mayoría aportados por Estados miembros de la OTAN, se hallan por doquier. No debe olvidarse que los soldados, en número mucho más alto que el de los presentes en Bosnia-Hercegovina, patrullan un territorio más pequeño y menos poblado. Han acabado por convertirse, en otra de las dimensiones de la cuestión, en elemento vital para la preservación de la decrépita economía kosovar. Los miembros de este ejército de ocupación tienen, por lo demás, varios cometidos: si el primero es defenderse a sí mismos, el segundo estriba en hacer lo propio con un puñado de monumentos —en su mayoría iglesias— de presumible valor simbólico para la minoría serbia. Un tercer cometido consiste en garantizar la pervivencia de unos cuantos enclaves de población, de nuevo, serbia. Habida cuenta de lo ocurrido el año pasado, es fácil imaginar lo que los miembros de esta minoría suelen pensar de los soldados foráneos. Pero acaso tiene mayor interés reproducir el comentario de un médico albanokosovar: “Los uniformes militares —yugoslavos, serbios,

albanokosovares, alemanes o estadounidenses— me repugnan. Los asocio con los ingentes males que padecemos desde hace más de diez años".

Pensiones

En ese marasmo que es la Europa central y oriental los ancianos son la víctima principal de muchos de los cambios económicos. En Kosova no se trata de que sus pensiones apenas den para nada: es que literalmente no existen, al menos en lo que se refiere a la mayoría albanokosovar de la población, que ha perdido los derechos adquiridos durante decenios de trabajo. Los ancianos serbios siguen cobrando, entre tanto, de Belgrado, a través de una oficina ubicada en el centro de Prishtinë. Las redes de solidaridad que permean el sistema de organización familiar en las comunidades albanesas han impedido, con todo, que la situación de los ancianos en Kosova —no se olvide que en muchos casos sus viviendas fueron destruidas el pasado año— alcance ribetes dramáticos.

Serbios

Mucho se habla de los serbios de Mitrovicë, la ciudad kosovar en la que la concentración de aquéllos es, hoy por hoy, mayor. Pero desde hace un año Kosova está jalonado de pequeños *ghettos* de población serbia que, protegidos por los soldados de la OTAN, sobreviven merced a lo poco que llega de Belgrado y a la ayuda humanitaria internacional. Muy cerca de Prishtinë, y en dos de esos *ghettos*, los muros están cubiertos con fotos de dirigentes políticos. Si en un caso se trata de Vojislav Seselj, el líder del parafascista Partido Radical, en el otro quien medio sonríe es el propio Slobodan Milosevic. A tenor de lo que significan los dos nombres mencionados, no parece que los serbios que han optado por quedarse sean, precisamente, los más mesurados. A buen seguro que la vida se ha hecho dura para muchas de estas gentes, que un par de años atrás blandían con arrogancia sus armas por las calles.

Cronología

1945

Las últimas fuerzas de ocupación alemanas son expulsadas de Yugoslavia por el ejército popular, ayudado por tropas soviéticas. Nace, bajo la dirección de Tito, el Estado federal yugoslavo.

1946

Se promulga la primera Constitución federal; en ella se atribuye a Kosova la condición político-administrativa de región.

1948

Ruptura entre Tito y Stalin; Yugoslavia es expulsada del *Kominform*.

1955

Con la visita de Jrushchov a Belgrado, la URSS inicia una política de reconciliación con Yugoslavia.

1956

Proceso de Prizren contra dirigentes comunistas albanokosovares.

1960

Tito defiende ante la Asamblea General de la ONU el no alineamiento.

1963

Se promulga una nueva Constitución yugoslava y se acentúa la descentralización del aparato estatal.

1966

Rankovic, vicepresidente de la república y vinculado con sectores nacionalistas serbios, es destituido.

1967

La Asamblea Federal aprueba una serie de enmiendas constitucionales que refuerzan la descentralización administrativa.

1968

Aparecen brotes nacionalistas en Kosova y Bosnia-Hercegovina. La invasión de Checoslovaquia enturbia de nuevo las relaciones entre Yugoslavia y la URSS. Kosova ve cómo se acrecientan sensiblemente sus capacidades de autogobierno.

1971

El gobierno central reprime con dureza los disturbios y emprende la depuración del partido y los órganos de gobierno en Croacia.

1974

Se promulga una nueva Constitución que reafirma la descentralización y otorga a Kosova la condición de provincia autónoma dentro de Serbia.

1980

Muere Tito; la jefatura del Estado es asumida por una presidencia colectiva.

1981

Un violento movimiento nacionalista estalla en Kosova; el gobierno reprime la revuelta; se inicia la depuración de miembros del partido en la administración y en la universidad.

1982

Las autoridades declaran que en el período de marzo a septiembre se produjeron 700 detenciones de nacionalistas albaneses y que más de 300 personas de esa nacionalidad fueron juzgadas por motivos políticos. Continúa la purga de elementos nacionalistas en el partido y la administración, y aumenta la emigración de serbios y montenegrinos procedentes de Kosova, lo que provoca malestar en Serbia.

1983

Más de 100.000 personas acuden a un funeral en memoria de Rankovic, lo cual se interpreta como una reacción del nacionalismo serbio ante la actividad nacionalista en Kosova y Bosnia-Hercegovina.

1986

Se celebra en Belgrado la primera de una serie de manifestaciones en protesta por el acoso a que se ven sometidos los serbios en Kosova. Hasani, un albanokosovar, pasa a encabezar la presidencia colectiva yugoslava. Milosevic accede a la dirección, de hecho, de la Liga de los Comunistas de Serbia. La Academia Serbia de Ciencias emite un *Memorandum* de tono claramente nacionalista.

1987

Se agudizan los conflictos entre albaneses y serbios en Kosova. Primer mítin de Milosevic en Kosova. Milosevic desplaza a Stambolic en la dirección de Serbia.

1988

Milosevic inicia una campaña en favor de la anulación de la autonomía de la Vojvodina y Kosova. Es purgada la dirección de la Liga de los Comunistas de Kosova.

1989

Milosevic pronuncia un discurso en el 600 aniversario de la batalla de Kosovo Polje. La población de Kosova responde con huelgas y violencia a las pretensiones del gobierno serbio en el sentido de acabar con su autonomía. Bajo enormes presiones el parlamento de Kosova aprueba medidas destinadas a otorgar a Serbia un mayor control sobre la provincia, lo cual provoca una radical protesta popular y la subsiguiente represión.

1990

Un congreso extraordinario de la Liga de los Comunistas aprueba la renuncia al monopolio del poder. Milosevic, líder del nuevo Partido Socialista de Serbia, ocupa el cargo de presidente de esa república. El parlamento serbio aprueba una ley destinada a reforzar el control sobre Kosova. Quedan plenamente abolidas las condiciones

autónomas de Kosova y la Vojvodina; los diputados albanokosovares, reunidos clandestinamente, proclaman la soberanía de Kosova. Los partidarios de que Eslovenia se separe de la Federación consiguen el 95% de los votos en un referéndum de autodeterminación.

1991

En Croacia, el 94% de los votantes apoya la independencia. Serbia y Montenegro boicotean la elección del croata Mesic como presidente federal. Croacia y Eslovenia proclaman la independencia; el ejército federal interviene en Eslovenia. Fuerzas irregulares serbias apoyadas por el ejército federal inician un ataque sistemático en diversas zonas de Croacia. Se celebra en Macedonia un referéndum en el que el 94% de los votantes apoya la independencia. En Kosova se organiza un referéndum clandestino sobre la soberanía nacional. La ONU decide un embargo sobre el envío de armas a Yugoslavia. La presidencia federal es acaparada por el “bloque serbio” y anuncia nuevas medidas de fuerza. Kosova elige un gobierno clandestino. Alemania y Austria reconocen a Croacia y Eslovenia.

1992

Alto el fuego, respetado por las partes enfrentadas, en Croacia. Los albaneses de Macedonia celebran un referéndum sobre su autonomía. Se organiza en Bosnia-Hercegovina un referéndum en el que la mayoría de los votantes se inclina por la independencia. La población de Montenegro opta, en referéndum, por mantener la república dentro de Yugoslavia. Bosnia-Hercegovina se declara independiente. Se extienden los combates en Bosnia-Hercegovina, cuyo gobierno demanda la intervención de la ONU. Llegan a Sarajevo los primeros “cascos azules”. La Liga Democrática, de Ibrahim Rugova, se impone en unas elecciones paralelas celebradas en Kosova. La ONU declara un embargo sobre Serbia y Montenegro. Elecciones en Serbia, boicoteadas por buena parte de

la oposición; socialistas y radicales obtienen la mayoría de los escaños. La ONU autoriza el despliegue de “cascos azules” en Macedonia.

1993

Ve la luz el plan Vance-Owen, que reclama la división de Bosnia-Hercegovina en diez cantones. La ONU crea un tribunal para juzgar crímenes de guerra en la antigua Yugoslavia. El Consejo de Seguridad de la ONU declara seis ciudades bosnias bajo su protección. Serbia y Croacia proponen un plan de partición de Bosnia-Hercegovina en tres Estados. Milosevic desarrolla una purga en la dirección del ejército yugoslavo. Se celebran elecciones generales en Serbia: el Partido Socialista frisa la mayoría absoluta.

1994

Nace la Federación Bosnio-Croata. Ve la luz un plan, avalado por el llamado “grupo de contacto”, que prevé la partición de Bosnia-Hercegovina. El presidente serbio, Milosevic, decreta un embargo sobre sus hasta entonces aliados serbobosnios.

1995

Las milicias serbias ocupan las “zonas de seguridad” de Srebrenica y Zepa. Una ofensiva croata permite recuperar la Krajina en tres días, provoca un éxodo masivo de ciudadanos serbios y libera el enclave bosnio de Bihac. Se desarrolla una ofensiva croata en Bosnia central. Tras una nueva matanza en Sarajevo, la OTAN desarrolla activos bombardeos contra instalaciones militares serbobosnias. El presidente serbio, Milosevic, impone a Karadzic su control sobre las negociaciones relativas al futuro de Bosnia-Hercegovina. Amplia ofensiva del ejército y de las milicias croatas, y del ejército bosnio, en Bosnia central. Se levantan parcialmente las sanciones de la ONU sobre Serbia y Montenegro. Se firma en Dayton (EE.UU.) un acuerdo de paz para Bosnia-Hercegovina.

1996

Primeros atentados del Ejército de Liberación de Kosova. Varios partidos de oposición gestan en Serbia la coalición “Unidos”. Se firma un acuerdo, no aplicado, que estaba llamado a permitir la reintegración de los albanokosovares en el sistema educativo público. Graves irregularidades en el cómputo de los votos en las elecciones municipales en Serbia.

1997

La coalición “Unidos” se rompe. Milosevic es elegido presidente de la federación que forman Serbia y Montenegro. Las elecciones legislativas serbias registran un claro ascenso del Partido Radical. Djukanovic es elegido presidente de Montenegro. Tras presuntas irregularidades, Milutinovic se impone a Seselj en las elecciones presidenciales serbias.

1998

En virtud de un acuerdo firmado con Serbia, Croacia recupera la Eslavonia oriental. El Partido Radical se incorpora al gobierno serbio, mientras el máximo dirigente del Movimiento de Renovación Serbia, Draskovic, se convierte en vicepresidente federal yugoslavo. Se acentúa en Kosova la confrontación entre unidades militares y policiales serbias y fuerzas del Ejército de Liberación de Kosova. Rugova y Milosevic se entrevistan en Belgrado. Se alcanza, en octubre, un acuerdo de paz sobre Kosova.

1999

Los combates se reanudan, con intensidad, en Kosova. Fracasan en Rambouillet dos rondas de negociaciones entre las delegaciones yugoslava y albanokosovar. La OTAN inicia sus bombardeos, y produce numerosas víctimas civiles, en Serbia y, en menor medida, en Montenegro. Se produce en Kosova una cruenta represión y la

expulsión masiva, hacia los Estados limítrofes, de albanokosovares. Tras aceptar Milosevic un plan de paz impuesto por las potencias occidentales, la policía y el ejército yugoslavos se retiran de Kosova. Se instaura un protectorado internacional en Kosova al tiempo que se despliegan en el territorio contingentes militares internacionales, se verifica un rápido retorno de los refugiados albanokosovares y se inicia el éxodo de buena parte de los integrantes de la minoría serbia. El Ejército de Liberación de Kosova es objeto de una parcial desmilitarización.

2000

La ciudad de Mitrovicë es objeto de numerosos enfrentamientos entre serbios y albaneses. Al sur de Serbia, en la región colindante con Macedonia y con Kosova, surge una guerrilla albanesa. El presidente yugoslavo, Milosevic, pierde las elecciones en provecho de su principal rival, Kostunica. La Liga Democrática se impone en las elecciones municipales celebradas en Kosova. La oposición serbia gana las elecciones generales y Djindjic se convierte en primer ministro.

2001

En el oeste y el norte de Macedonia se extienden los combates entre el ejército republicano y una guerrilla albanesa. Arrecia la tensión política entre Serbia y Montenegro. Las autoridades internacionales promueven un “Cuadro constitucional” para Kosova. Milosevic es colocado a disposición del Tribunal de La Haya.

Bibliografía

Dado el alud de bibliografía que se ha registrado en los últimos años, en la lista que sigue se ha optado por incluir en exclusiva trabajos que, en su integridad, se ocupan del conflicto de Kosova o de la situación en dos países aledaños: Albania y Macedonia. Se ha rehuido, en consecuencia, la inclusión de textos generales sobre la desintegración de Yugoslavia, de la misma suerte que se ha suprimido la mención que, en *Para entender el conflicto de Kosova*, se hacía a capítulos precisos de libros que, de nuevo, mostraban un cariz más general.

ABATE, Alberto L' (1997). *Il Kossovo ed il conflitto serbo-albanese: attività e proposte per la mediazione e la risoluzione nonviolenta*. Università di Firenze, Florencia.

ABATE, Alberto L' (1999). *Kosovo: una guerra annunciata*. La Meridiana, Molfetta.

Académie des Sciences de l'Albanie (1998). *La plate-forme pour la solution de la question nationale albanaise*. Shkenca, Tirana.

ADAM, Bernard (dir) (1999). *La guerre du Kosovo*. GRIP-Complexe, Bruselas.

ALBRECHT, Ulrich; SCHÄFER, Paul (dirs.) (1999). *Der Kosovo-Krieg. Fakten, Hintergründe, Alternativen*. PapyRossa, Colonia.

Amnistía Internacional (1992). *Yugoslavia: ethnic Albanians. Victims of torture and ill-treatment by police in Kosovo province*. AI, Londres.

Amnistía Internacional (1993). *Federal Republic of Yugoslavia: international monitoring in Kosovo and beyond*. AI, Londres.

Amnistía Internacional (1994). *Yugoslavia: ethnic Albanians. Trial by truncheon*. AI, Londres.

Amnistía Internacional (1994). *Yugoslavia: police violence against ethnic Albanians in Kosovo province*. AI, Londres.

Amnistía Internacional (1994). *Yugoslavia: police violence in Kosovo province. The victims*. AI, Londres.

BARTOK, Enrico (1999). *Kosovo. Le ragioni di una tragedia*. Swan, Rimini.

BATAKOVIC, Dusan T. (1993). *Kosovo. La spirale de la haine*. L'Age d'homme, Lausana.

BENEDIKTER, Thomas (1998). *Il drama del Kosovo*. Datanews, Roma.

BERSELLI, Edmondo, y otros (1999). *La pace e la guerra. I Balcani in cerca di un futuro*. Il sole 24 ore, Milán.

BIAGINI, Antonello (1998). *Storia dell'Albania*. Bompiani, Milán.

BLAKU, Rifat (1995). *Actions menées par l'État serbe en vue du nettoyage ethnique de la Kosove et des autres territoires albanais occupés*. Centre d'Information de la Républi-que de Kosove, Ginebra.

BOOTH, Ken (dir.) (2001). *The Kosovo tragedy. The human rights dimension.* Frank Cass, Londres.

BOSETTI, Giancarlo, y otros (1999). *L'ultima crociata. Ragioni e torti di una guerra giusta*. Reset, Milán.

BROSSAT, Alain; POTTEL, Jean-Yves (1999). *Au miroir de la guerre. Réflexions sur la guerre du Kosovo*. L'Aube, La Tour d'Aigues.

BRUGOS, Tino (2001). "De Kosovo a Mace-donia pasando por Presevo", en *Andalucía libre* (nº 84, 2 de enero de 2001).

BUNEL, Pierre-Henri (2000). *Crimes de guerre à l'OTAN*. Edition nº 1, París.

BÜSCHENFELD, Herbert (1991). *Kosovo. Nationalitëtenkonflikt in Armenhaus Jugos-lawiens*. Aulis Verlag/Deubner, Colonia.

CABANES, Pierre; CABANES, Bruno (1999). *Passions albanaises, de Berisha au Kosovo*. Odile Jacob, París.

CAMPBELL, Greg (2000). *The road to Kosovo. A Balkan diary*. Westview, Boulder.

CARLEN, J.Y.; DUCHÊNE, S.; EHRHART, J. (1999). *Ibrahim Rugova. La frêle colosse du Kosovo*. Desclée de Brouwer, París.

CASTELLAN, George (1994). *L'Albanie*. PUF, París.

CHESNAIS, François; Noctiummes, Tania; PAGE, Jean-Pierre (1999). *Réflexions sur la guerre en Yougoslavie*. L'Esprit frappeur, París.

CHICLET, Christophe; LORY, Bernard (1998). *La République de Macédoine*. L'Harmattan, París.

CHOMSKY, Noam (1999). *The new military humanism. Lessons from Kosovo*. Pluto, Londres.

CLARINARD, Raymond; COLLETTE, Julian (1999). *Kosovo: les batailles de l'information*. Harmattan, París.

CLARK, Howard (1998). *Report for the Committee on Conflict Transformation Support on the State of Dialogue in Kosova* (mimeo).

CLARK, Howard (2000). *Civil resistance in Kosovo*. Pluto, Londres.

CLÉMENT, Sophia (1997). *Conflict prevention in the Balkans: case studies of Kosovo and the FRY of Macedonia*. Institute for Security Studies, París.

Conseil pour la Défense des Droits et des Libertés de l'Homme (1995). *Violations des droits nationaux, des droits de l'homme et des libertés fondamentales des Albanais en Kosove*. Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra.

COWAN, Jane K. (dir.) (2000). *Macedonia. The politics of identity and difference*. Pluto, Londres.

DAALDER, Ivo H.; O'HANLON, Michael E. (2000). *Winning ugly. NATO's war to save Kosovo*. Brookings Institution, Washington.

DANFORTH, Loring M. (1995). *The Macedonian conflict*. Princeton University, Princeton.

DENAUD, Patrick; PRAS, Valérie (1999). *UÇK: naissance d'une lutte armée. Entretiens avec Bardhyl Mahmuti*. L'Harmattan, París.

DIETRICH, Helmut; Glöde, Harald (2000). *Kosovo. Der Krieg gegen die Flüchtlinge*. FFm, Berlín.

DOGO, Marco (1992). *Kosovo. Albanesi e Serbi: le radici del conflitto*. Marco, Lungo di Cosenza.

DRAGNIC, A.N.; TODORIC, S. (1984). *The Saga of Kosovo*. Eastern European Monographs, Boulder.

DUIJZINGS, Ger; JANJIC, Dusan; MALIQI, Shkëlzen (dirs.) (1996). *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence*. Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega.

DUIJZINGS, Ger (2000). *Religion and the politics of identity in Kosovo*. Hurst & Company, Londres.

ERBA, Nunzio dell' (1997). *Storia dell'Albania*. Newton, Roma.

EXPÓSITO, Ana (2001). *¡Vémonos en Kosovo!* Lea, Santiago.

FATTUTA, F.; PERUZZI, L. (2000). *Kosovo 1999. Le operazioni belliche di una guerra moderna*. Mursia, Milán.

GALEN CARPENTER, Ted (dir.) (2000). *NATO's empty victory*. Cato, Washington.

GARAPON, Antoine; MONGIN, Olivier (dirs.) (1999). *Kosovo. Un drame annoncé*. Michalon, París.

GAUME, Myriam (1999). *Kosovo: la guerre cachée*. Mille et une nuits, París.

HAMMOND, Philip; HERMAN, Edward S. (2000). *Degraded capability. The media and the Kosovo crisis*. Pluto, Londres.

Human Rights Watch (1993). *Open wounds. Human rights abuses in Kosovo*. Human Rights Watch, Nueva York.

Human Rights Watch (1996). *A threat to 'stability'. Human rights violations in Macedonia*. Human Rights Watch, Nueva York.

Human Rights Watch (1999). *A week of terror in Drenica: humanitarian law violations in Kosovo*. Human Rights Watch, Nueva York.

Human Rights Watch (1999). *Abuses against Serbs and Roma in the new Kosovo*. Human Rights Watch, Nueva York.

IGNATIEFF, Michael (2001). *Virtual war*. Vintage, Londres.

Independent International Commission on Kosovo (2000). *Kosovo report. Conflict, international response, lessons learned*. Oxford University, Oxford.

International Action Center (1999). *La NATO nei Balcani*. Riuniti, Roma.

JACE, Roland (1998). *Albania*. Pendragon, Bolonia.

JAKUPI, Ali (1997). *Two Albanian states and national unification*. Institute of Economics, Prishtinë.

JAKUPI, Gani (2001). *Un paréntesis en el silencio. Kosovo: reflexiones ante el umbral de una guerra*. Catarata, Madrid.

JANJIC, Dusan; MALIQI, Shkëlzen (1994). *Conflict or dialogue: Serbian-Albanian relations and integration of the Balkans*. Open University, Subotica.

JEVTITCH, Athanase (1991). *Dossier Kosovo*. L'Age d'homme, Lausana.

JOFFRIN, Laurent (1999). *Yougoslavie, suicide d'une nation. Kosovo, la guerre du droit*. Mille et une nuits, s.l.

JUDAH, Tim (2000). *Kosovo. War and revenge*. Yale University, New Haven.

KADARÉ, Ismail, y otros (2001). *Le sud des Balkans: vues de la région*. Union de l'Europe Occidentale, París.

KOHL, Christine von; Libal, Wolfgang (1992). *Kosovo: Gordischer Knoten des Balkans*. Europaverlag, Viena-Zurich.

KOSTOVICOVA, Denisa (1997). *Parallel worlds: response of Kosovo Albanians to loss of autonomy in Serbia, 1986-1996*. Keele University, Keele.

KÜNTZEL, Matthias (2000). *Der Weg in den Krieg. Deutschland, die NATO und das Kosovo*. Elefanten, Berlín.

LAURENT, Eric (1999). *Guerre du Kosovo. Le dossier secret*. Plon, París.

MALCOLM, Noel (1998). *Kosovo: a short history*. Macmillan, Londres.

MALIQI, Shkëlzen (1998). *Kosova: separate worlds*. MM Rene & Dukagjini, Pejë.

MERTUS, Julie E. (1999). *Kosovo. How myths and truths started a war*. University of California, Berkeley.

MILIC, Mileta (dir.) (1999). *Cultural heritage of Kosovo and Metohija*. Institute for the protection of cultural monuments of the Republic of

Serbia, Belgrado.

MILETITCH, Nicolas (1998). *Trafics et crimes dans les Balkans*. PUF, París.

MILOSAVLEVSKI, Slavko; Tomovski, Mirche (1997). *Albanians in the Republic of Macedonia, 1945-1995*. Studentski Zbor, Skopje.

MILOSEVICH, Mira (2001). *El trigo de la guerra. Nacionalismo y violencia en Kosovo*. Espasa, Madrid.

Ministère de l'Information de la Republique de Kosove (1995). *Mémorandum sur la situation des médias en Kosove*. Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra.

MITROVIC, Andrej (dir.) (1991). *Serbs and Albanians in the 20th century*. Serbian Academy of Sciences and Arts, Belgrado.

MOROZZO DELLA ROCCA, Roberto (1997). *Albania. Le radici della crisi*. Guerini, Milán.

MOROZZO DELLA ROCCA, Roberto (1999). *Kosovo. La guerra in Europa*. Guerini, Milán.

MOTES, Mary (1998). *Kosova-Kosovo. Prelude to war, 1966-1999*. Redland, Homestead.

Mujeres de Negro (1997). *Kosovo: ¿el último recurso del régimen para mantenerse en el poder?* (mimeo, febrero).

PETRITSCH, Wolfgang; KASER, Karl; PICHLER, Robert (1999). *Kosovo-Kosova. Mythen, Daten, Fakten*. Wieser, Klagenfurt.

PETROVIC, Ruza; BLAGOJEVIC, Marina (1992). *The migrations of Serbs and Montenegrins from Kosovo and Metohija*. Serbian Academy of Sciences and Arts, Belgrado.

PETTIFER, James (2001). *Albania & Kosovo. Blue guide*. A&C Black, Londres.

PETTIFER, James (dir.) (2001). *The new Macedonian question*. Palgrave, Londres.

PIPA, A.; REPISHTI, S. (1984). *Studies on Kosova*. Columbia University Press, Nueva York.

PLACZEK, Norbert (1996). *Der Kosovo Konflikt. Genese und Perspektive*. Universität Hamburg, Hamburgo.

POULTON, Hugh (1993). *Kosovo: opression of ethnic Albanians*. Minority Rights Group, Londres.

POULTON, Hugh (1995). *Who are the Macedonians?*. Hurst, Londres.

POZZATO, Maria Pia (dir.) (2000). *Linea a Belgrado. La comunicazione giornalistica in tv durante la guerra per il Kosovo*. RAI-ERI, Roma.

QOSJA, Rexhep (1995). *La question albanaise*. Fayard, París.

RAVENEL, Bernard (1999). *Kosovo. Une guerre de gauche?* Golias, Villeurbanne.

RE, Emmanuela C. del (1997). *Albania punto a capo*. Seam, Roma.

REXHAJ, Albatros (2000). *Lettera a un amico italiano dal Kosovo*. RCS, Milán.

RODAS, Ignacio (1999). *La guerra de los Balcanes y nuestros propios criminales*. Curso, Barcelona.

ROUX, Michel (1992). *Les albanais en Yougoslavie*. Maison des Sciences de l'Homme, París.

ROUX, Michel (1999). *Le Kosovo*. La Découverte, París.

RUGOVA, Ibrahim (1994). *La question du Kosovo*. Fayard, París.

SALVOLDI, Giancarlo; SALVOLDI, Valentino; GJERGJI, Lush (1997). *Kosovo. Un popolo che perdona*. EMI, Bolonia.

SAMPER, José Ramón (2001). *Hamallaj: crónicas desde un campo de refugiados en Kosovo*. Aguaclara, Alicante.

SCHMID, Thomas (dir.) (1999). *Krieg im Kosovo*. Rowohlt, Hamburgo.

SCHNABEL, Albrecht; THAKUR, Ramesh (dirs.) (2000). *Kosovo and the challenge of humanitarian intervention*. United Nations University, Nueva York.

SCHWARTZ, Stephen (2000). *Kosovo: background to a war*. Anthem, Londres.

SCOTTO, Giovanni; ARIELLI, Emanuele (1999). *La guerra del Kosovo*. Riuniti, Roma.

SELM, Joanne van (dir.) (2000). *Kosovo's refugees in the European Union*. Pinter, Londres.

SPAHIU, Nexhmedin (1999). *Serbian tendencies for partitioning of Kosovo*. Central European University, Budapest.

STIPCEVIC, Niksa (1999). *La Serbia, la guerra e l'Europa*. Jaca, Milán.

STOJANCEVIC, Vladimir (1990). *Serbia and the Albanians in the 19th and early 20th centuries*. Serbian Academy of Sciences and Arts, Belgrado.

VALLE, Alexandre del (2000). *Guerres contre l'Europe. Bosnie-Kosovo-Tchétchénie...* Syrtes, París.

VEREMIS, Thanos; KOFOS, Evangelos (1998). *Kosovo. Avoiding another Balkan war*. Hellenic Foundation for European and Foreign Policy, Atenas.

Veremis, Thanos; TRIANTAPHYLLOU, Dimitrios (1999). *Kosovo and the Albanian dimension in Southeastern Europe*. Hellenic Foundation for European and Foreign Policy, Atenas.

VICKERS, Miranda (1995). *The Albanians. A modern history*. I.B. Tauris, Londres-Nueva York.

VICKERS, Miranda (1998). *Between Serb and Albanian. A history of Kosovo*. Hurst, Londres.

VICKERS, Miranda; PETTIFER, James (1997). *Albania: from anarchy to a Balkan identity*. Hurst, Londres.

VILALTA, David (dir.) (2000). *Derechos humanos en Kosovo, 1989-1999*. Plataforma x Kosovo, Barcelona.

VUKSANOVIC, Aleksandar; LÓPEZ, Pedro; ROSA, Isaac (2001). *Kosovo. La coartada humanitaria*. VOSA, Madrid.

VV.AA. (1990). *Le Kosovo-Metohija dans l'histoire serbe*. L'Age d'homme, Lausana.

VV.AA. (1995). *Le Kosove sous l'occupation serbe*. Centre d'Information de la République de Kosove, Ginebra.

VV.AA. (1998). “Albania-Kosovo”, monográfico de *Cuadernos de África-América Latina* (nº 30, Madrid).

VV.AA. (1999). “Croyances en guerre. L’effet Kosovo”, monográfico de *Les cahiers de médiologie* (nº 8, París).

VV.AA. (1999). *Crucified Kosovo. Raspeto Kosovo*. The Voice of Kosovo and Metohija, Deçan.

VV.AA. (1999). *Della guerra nei Balcani un nuovo sistema imperiale*. Partito Comunista Rifondazione, Roma.

VV.AA. (1999). *Informe sobre el conflicto y la guerra de Kosovo*. Del Oriente y del Mediterráneo, Guadarrama.

VV.AA. (1999). “Kosovo”, monográfico de *Confluences Méditerranée* (nº 30).

VV.AA. (1999). “Kosovo. L’Italia in guerra”, monográfico de *Limes* (suplemento al nº 1).

VV.AA. (1999).“La nouvelle guerre des Balkans”, monográfico de *Manière de voir* (nº 45, mayo-junio).

VV.AA. (1999). “The twisted road to Kosovo”, monográfico de *Labour focus on Eastern Europe* (nº 62).

VV.AA. (2001). “Macedonia/Albania. Le terre mobili”, monográfico de *Limes* (nº 2).

WAELE, J.-M. de; GJELOSHAJ, K. (dirs.) (1999). *De la question albanaise au Kosovo*. Complexe, Bruselas.

WEYMOUTH, Tony; HENIG, Stanley (dirs.) (2001). *The Kosovo crisis. The last American war in Europe*. Reuters, Harlow.

YELEN, Anne (1989). *Kossovo, 1389-1989. Bataille pour les droits de l'âme*. L'Age d'homme, Lausana.

ZARRILLI, Luca (1999). *Albania. Geografia della transizione*. FrancoAngeli, Milán.

ZOGRAF, Aleksandar (1999). *Lettere dalla Serbia. Un fumettista sotto le bombe*. PuntoZero, Bolonia.

[1]. Por lo que a los topónimos kosovares respecta, hemos procurado utilizar los nombres correspondientes en albanés, con una sola excepción: la de aquéllos en relación con los cuales está abrumadoramente extendido entre nosotros el correspondiente nombre serbio, como es el caso de Kosovo Polje (en lugar del albanés Fushë Kosovë). En uno de los mapas que se incluyen en este libro se encontrarán las principales equivalencias de topónimos en albanés y en serbio. Las dificultades para tratar informáticamente los signos con los que suelen transcribirse los nombres serbios han obligado, en fin, a prescindir de esos signos.

[2]. La síntesis histórica que sigue es directamente deudora, en sus datos fundamentales, de los libros de Miranda Vickers, *Between Serb and Albanian. A history of Kosovo* (Hurst, Londres, 1998), y Noel Malcolm, *Kosovo: a short history* (Macmillan, Londres, 1998).

[3]. Rexhep Qosja, *La question albanaise* (Fayard, París, 1995), e Ibrahim Rugova, *La question du Kosovo* (Fayard, París, 1994)

[4]. Malcom, *op. cit.,* pág. 297.

[5]. Noel Malcolm, *Kosovo: a short history* (Macmillan, Londres, 1998), pág. 314.

[6]. *Ibidem*, págs. 327-328.

[7]. Shkëlzen Maliqi, *Kosova: separate worlds* (MM Rene & Dukagjini, Pejë, 1998), págs. 22-23.

[8]. Eggert Hardten, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), págs. 167-168.

[9]. Ger Duijzings, en *Ibidem*, pág. XXIV

[10]. En un libro de reciente aparición —*Kosovo. La coartada humanitaria* (VOSA, Madrid, 2001), pág. 256— en el que se glosa la versión anterior, la publicada en 1999, del que el lector tiene en sus manos, y al calor de la frase en la que se encuentra ahora esta nota a pie, se me acusa de sostener —sin citar, por cierto, la página correspondiente y alentando con ello la confusión— que el pueblo serbio tiene una necesidad biológica de violencia. Ni afirmo lo anterior ni lo he hecho en lugar alguno. La interpretación en cuestión

es de otras personas y, por añadidura, contextualizada en el análisis del resultado de unas elecciones, tampoco invita a extraer conclusiones que vayan más allá de la actitud de determinados segmentos de la elite política. En otra de las páginas del libro en cuestión, la 135, se señala que el título de la versión anterior de esta obra —olvidaré ahora que se menciona con error—, *Para entender el conflicto de Kosova,* es tendencioso. Supongo que lo que quieren decir mis detractores es que es pretencioso. El tiempo dirá, en fin, qué es lo que hay de verdad en el adjetivo, "antiserbio", que me adjudican. A título provisional me limitaré a avanzar que no parece que mis amigos serbios estén de acuerdo con aquél. En cualquier caso, y como fácilmente podrá comprobarse, siempre he procurado mantenerme lejos de la atribución de responsabilidades colectivas.

[11]. Cit. en *Le courrier international* (nº 553, 7-13 de junio de 2001), pág. 17.

[12]. Cit. en Tim Judah, *Kosovo. War and revenge* (Yale University, New Haven, 2000), pág. 292.

[13]. *El País* (4 de septiembre de 1999).

[14]. Milenko Karan, en Ger Duijzings, Dusan Janjic y Shkëlzen Maliqi (dirs.), *Kosovo-Kosova, confrontation or coexistence* (Peace Research Centre, University of Nijmegen, Nimega, 1996), pág. 175.

Table of Content

Créditos
Prólogo
1. ¿Qué es Kosova?
2. De los ilirios a la segunda guerra mundial
3. En el Estado federal yugoslavo
4. La desintegración de Yugoslavia
5. Abolición de la autonomía y resistencia civil
6. El conflicto bélico de 1998-1999
7. La intervención de la OTAN
8. Kosova después de la guerra: el protectorado internacional
9. El hervidero macedonio
10. El futuro de Kosova
Apéndice. Breve diccionario kosovar
Cronología
Bibliografía